

De la

Guerra Fría

a la

hiperpotencia

30

55

68

72

ESTADOS UNIDOS: LA HIPERPOTENCIA EN EL CENTRO DEL SISTEMA MUNDIAL..... 30

CONSECUENCIAS ACTUALES DE LA GUERRA FRÍA..... 55

ESTADOS UNIDOS Y LA OTAN 68

ESTADOS UNIDOS Y EL MUNDO MUSULMÁN 72

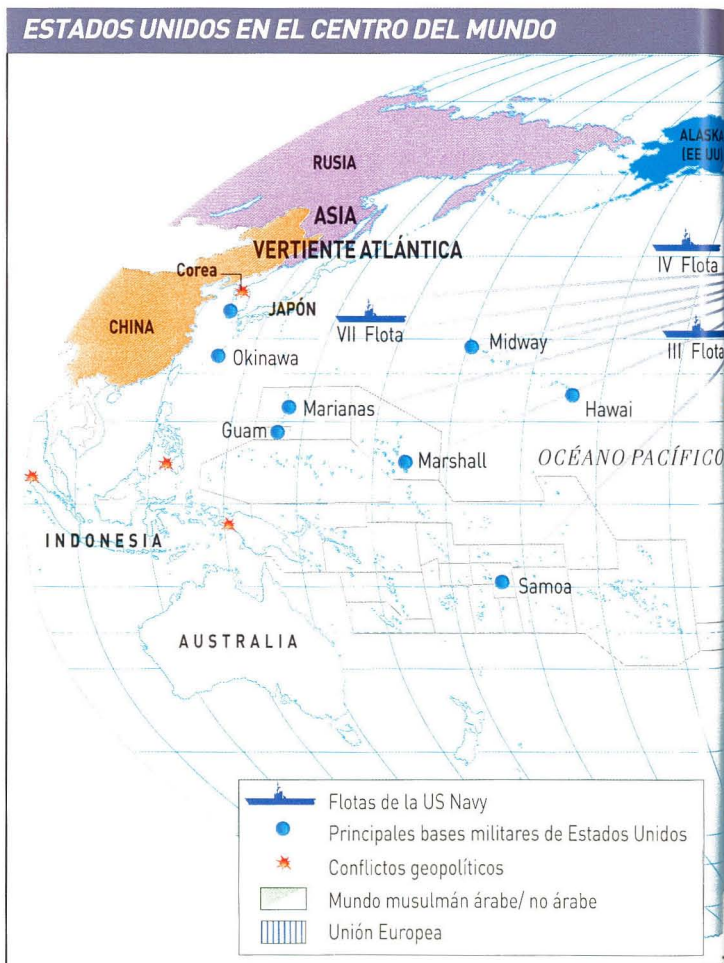
ESTADOS UNIDOS: LA HIPERPOTENCIA EN EL CENTRO DEL SISTEMA MUNDIAL

La rápida escalada de poder de Estados Unidos a lo largo del siglo XIX se explica por una combinación histórica de factores favorables: un vasto territorio casi vacío, la ausencia de verdaderos rivales y la afluencia de una población joven y emprendedora. En numerosos países del mundo, sobre todo en los de Latinoamérica, la influencia económica y política norteamericana es considerable. Sin embargo, exceptuando Puerto Rico, la zona del canal de Panamá, Filipinas y, en menor grado, Liberia, ninguna nación ha estado sometida en el pasado a un régimen colonial por parte de Estados Unidos. Con todo, resulta interesante examinar las relaciones de estos países con el fenómeno geopolítico casi planetario que fue la colonización, pues se vieron implicados en distinta medida, a veces muy de cerca. En nuestros días, pese a disponer de un presupuesto militar superior en un 50% al conjunto del de los otros nueve países con mayor armamento del planeta, Estados Unidos ejerce sobre el mundo un liderazgo "flexible". Este liderazgo se fundamenta tanto en un dominio económico y cultural como en su fuerza militar. Pero esta última ha sufrido y está sufriendo serios reveses en Iraq.

I. Los orígenes de su poder

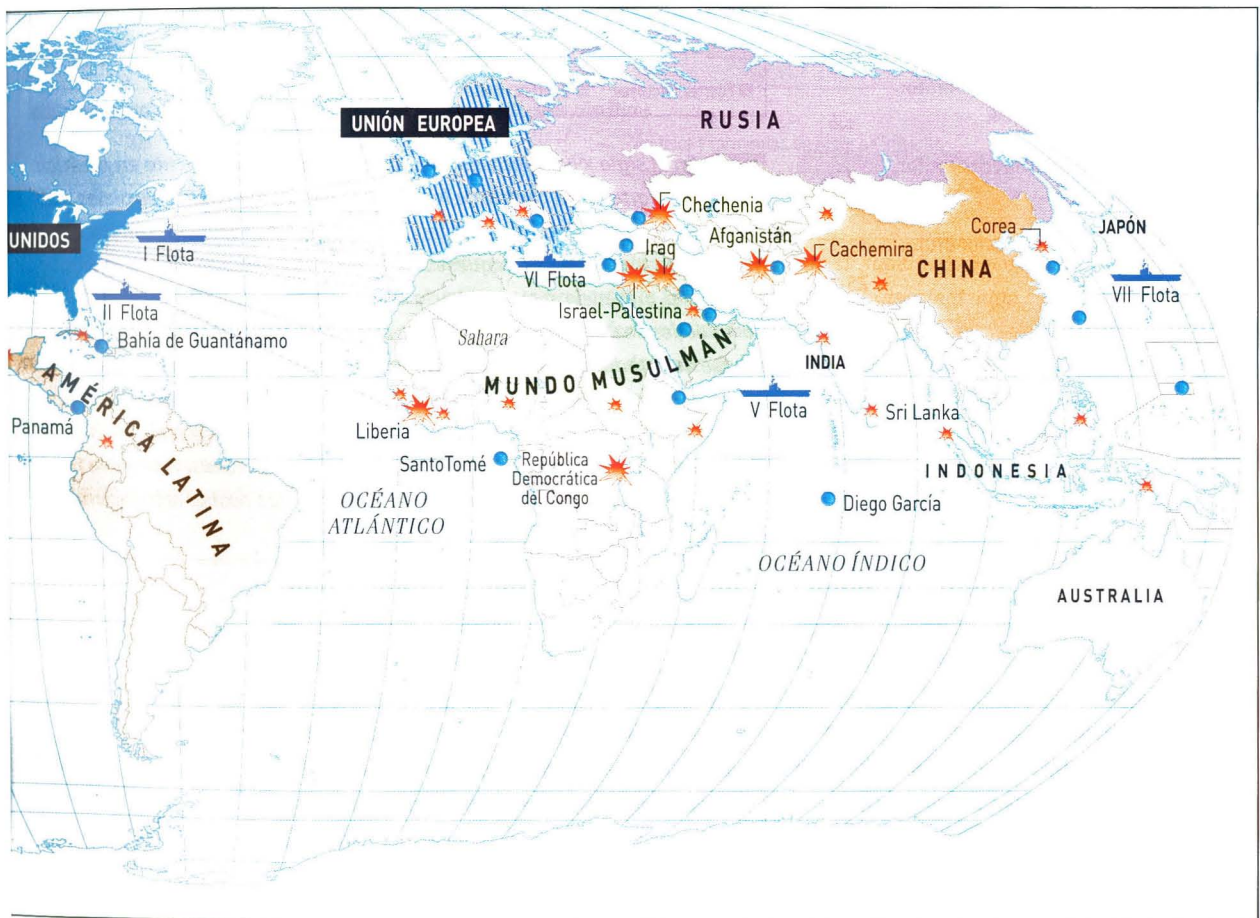
En todo el mundo, tanto en el lenguaje corriente como en el de los medios de comunicación, la palabra "América" o "Norteamérica" designa corrientemente a Estados Unidos de América, cuyos ciudadanos se denominan a sí mismos americanos. Desde la implosión de la Unión Soviética en 1991, América es ya la única potencia enorme (¿la "hiperpotencia"?) y el centro del sistema mundial. Controla casi un tercio de la actividad económica mundial, y las grandes empresas norteamericanas gestionan la mayor parte de las riquezas mundiales, tanto las procedentes del petróleo como las derivadas de las actividades industriales y de la comunicación. Su poder militar es enorme; es el único país que

➤ *Hasta la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos estaba al margen del bloque continental formado por Europa, Asia y África. Nada más acabar la guerra, los norteamericanos se asentaron tanto en Europa Occidental como en Extremo Oriente. A partir de 1947, Estados Unidos se opuso a la inmensa potencia continental que era la URSS. La desmembración de esta última ha hecho que Estados Unidos quedara a partir de entonces como la única superpotencia, tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista económico y financiero. El centro del mundo queda situado pues entre los dos grandes océanos. Y éstos están bajo el control de las flotas de la US Navy.*



posee la panoplia completa de las armas producidas por los medios tecnológicos y científicos más avanzados. América, que sigue atrayendo a muchos inmigrantes, se presenta como el país de la libertad. Durante más de cuarenta años, se opuso al régimen soviético, que era, en verdad, totalitario. Sin embargo, suscita en el mundo sentimientos hostiles: una gran parte de la opinión internacional estima que la riqueza de América proviene de los beneficios que sus grandes empresas obtienen por todo el mundo. El hecho de que Estados Unidos apoye incondicionalmente a Israel provoca la hostilidad de los árabes y, de manera general, del mundo musulmán, que no acepta que el estado israelí siga dominando tierras palestinas y se haya anexionado Jerusalén, el tercer lugar santo del islam. La guerra que, desde 2003, mantuvo el ejército norteamericano en Iraq ha sido considerada mayoritariamente, fuera de Estados Unidos, como

una agresión contra el mundo árabe con el pretexto de vengarse indirectamente de los atentados islamistas del 11 de septiembre de 2001, y también como una medida preventiva contra eventuales ataques, que probablemente fueran aún más mortíferos. Esta guerra acredita, con o sin razón, la idea de que el gobierno norteamericano, con los enormes medios de que dispone, estaría dispuesto a aplastar más allá de los mares a muchos otros países, al menos a aquellos que no tienen una posibilidad real de defenderse. La dominación de Iraq constituiría también, se dice, un medio para que las compañías norteamericanas se aseguren en el futuro la posesión de los grandísimos yacimientos petrolíferos que este país oculta, y que ello sería muy útil si Arabia Saudí pasara algún día bajo el control de los movimientos islamistas y orientara sus ventas de petróleo hacia China, gigante económico del futuro.



ESTADOS UNIDOS: LAS CIFRAS DE LA POTENCIA

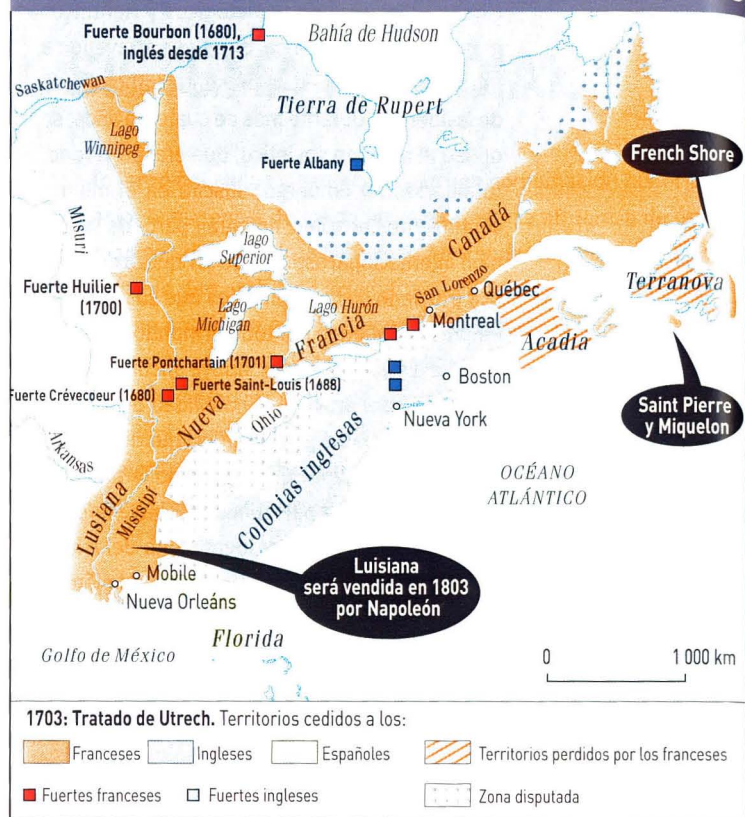
Superficie (en km²)	9 363 520
Población (1)	298 213 000
Densidad	32
Tasa de natalidad (por cada 1 000 habitantes) (2)	14
Tasa de mortalidad (por cada 1 000 habitantes) (2)	8.4
Tasa de crecimiento natural (en % de población total) (2)	0.97
Producto nacional bruto (en miles de millones de dólares) (2)	11 012.6
PNB/ hab. en paridad de poder de compra (2)	37 750
Estructura del producto interior bruto: parte de la agricultura (3)	1.6
Estructura del producto interior bruto: parte de la industria (3)	22.8
Estructura del producto interior bruto: parte de los servicios	75.6
Efectivos de las Fuerzas Armadas regulares (2)	1 433 600
Parte del presupuesto de Defensa en el producto interior bruto (2)	4.18

1 : 2005 2 : 2003 3 : 2002

Estas rivalidades geopolíticas, así como la potencia económica y militar norteamericana, llevan a la opinión pública a repetir eslóganes simplistas, algunos de los cuales hacen de Norteamérica hoy una especie de “potencia maléfica”. Por ello, conviene que razonemos en términos geopolíticos para comprender cómo y por qué se desarrolló el poder norteamericano.

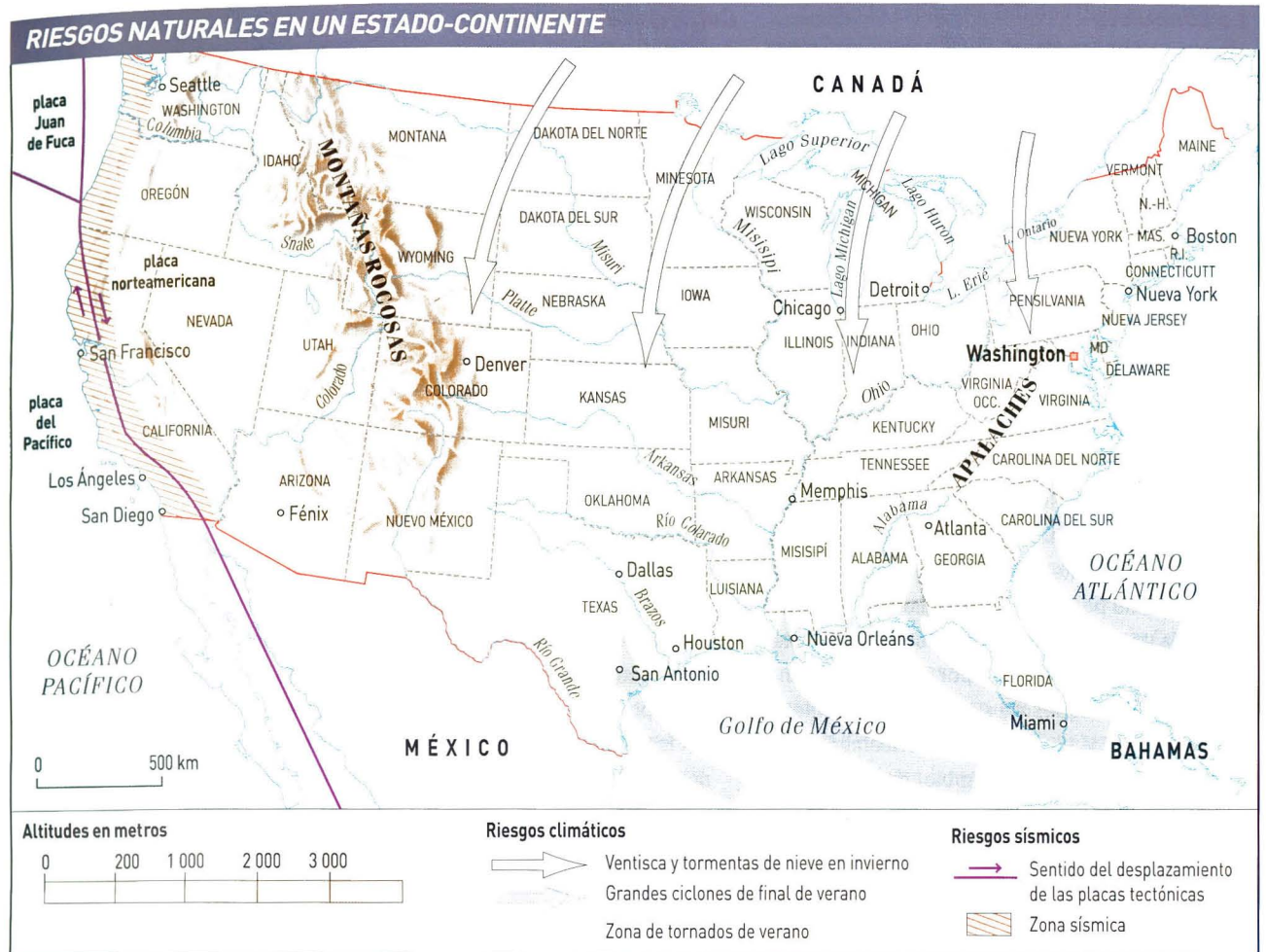
En relación con las potencias europeas que, del siglo XVI al XIX, emprendieron la conquista del mundo para colonizarlo y explotar sus rique-

LA COLONIZACIÓN ANTES DE LA FORMACIÓN DE ESTADOS UNIDOS



En el siglo XVII, franceses e ingleses, en su enfrentamiento en América del Norte por el control de las vías de agua y por el tráfico de pieles, utilizaron en sus guerras a las tribus indias. Los primeros se aliaron con los hurones, los segundos con los iroqueses. Las tensiones aumentaron con la expansión de la presencia francesa hacia el Sudoeste (Misipí y Luisiana). Las hostilidades se desataron abiertamente a partir de 1690. En 1713, el bando francés fue derrotado. Francia tuvo entonces que renunciar a una gran parte de sus posesiones canadienses. Los ingleses por fin habían conseguido eliminar a su enemigo tradicional, que en 1763 pierde además Canadá y la Luisiana oriental. Pero los franceses apoyarían a los “insurgentes” americanos, hasta que finalmente en 1763, en Versalles, los ingleses tuvieron que acabar reconociendo la independencia de sus colonias norteamericanas.

zas, Estados Unidos no se afirmó como potencia hasta finales del siglo XIX, y fue a lo largo del siglo XX cuando se impuso espectacularmente. Para aquellos que se denominaron a sí mismos americanos, la guerra de independencia fue larga (1775-1783), pese a la ayuda francesa de la que se beneficiaron en contra de Inglaterra (en razón de la rivalidad tradicional de estas dos grandes potencias, en especial en América del



Estados Unidos sufre grandes fenómenos naturales y meteorológicos en toda su superficie. Sin embargo, al final del verano de 2005, los huracanes Katrina y Rita, que devastaron parte de Luisiana, Misisipí y Texas, plantearon ciertas cuestiones políticas y geopolíticas. Éstas tienen que ver con los errores del estado federal y de las autoridades locales en materia de prevención (mantenimiento de los diques) y de socorro ante la situación de pobreza de parte de la población de los estados del Sur, en especial los negros. Tienen que ver igualmente con las consecuencias reales o supuestas del cambio climático (rechazo norteamericano a firmar el Protocolo de Kioto de 1992) y con la escasez de medios de auxilio movilizados en el momento de la catástrofe, debido a que parte de la Guardia Nacional se encontraba destacada en la Guerra de Iraq.

Norte). Entre las colonias sublevadas de Nueva Inglaterra, con sus comerciantes, sus primeros industriales y sus pequeños cultivadores independientes, y las del Sur, dominadas por grandes plantadores, como George Washington, propietarios de esclavos negros, las opiniones políticas y religiosas eran muy diferentes. Sin embargo, en su lucha contra Inglaterra, todos se vieron obligados a entenderse para formar una federación. Este pequeño estado federal ofrecía otra gran originalidad política, la de haberse

proclamado como república, dotada desde 1787 de una Constitución que permanece inmutable (a diferencia de muchas otras) y que protege la libertad individual y religiosa de sus ciudadanos, vengan éstos de donde vengan (si son de raza blanca). Si bien esta organización política liberal ha contribuido en gran medida al auge de Estados Unidos, el desarrollo económico y territorial de este país fue posible gracias a unas coordenadas geográficas concretas y a ciertas situaciones geopolíticas muy favorables.

La conquista de un vasto territorio fértil y casi vacío

Una vez libres de Inglaterra, los norteamericanos, en su avance más allá de la llanura costera, tuvieron la suerte de descubrir, al Oeste, bosques enteros que recubrían las montañas de los Apalaches e inmensas llanuras cubiertas por la pradera. En ésta, el suelo era fértil, nunca antes había sido cultivado y no presentaba grandes problemas para serlo. En efecto, estas praderas estaban pobladas por tribus indias que vivían principalmente de la recolección de frutos silvestres, de la pesca y de la caza. Al parecer, la especie humana se asentó muy tardíamente en el Nuevo Mundo. Los rusos, por su parte, tampoco encontraron resistencia en su expansión por Siberia, pero esta tierra estaba constituida por inmensas extensiones de bosques de suelos pobres sometidos a inviernos muy duros. Los norteamericanos tuvieron la suerte, en cambio, de conquistar tierras situadas en latitudes mucho más meridionales.

Tras hacer retroceder a las tribus indias, a menudo rivales entre sí, y tras haber exterminado por diversos medios a un gran número de ellas (bien se podía haber hablado de genocidio), los norteamericanos hicieron venir a cada vez más inmigrantes europeos, entre los cuales se distribuyeron (salvo en los estados del Sur) extensiones de terreno bastante grandes a bajo precio, si no gratuitamente y de manera más o menos igualitaria. Esto permitió el desarrollo rápido de una agricultura cerealista muy productiva, con un número relativamente bajo de agricultores, que en cambio estaban bien equipados para explotar vastas superficies y producir grandes cantidades sin pretender importantes rendimientos. A mediados del siglo XIX, aparecieron en el país las primeras máquinas agrícolas y cosechadoras tiradas por escuadrones de caballos. Hacia el Oeste, el *Far West* ofrecía además minas de oro e inmensos pastizales para grandísimos rebaños.

Condiciones geopolíticas favorables: ausencia de verdaderos rivales en el continente

Una gran parte de los territorios que los americanos fueron conquistando a lo largo del siglo XIX pertenecía teóricamente a diversas potencias coloniales europeas. Pero, éstas, dada la distancia que separaba a Europa del Nuevo Mundo, carecían de medios para asegurar su defensa frente a los americanos. Los ingleses, después de abandonar las tierras situadas al este del Misisipí y de pactar con Estados Unidos el trazado de la muy larga frontera rectilínea que lo separa de Canadá, le cedieron, en 1846, Oregón, territorio situado a orillas del Pacífico, al norte de California. De esta manera, los americanos se abrían al mar, al océano Pacífico, por otra vertiente marítima, a 4 000 kilómetros de la del Este. En 1803, Napoleón vendió la inmensa Luisiana (que correspondía a la cuenca hidrográfica formada por los afluentes de la margen derecha del gran río), y, en 1819, Florida era comprada a España. La situación resultaba más compleja para los territorios que forman hoy el oeste y el sudeste de Estados Unidos, desde California a Texas, y que había formado parte del inmenso imperio español en América. Éste se dislocó a comienzos del siglo XIX, después de que Napoleón invadiera España. El país, tras la derrota de Francia, no consiguió reconquistar sus colonias americanas (con la excepción de Cuba y de Puerto Rico), que se convirtieron, siguiendo el modelo de Estados Unidos, en repúblicas independientes que comerciaban directamente con la gran potencia económica en que se había convertido Inglaterra.

México, independiente desde 1821, vivía una política agitada, sacudida por golpes de Estado y guerras civiles, sobre todo en la parte más poblada del país, alrededor de su capital, México DF. En cambio, en las regiones septentrionales (poco pobladas) de este antiguo imperio, se constituyeron vastos ranchos de ganado, en especial en Texas, donde, procedentes de Estados Unidos, se habían instalado numerosos propietarios. Éstos se levantaron contra el gobierno de México y proclamaron en 1845 la

ALASKA, UNA DE LAS REPERCUSIONES GEOPOLÍTICAS DE LA GUERRA DE CRIMEA (1853-1856)

Con la intención de oponer resistencia al avance de los ejércitos del zar hacia Estambul, Inglaterra y Francia asumieron la defensa del Imperio Otomano. Grandes flotas trasladaron entonces a tropas británicas y francesas a través del mar Negro a Crimea y al puerto de Sebastopol, que los rusos habían fortificado intensamente. Pese a ser considerada como una gran potencia, Rusia tuvo que pedir la paz, pues, al carecer de líneas férreas, no fue capaz de llevar hasta la región los refuerzos y municiones necesarios. El zar aprendió mucho de esta derrota: debía modernizar su imperio y abolir el vasallaje de los campesinos (1858-1861); además le convenía vender Alaska a Estados Unidos para evitar que este territorio tan alejado y casi deshabitado cayera en manos de los ingleses. ■

independencia de Texas, para adherirse poco después a Estados Unidos. El ejército norteamericano venció fácilmente al mexicano, que estaba minado por rivalidades internas. Finalmente, en 1848, Estados Unidos se anexionó todos los territorios que se extendían desde Nuevo México a California (donde se desató poco después la “fiebre del oro”). Los norteamericanos supieron aprovecharse de las dificultades políticas de su vecino para triplicar la extensión de los territorios de la Unión.

Un suceso político pasó casi desapercibido en la época: en 1867, el zar de Rusia vendió, por un precio irrisorio, Alaska a Estados Unidos (en contra de los deseos de la mayoría del Senado estadounidense, que no quería ese territorio). Teniendo en cuenta que la población en esta región era muy escasa, el soberano ruso se decidió a vendérsela a los americanos, por temor a que cayera antes en manos de los ingleses de Canadá, que de esta manera habrían dispuesto de una cómoda base para amenazar las posesiones rusas en Extremo Oriente, en especial Vladivostok. No fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial, tras el ataque japonés de 1941, cuando los americanos apreciaron realmente la importancia estratégica de esta vasta región, cuyo interés económico probablemente aumente en un futuro no muy lejano, por el previsible aumento de las temperaturas debido al “efecto invernadero”.

Según lo expuesto, Estados Unidos se presenta como el resultado de una especie de *success story* geopolítica. No nos sorprende que, para algunos inmigrantes —muchos de los cuales eran lectores asiduos de la Biblia—, América fuera la tierra prometida, más grande y rica incluso que la que Dios anunció a Israel. De hecho, la mayoría de los norteamericanos de hoy siguen estando convencidos del “destino manifiesto” de la mayor potencia mundial.

Con todo, la *success story* pudo terminarse menos de un siglo antes de su inicio oficial, para acabar separándose en dos grandes estados rivales: uno al Norte y el otro al Sur, en la zona subtropical. De haberse llegado a crear, este último sin duda presentaría hoy grandes similitudes con los países circundantes, con los situados a orillas de lo que podríamos llamar el Mediterráneo americano, esto es, el golfo de México y el mar Caribe. En efecto, las colonias que constituyeron Estados Unidos formaban dos grupos muy diferentes, dos sociedades completamente distintas, a pesar de hablar la misma lengua y de tener las mismas prácticas religiosas.

Una gran rivalidad geopolítica interna llevó a Estados Unidos al mayor desastre de su historia: la Guerra de Secesión

En la parte subtropical de Estados Unidos, la producción de algodón y de tabaco conoció, a finales del siglo XVIII, un gran auge, en parte gracias al desarrollo de la industria textil en Inglaterra. Las plantaciones de algodón pertenecían a grandes propietarios, que hacían trabajar en ellas a esclavos traídos de África. Estos grandes propietarios desempeñaron un importante papel en el movimiento de rebelión de los americanos contra Inglaterra. El gobierno británico prohibió la trata de esclavos a través del Atlántico, a comienzos del siglo XIX (concretamente en el Congreso de Viena, en 1815) para privar a sus colonos americanos de nuevas entregas de esclavos.

Entre los grandes plantadores del Sur y los industriales del Noreste, que empleaban a los inmigrantes recién llegados de Europa, surgieron importantes divergencias de intereses y de

concepciones políticas. Los plantadores del Sur, para poder exportar fácilmente su algodón a Europa, habían aceptado las teorías inglesas favorables al libremercado, mientras que los industriales del Noreste pretendían establecer barreras aduaneras que protegieran sus producciones emergentes de la competencia de la industria inglesa. En el seno de Estados Unidos, esta rivalidad entre las clases dirigentes del Sur y las del Noreste adoptó una forma verdaderamente geopolítica, cuando volvieron los ojos hacia los estados que acababan de constituirse al oeste del Misisipí. ¿Serían estas tierras vendidas en subasta —lo cual favorecería a los ricos plantadores del Sur— o concedidas a bajo precio —lo que favorecería a los nuevos inmigrantes—? Y, por otra parte, ¿podrían los plantadores tener esclavos en estas nuevas tierras o se prohibiría en ellas la esclavitud?

En los estados del Norte, la campaña contra la esclavitud cobró de pronto gran relevancia. Hasta entonces, los estados del Sur habían sido los más influyentes y sus votos habían decidido la elección de la mayoría de los presidentes de la Unión. La afluencia creciente de inmigrantes a los estados del Norte (donde se podían conseguir tierras con facilidad) fue aumentando el peso electoral de la región, y culminó, en 1860, con la elección de Abraham Lincoln, miembro del joven Partido Republicano (el Sur era feudo del Partido Demócrata) y ardiente partidario de la abolición de la esclavitud en toda la Unión.

Inmediatamente, los sudistas, que se esperaban este resultado, decidieron separarse de la Unión y constituir una Confederación que agrupaba a once estados. Como ya habían procedido a importantes preparativos militares, tomaron la iniciativa de las hostilidades. Durante los primeros años de lo que se llamaría la Guerra de Secesión (1861-1865), los sudistas iban ganando, pero el Norte, que contaba ya con 22 millones de habitantes y con las principales industrias, fue avanzando hacia el Sur, que sólo tenía 9 millones de habitantes (4 de los cuales eran esclavos). Además, la marina del Norte hizo un bloqueo al Sur, que se vio en la imposibilidad de exportar su algodón y de

comprar en el extranjero las armas que necesitaba. Pese a esta encarnizada guerra, que provocó 360 000 víctimas mortales en las filas del ejército del Norte y 260 000 en las de los sudistas, los norteamericanos esperaban una reconciliación nacional y anhelaban una política de reconstrucción del Sur, que había quedado destruido en gran parte.

Esta “reconstrucción” resultó ser una cínica y sistemática explotación del Sur por parte de los políticos y especuladores del Norte. Éstos asumieron las funciones locales gracias a la depuración de todos aquellos que habían servido a la Confederación, gracias también a demagógicas promesas hechas a los negros, que ahora tenían derecho al voto. La suerte de estos últimos no mejoró mucho, pese a haber conseguido la libertad, pues los plantadores seguían siendo los dueños de las tierras, pero ahora no tenían obligación de alimentar a su mano de obra. Hasta mediados del siglo xx, los negros siguieron excluidos de hecho de la vida política, pese a que muchos de ellos fueron abandonando los estados del Sur para instalarse en las ciudades del Noreste o en California. Lo que, todavía hace cuarenta años, se llamaba el “viejo Sur” (*Old Deep South*) ha conocido desde entonces un gran desarrollo económico (su ciudad más emblemática es Atlanta), pero la Guerra de Secesión y sus secuelas no están del todo olvidadas. Así, la destrucción causada por el ciclón Katrina en Nueva Orleans, en septiembre de 2005, puso de manifiesto la indigencia persistente de los barrios negros, herencia de las miserias pasadas.

El desafío del crecimiento industrial norteamericano

Fue durante la Guerra de Secesión cuando, en los estados del Noreste, la industria norteamericana cobró verdadero auge. Ésta mejoró considerablemente sus beneficios gracias a la facilidad con que pudo procurarse a bajo precio toneladas considerables de materias primas.

En efecto, el territorio de Estados Unidos (9.4 millones de km²), como el de Canadá (10 millones de km²), se extiende sobre la mayor parte de lo

que los geólogos llaman la gran “placa” norteamericana. El litoral del Pacífico está formado por cadenas recientemente plegadas y elevadas, que removieron los yacimientos mineros cercanos. En cambio, en la placa norteamericana prevalece una especie de estabilidad geológica: vastas extensiones llanas y pliegues con grandes radios de curva, que se corresponden con imponentes yacimientos mineros situados —otra ventaja más— a escasa profundidad. Tal es el caso del enorme yacimiento hullero de los Apalaches, que ha podido ser explotado (a diferencia de la mayoría de las minas de Europa) mediante galerías a escasa profundidad o incluso a cielo abierto. Es el caso también de los yacimientos petrolíferos que se extienden desde las inmediaciones de los Grandes Lagos (en la frontera con Canadá) hasta el golfo de México. Las primeras extracciones de petróleo en el mundo tuvieron lugar en 1859 en Estados Unidos. En 1870, Rockefeller fundó la Standard Oil

(antepasada de Exxon), que desde entonces es la compañía petrolera más grande del mundo. El empuje de los americanos en los negocios petroleros y su papel preponderante en este campo en el plano mundial (*ver capítulo Petróleo*) se explican de esta manera.

Para explotar sus materias primas y construir los potentes medios de transporte necesarios para su conducción fueron necesarios, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, considerables aportaciones de capital. Aunque la economía americana generaba beneficios, que fueron invertidos, una gran parte de los fondos necesarios vinieron de Europa Occidental, principalmente de Inglaterra, cuyas industrias ya estaban bien equipadas y cuyas empresas ya no precisaban de tanto dinero. Los bancos ingleses, en cambio, querían invertir en países que estaban creando sus propias infraestructuras, donde las empresas necesitaban grandes inyecciones de capital. Los bancos europeos aportaron pues dicho capital en abundancia, seguros de retirar sustanciosos beneficios. El primer conflicto mundial ofreció a Estados Unidos una grandísima oportunidad: la de pasar de una posición de deudores de los bancos ingleses a la de acreedores de los países europeos arruinados por el conflicto. La Segunda Guerra Mundial establecería definitivamente el poder financiero de Estados Unidos en relación con los demás países.

La rapidez del despegue económico de Norteamérica se debe también a la importancia y al dinamismo de la inmigración europea. En efecto, en el siglo XIX, emigrar allende los mares era todavía una aventura arriesgada, y quienes se decidieron a partir eran hombres y mujeres jóvenes, dispuestos a trabajar duro para conseguir el éxito. América tuvo pues la suerte de recibir sobre todo a trabajadores adultos preparados para ponerse manos a la obra inmediatamente, para aceptar condiciones de vida bastante duras, pero que, con todo, les parecían menos malas que las que habían conocido en Europa. Algunos de éstos eran también gentes emprendedoras, ingenieros, inventores, comerciantes que partían con un pequeño capital y poseían una verdadera competencia.

EL MELTING-POT

Estos inmigrantes vinieron primeramente no de los países de Europa aún poco desarrollados, sino de aquellos que ya disfrutaban de un gran desarrollo económico, en especial de Alemania. En el año 2000, la Oficina Federal del Censo integró en sus formularios una pregunta sobre la ascendencia étnica de los norteamericanos. Cuatro quintos de la población ya han respondido a ella: quienes se dicen de ascendencia alemana son, con diferencia, los más numerosos (42.8 millones), encabezando la lista en veintitrés de los cincuenta estados consultados, todos los del *Middle West*, la mayoría de los del Oeste, más Pensilvania y Florida. Quienes se reconocen de ascendencia irlandesa son treinta millones, y los afroamericanos, veinticinco millones. Los americanos que se declaran de ascendencia inglesa son tan sólo veinticuatro millones; los de ascendencia italiana, 15.7 millones; y los de ascendencia francesa, 8.3 millones. La inmigración de los países de Europa del Este y de Rusia sigue siendo importante; aporta a Estados Unidos un gran número de ingenieros, de científicos de alto nivel, que estaban más o menos en el paro desde la desorganización de los servicios de investigación (civiles y sobre todo militares), tras la desmembración de la URSS y de los demás regímenes comunistas.

Desde hace unos veinte años, la inmigración de asiáticos (coreanos, vietnamitas, chinos, indios, etc.) y, aún más, la de latinoamericanos ha aumentado. Estos dos grupos suponen unos diez y cuarenta millones de personas respectivamente. ■

II. Las etapas de la expansión geopolítica norteamericana

Una política colonial ambigua

Lógicamente, Estados Unidos, dada su creciente importancia a finales del siglo XIX, habría podido lanzarse, a imitación de las potencias europeas, a una política de expansión colonial. No fue el caso. Los dirigentes norteamericanos de la época seguían fieles al recuerdo de la guerra de independencia. Hasta los decenios que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, Washington expresó sus críticas a las políticas coloniales europeas, llegando incluso en ocasiones a ejercer presiones directas contra ellas.

La política exterior norteamericana se remitió durante mucho tiempo a la famosa “doctrina Monroe”, la del quinto presidente de Estados Unidos, notificada en 1823 a las potencias europeas, cuando España trataba de reconquistar sus colonias en América. Para lograrlo, el soberano español había reclamado el apoyo de sus homólogos europeos, que habían constituido entre ellos la Santa Alianza, destinada a rechazar los movimientos revolucionarios. Estados Unidos, que había reconocido en 1822 las nuevas repúblicas surgidas del antiguo imperio español, hizo saber mediante la declaración de su presidente que consideraría toda intervención de una potencia europea en el continente americano como una amenaza contra su propio territorio.

En la práctica, el gobierno de Estados Unidos no respetó del todo los intereses de las nuevas repúblicas independientes, en particular los de la más importante. Así a México, vecino inmediato suyo, le retiró por la fuerza, en 1848, los inmensos territorios que van de Texas a California. El proyecto de Napoleón III para el Nuevo Mundo no cambió en nada las cosas. Queriendo aprovecharse de la Guerra de Secesión que acababa de estallar, el emperador francés, al apoyar la causa del archiduque austríaco que los medios mexicanos más conservadores habían escogido como soberano, quiso acometer una vasta operación geopolítica, como diríamos hoy: trataba de promocionar contra una América anglosajona y

protestante una “América latina” sostenida por Francia, España y hasta por Austria, en definitiva, por las potencias europeas mayoritariamente católicas. Este aventurado proyecto fue abandonado tras el fin de la Guerra de Secesión, cuando Estados Unidos volvió a ejercer su poder.

El “Mediterráneo americano”: los puestos avanzados de Estados Unidos

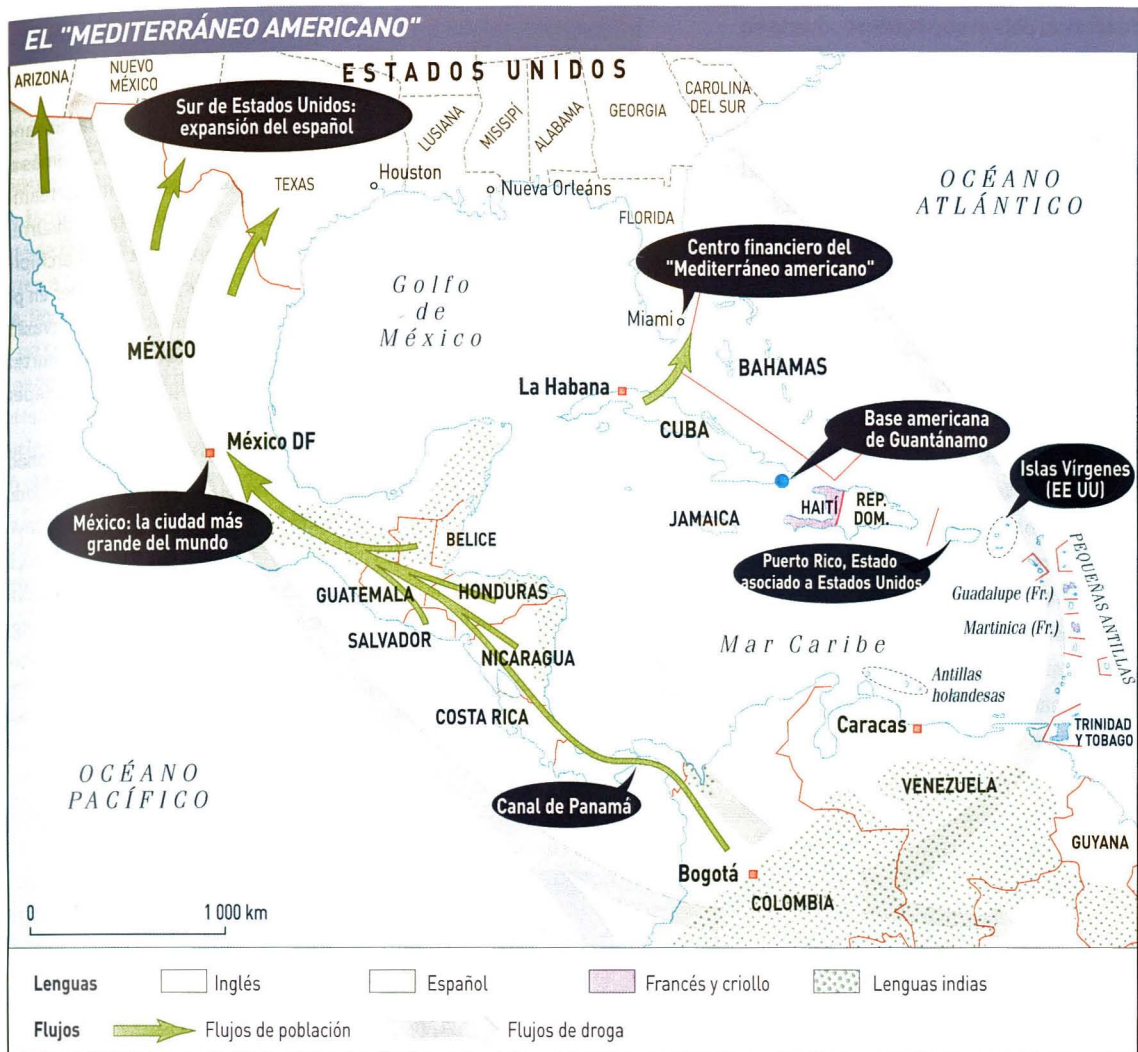
Fue sobre todo en el “Mediterráneo americano” (golfo de México y mar Caribe) donde los estadounidenses se enfrentaron a situaciones de tipo colonial.

Se considera a menudo esta zona como el “patio trasero” (*backyard*) de Estados Unidos. Tiene unas dimensiones comparables (4 000 kilómetros) a las del Mediterráneo euroárabe, y está rodeada también por un gran número de estados más o menos vastos.

A diferencia de las otras partes del imperio español en América, Cuba, al igual que Puerto Rico, seguía bajo la dominación de Madrid en el siglo XIX. Esto se debía por una parte a que Cuba estaba más cerca de España que las otras colonias (los veleros de entonces eran empujados directamente por los vientos alisios); por otra

LA CUESTIÓN INDIA

En los territorios que forman hoy los estados de Nuevo México, Arizona, Colorado, California, Idaho, Nevada y Utah, y que, en su conjunto, estaban poco poblados, vivían poblaciones indias (apaches, hopis, navajos) relativamente numerosas (unas 600 000 personas, hoy), que fueron confinadas por el ejército norteamericano a reservas. Las más importantes se hallan en Arizona. Si bien estos estados y todos los que pertenecieron a México, así como Texas, no pueden considerarse en nuestros días colonias de Estados Unidos, pues su población está constituida fundamentalmente por ciudadanos norteamericanos, los pueblos indios viven aquí, en sus reservas, una situación típicamente colonial. ■



➤ Con sus 4 000 kilómetros de Noreste a Sudeste, lo que se ha dado en llamar el "Mediterráneo americano" se representa según el mismo orden de magnitud que el Mediterráneo euroárabe. Uno y otro están rodeados por numerosos estados y están atravesados por la línea limítrofe entre Norte y Sur que separa países del Tercer Mundo y países desarrollados, estos últimos representados aquí por Estados Unidos. Por ambos mares transitan importantes flujos de migración. El canal de Panamá suele compararse al canal de Suez. Pero este último registra un tráfico mucho mayor, debido a los flujos petroleros precedentes del mar Rojo.

parte, mientras los blancos "criollos" de las otras colonias españolas se habían levantado contra la metrópoli, los de la isla habían dado muestras de prudencia: sus esclavos negros eran muy numerosos y podían llegar a sublevarse, siguiendo el ejemplo de los de Haití (colonia francesa de Santo Domingo), que habían proclamado contra Napoleón I la primera república negra de América. Pero, entre los funcionarios o militares venidos de España y los ricos plantadores cubanos,

las relaciones se fueron volviendo cada vez más tensas, en razón de las exigencias aduaneras y financieras de Madrid. En 1868, tras varias insurrecciones locales, estalló en Cuba una revolución, y sus jefes propusieron a los norteamericanos la entrada de la isla en la Unión, como hicieran los tejanos en 1845 en su enfrentamiento con México. Los dirigentes de Washington, sin embargo, rechazaron esta oferta, para no dar la impresión de querer aprovecharse de las dificultades.

tades de México, país al que habían apoyado en contra de Napoleón III, pero también porque había un número muy elevado de negros en Cuba (cerca de la mitad de la población). Nada más acabar la Guerra de Secesión, los americanos del Norte tenían que afrontar la complejidad del problema de los antiguos esclavos en el Sur. Temían además que los negros de Cuba imitaran la revolución de Haití, lo cual podía animar a los negros de Estados Unidos a iniciar algo similar.

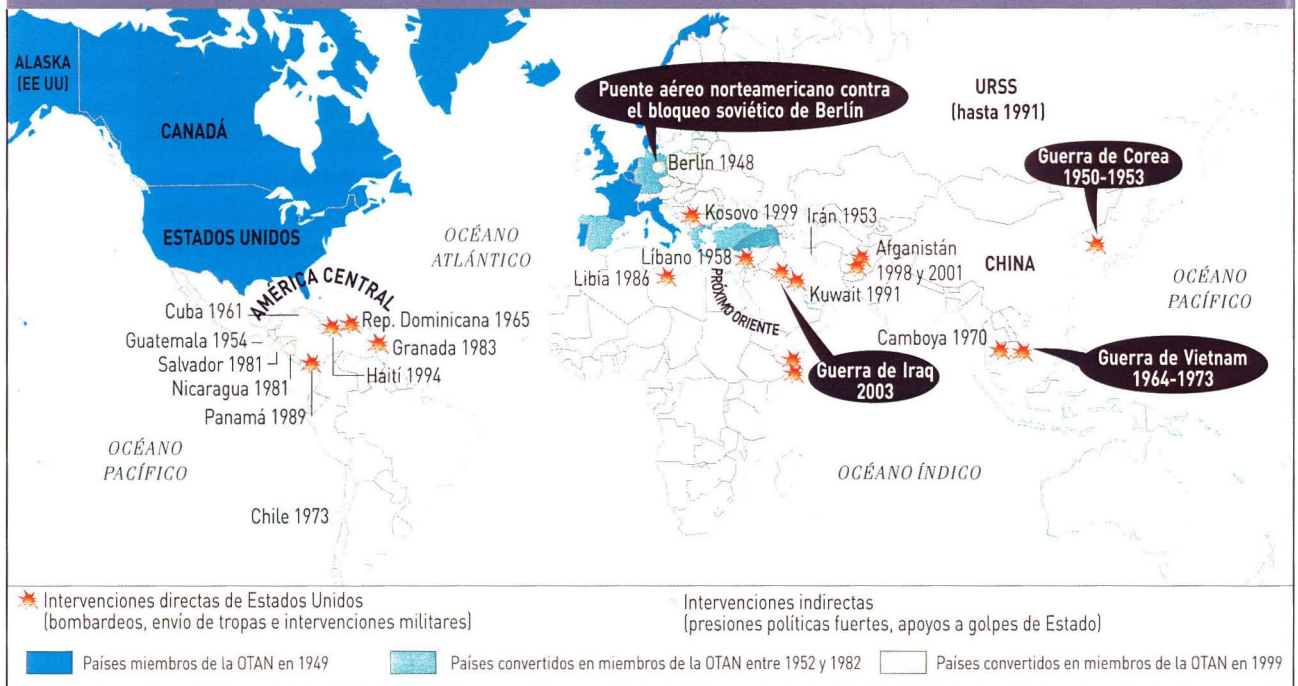
La lucha de los revolucionarios cubanos contra la dominación española resurgió después de 1895. Algunos de estos revolucionarios, como el famoso José Martí (cuya figura recuperó Fidel Castro como símbolo heroico), recibieron muchos apoyos en la prensa norteamericana. Estados Unidos empezó a preocuparse por lo que pasaba en Cuba tanto por razones morales —ligadas a la dureza de los militares españoles— como materiales —relacionadas con los intereses norteamericanos.

LA EXPANSIÓN DE ESTADOS UNIDOS EN EL PACÍFICO, COMO REPERCUSIÓN DE LA GUERRA DE CUBA

En el Tratado de París (1898), que ponía fin a la guerra hispano-norteamericana en Cuba, Estados Unidos se anexionó, además de Puerto Rico en el Caribe, las islas Filipinas, donde el ejército norteamericano tuvo que hacer frente durante años a una importante insurrección. En 1916, se reconoció el derecho a la independencia del archipiélago, y, en 1937, el general MacArthur fue el encargado de poner en pie un futuro ejército filipino. Pero su tarea fue sorprendida por la invasión japonesa en diciembre de 1941. En octubre de 1944, las tropas norteamericanas emprendieron la reconquista de las Filipinas, cuya independencia fue proclamada definitivamente en 1946.

La isla de Guam, en medio del Pacífico, fue igualmente anexionada por Estados Unidos en 1898. Ese mismo año, el gobierno estadounidense se decidió a integrar en la Unión el archipiélago de las islas Hawai, cuyos notables, aconsejados por los misioneros (el reino, de origen polinesio, se había convertido en una república), reclamaban desde hacía años la adhesión a Estados Unidos (el Senado norteamericano se resistía, sin embargo, a integrar a esta población “de color”). Pese a todo, Hawai acabó convirtiéndose en el estado norteamericano n.º 50 en el año 1959. ■

PRINCIPALES INTERVENCIONES MILITARES NORTEAMERICANAS EN EL EXTRANJERO DESDE 1948



➤ Ya bajo la presidencia de Bill Clinton, Estados Unidos empezó a reequilibrar sus fuerzas en el extranjero entre Europa y Asia. La prioridad fue centrada en la segunda. Desde el año 2000, el comandante en jefe norteamericano trata de establecer sus tropas en bases más pequeñas y más dispersas que antes, con el fin de evitar destacar demasiado en los países en cuestión y conseguir una proyección más rápida de las fuerzas en caso de crisis. De este modo, se establecen o se programan puntos de apoyo de este tipo en Europa (Bulgaria, Polonia, Rumanía), en Oriente Próximo (Qatar), en Asia Central (Kirguizistán, Uzbekistán, Tayikistán), en África (Santo Tomé, Yibuti) y en Asia-Pacífico. ■

PANAMÁ, UNA ACCIÓN GEOPOLÍTICA MAGISTRAL

En el caso de Panamá, los norteamericanos supieron hacer gala de una gran habilidad. A finales del siglo XIX, consideraron indispensable facilitar las relaciones marítimas entre el océano Pacífico y la costa Este de Estados Unidos. La solución pasaba por construir primero una vía férrea a través del istmo de Panamá, que dependía entonces de Colombia. Por su parte, Ferdinand de Lesseps comenzó en 1880 la construcción de un canal. Pero cometió el error de pretender construir un canal a nivel, cuando el relieve del istmo de Panamá es mucho más pronunciado que el del istmo de Suez. Bajo las lluvias tropicales, las zanjas se iban colmando con los deslizamientos de tierras según se iban excavando. A ello se añadió el hecho de que la mano de obra se vio diezmada por la fiebre amarilla. Estas circunstancias llevaron a la quiebra a la compañía de Lesseps en 1889. Los norteamericanos crearon entonces una nueva compañía y decidieron que, para no excavar demasiado en el relieve, había que construir un canal con esclusas. Al rechazar el gobierno de Colombia el tratado propuesto por Estados Unidos, que pretendía que le fueran garantizadas la gestión y la seguridad del futuro canal, una junta revolucionaria panameña, apoyada por una exhibición de navíos de la US Navy, proclamó en 1903 la independencia de un nuevo y pequeño estado, Panamá. Éste le concedió a Estados Unidos, por un período de noventa y nueve años, una “zona” de veinte kilómetros de anchura, donde los ingenieros de la US Navy llevaron a cabo la construcción del canal, que fue inaugurado en 1914. La “zona del canal” ha permanecido hasta 1979 bajo el control del ejército norteamericano, que había implantado en ella, después de 1962 y la “crisis de los misiles” en Cuba, un centro de formación de “operaciones especiales” antiguerrilla para los países de Latinoamérica. La “zona del canal” fue restituida al estado de Panamá en 1999, diez años antes de la fecha prevista para atenuar la creciente hostilidad de los panameños (y de muchos otros latinoamericanos) hacia Estados Unidos. ■

ricanos en la isla, en especial las plantaciones—. Las relaciones entre Washington y Madrid se envenenaron. Finalmente, en 1898, estalló un conflicto abierto. Los militares norteamericanos desembarcaron en Cuba y derrotaron rápidamente a las fuerzas españolas. Mientras, los barcos del US Army destruían una flota española en las Filipinas, lo cual demuestra que las intenciones norteamericanas no se limitaban a Cuba, sino que se extendían al Pacífico.

Después de los tres años de guerra en Cuba, que fueron para los cubanos tanto una guerra civil como una guerra de liberación contra la dominación española, las autoridades de ocupación norteamericana consideraron que una ane-

xión, como acababan de decidir para Puerto Rico, tropezaría con una enorme resistencia. Por ello, el Senado norteamericano impuso una enmienda a la Constitución del nuevo estado (llamada “*amendment Platt*”, por el nombre del senador norteamericano que la redactó), según la cual se le reconocía a Estados Unidos el derecho a intervenir militarmente en Cuba si sus conciudadanos veían amenazados en la isla sus bienes o sus personas. Apoyándose en la citada enmienda, y dado lo agitada que estaba la vida política en Cuba, los marines intervinieron en varias ocasiones en el este de la isla, desde la base naval de Guantánamo (que había sido cedida a Estados Unidos) o desembarcando en el Oeste para controlar La Habana. El ejército de Estados Unidos tuvo que luchar también contra la fiebre amarilla, pues los norteamericanos temían que la multiplicación de sus relaciones con el entorno del Caribe supusiera la redifusión de esta epidemia en el sur de Estados Unidos. La enérgica acción de los marines y de los médicos militares norteamericanos permitió la erradicación de esta enfermedad. Se hizo que se desplazaran a Cuba trabajadores españoles para suplir la defeción de los antiguos esclavos y desarrollar la cultura de la caña de azúcar en las nuevas plantaciones creadas por las compañías norteamericanas y por los grandes propietarios cubanos. La moneda cubana era entonces el dólar, y Cuba exportaba su azúcar a un precio barato a Estados Unidos. Hasta 1960 y hasta el nombramiento de Fidel Castro como primer ministro —muy bien visto entonces en los medios de comunicación norteamericanos— el embajador de Estados Unidos en La Habana fue el personaje más importante de la sociedad cubana. Nadie imaginaba que, unos meses más tarde, Cuba se convertiría en un foco comunista justo enfrente de Florida.

A comienzos del siglo XX, se podía suponer que sería con México con quien Estados Unidos fuera a tener los conflictos más graves. En efecto, la vida política de este país era bastante agitada y la pérdida de Texas y de California aún no se había olvidado. Pero, además, en 1911 estalló lo que se ha denominado la “Revolución Mexicana”. Fue un movimiento muy violento y

muy complejo de tendencia nacionalista, antilegal y socializante, que tuvo lugar en las regiones del Norte (con Pancho Villa), pero sobre todo en las del Sur, con la gran insurrección campesina capitaneada por Emiliano Zapata. Pese a que esta revolución decidiera en 1918 el principio de nacionalización de las compañías petroleras, la mayoría de ellas norteamericanas, Estados Unidos, tras una breve intervención en México en 1916, decidió reaccionar con prudencia, pues, en estas condiciones, un conflicto con el pueblo mexicano insurrecto habría podido resultar muy grave. El gobierno estadounidense llegó incluso a intervenir en 1929 como mediador en el conflicto que enfrentaba a la Iglesia con el gobierno mexicano. De hecho, la revolución se institucio-

nalizó progresivamente con el Partido Revolucionario Institucional, que ha seguido en el poder hasta finales del siglo xx. Con todo, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, existió una gran tensión entre México y su vecino del Norte tras la nacionalización de las compañías petroleras (norteamericanas) (*ver capítulo petróleo*).

Por otra parte, Estados Unidos ha intervenido en varias ocasiones en los pequeños estados de Centroamérica, cuyas vidas políticas también eran agitadas, bien directamente enviando a los marines —como en Nicaragua, país que ocuparon de 1912 a 1933 para “restablecer el orden”—, bien indirectamente —como en Guatemala en 1951, a través de mercenarios, para derrocar a un gobierno considerado “comunista”.

III. Norteamérica, ¿un imperio mundial?

Muchos comentaristas consideran que la importancia económica de Estados Unidos, el peso que este país ejerce en la actividad económica mundial, la presencia de numerosos militares norteamericanos en un número creciente de naciones de Europa, de Asia (Corea, Japón), así como de África o de Latinoamérica, todo ello, prueba la existencia de un imperio americano, comparable a lo que eran, a comienzos del siglo xix, el Imperio Británico o el imperio colonial francés. Sin embargo, existen grandes diferencias. En los imperios coloniales francés y británico, llegaba desde la metrópoli un número más o menos elevado de funcionarios europeos civiles y militares, nombrados oficialmente “funcionarios coloniales”, para dirigir sobre el terreno a las poblaciones indígenas. Este tipo de funcionarios no existe en los muchos países donde se ejerce hoy la influencia norteamericana. Se trata o bien de estados que siempre han sido independientes (Europa) o que lo son desde hace unos dos siglos (Latinoamérica), o bien de estados cuya descolonización es relativamente reciente, pero cuya población valora en mucho, por ello mismo, la idea de independencia.

Una dominación “flexible”

En realidad, lo que algunos denominan el “neoimperialismo” norteamericano es muy diferente de los colonialismos europeos. Conviene recordar antes de nada que, si la expansión mundial de los imperios coloniales europeos fue el resultado de estrategias deliberadas de conquista territorial, no fue éste el caso para la participación de Estados Unidos en los dos conflictos mundiales. En 1917, su entrada en la guerra al lado de Francia y del Reino Unido (pese a la oposición de los norteamericanos de origen alemán e irlandés) vino provocada por los múltiples ataques de los submarinos alemanes en el Atlántico contra buques estadounidenses. Después de 1918, ante la decepción de los ciudadanos norteamericanos por los múltiples desacuerdos con otros países, en especial con Francia, EE UU decidió retomar la política de “aislacionismo” que hasta entonces había mantenido con respecto al “viejo mundo”. Y así, rechazó formar parte de la Sociedad de Naciones, pese a que ésta fue creada, en 1920, a instancias del presidente Wilson.

Veinte años más tarde, tenía lugar el ataque japonés sobre Pearl Harbor en las islas Hawai (7 de diciembre de 1941), e inmediatamente des-

pués, Hitler, aliado de Japón, declaraba la guerra a Estados Unidos. Ello obligó a los norteamericanos a entrar en la Segunda Guerra Mundial y a combatir en Europa y en el Pacífico.

Después de 1945, se impone la supremacía del dólar, mientras los demás países industrializados están en ruina y todos, con la excepción de la Unión Soviética, piden ayuda financiera a Estados Unidos. La voluntad staliniana de una nueva expansión del comunismo más allá de los límites previstos por los Acuerdos de Yalta —que, de hecho, repartía Europa en dos zonas de influencia— tendrá como consecuencia el mantenimiento de la presencia de los norteamericanos tanto en Europa Occidental como en Corea y en Japón (*ver capítulo Guerra Fría*). EE UU se impondrá como el líder del “mundo libre” frente al régimen comunista, cuya realidad totalitaria no dejará de denunciar.

Durante cuarenta años, las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, mantuvieron una “guerra fría”, desarrollando masivamente su armamento y nuevas tecnologías militares y velando por no enfrentarse sino indirectamente para no desencadenar una catástrofe nuclear. Tal fue el caso para los norteamericanos en Vietnam (1965-1975), donde acabaron sufriendo un grave revés. Con la puesta a punto de la tecnología de los misiles intercontinentales y de los submarinos lanzadores de misiles nucleares, Estados Unidos se fue volviendo vulnerable, pese a la gran extensión de los océanos que lo rodean. La carrera armamentística absorbió sumas considerables de dinero, desarrolló la potencia tecnológica y científica del complejo militar e industrial norteamericano y contribuyó finalmente al derrumbe de la Unión Soviética, que carecía de los medios económicos de su adversario.

Desde el derrumbe de la Unión Soviética en 1991, Estados Unidos se ha convertido en la única superpotencia, pues se espera que China no llegue a serlo hasta el año 2020 aproximadamente.

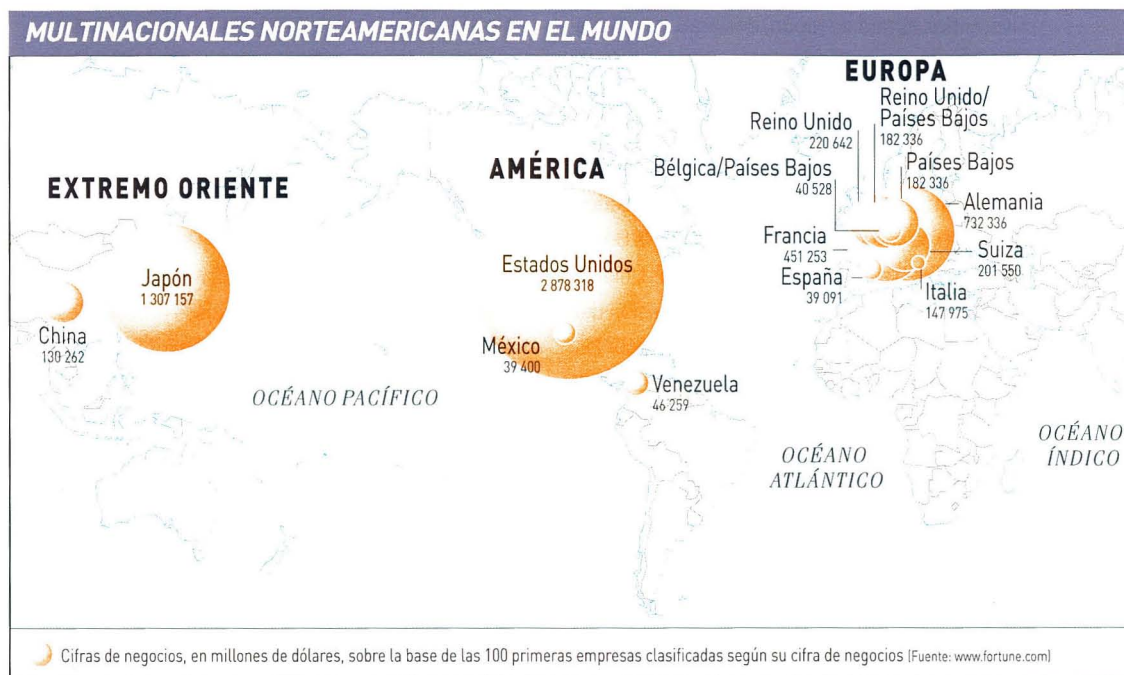
Una geopolítica de los derechos del hombre

El “neoimperialismo” norteamericano se ejerce de manera mucho más profunda que el colonia-

lismo europeo, sobre todo desde la instauración o la reinstauración del sistema capitalista en los antiguos estados comunistas y en China. Mientras que el colonialismo europeo, más o menos contemporáneo de la “revolución industrial”, se estableció sobre sociedades que apenas habían conocido cambios económicos y sociales desde la Edad Media, el neoimperialismo se ejerce en distinto grado sobre grandes países industriales, en especial sobre aquellos que, como Alemania o Japón, resultaron derrotados en 1945. Aunque resurgieron rápidamente y su poder económico es ahora mucho más grande que el que tenían antes de la guerra, estos países mantienen relaciones particulares con Washington. En efecto, en algunas porciones de territorio de algunos estados, como ocurre en Japón, en Corea del Sur, y en grado menor en nuestros días, en Alemania, se hallan destacadas, de forma permanente y con la conformidad de éstos, tropas norteamericanas.

La novedad de la supremacía estadounidense reside en el hecho de que, contrariamente a los colonialismos de antaño, EE UU no pretende imponer su soberanía política oficial sobre el territorio de los distintos estados que controla. Su supremacía tecnológica y científica es tan grande que le basta con ejercer una influencia dominante en los ámbitos financiero, político y cultural, favoreciendo a las compañías norteamericanas y a las europeas o japonesas asociadas a ella.

Esta dominación de la superpotencia norteamericana contribuye igualmente al proceso de mundialización, al reforzamiento del liberalismo económico contra los poderes estatales, así como, y aunque resulte contradictorio, a la difusión de las ideas liberales (en el sentido político). Éstas, especialmente la libertad de expresión y la defensa de los derechos del hombre, fueron en otro tiempo el gran argumento del “mundo libre” contra el comunismo totalitario. Desde la desaparición de la Unión Soviética, la superpotencia americana, a pesar de la existencia de la ONU, se ha erigido en juez de paz y en gendarme del mundo en cierta manera. Recurre a sanciones económicas y a presiones diplomáticas contra estados totalitarios que la opinión pública internacional, gracias a los medios de comunicación generalmente, considera



de pronto escandalosos por los atentados que en ellos se cometen contra los derechos humanos o contra el derecho internacional.

Una economía dominante, pero endeudada

Estados Unidos aparece como el polo dirigente del sistema económico mundial. Pero, desde este punto de vista, las cosas tampoco son iguales que en el tiempo de los antiguos imperios coloniales. En general, éstos, para asegurar mercados a sus propias industrias, frenaban el desarrollo industrial de sus colonias. Se ha dicho, con o sin razón, que la revolución industrial inglesa fue financiada en gran parte por el pillaje de los tesoros de la India. En efecto, Inglaterra se esforzaba por obtener para sí el mayor provecho posible de sus colonias para financiar su propia industrialización. Por el contrario, las grandes empresas norteamericanas han creado filiales en numerosos países, de modo que se ha dicho que estas últimas constituían la segunda industria mundial. Sin embargo, desde hace algunos decenios, Estados Unidos se caracteriza por el enorme déficit de su comercio internacional (el valor de sus importa-

➤ **A comienzos del siglo xx, más de 65 000 firmas multinacionales (frente a 6 000 en 1967) controlan unas 850 000 filiales en el mundo. Dan empleo en total a más de 54 millones de asalariados y manejan una cifra de negocios global de 19 000 millardos de dólares, lo que equivale aproximadamente al doble del valor del comercio mundial. De las cincuenta primeras multinacionales del mundo, treinta y tres son estadounidenses.**

ciones supera al de sus exportaciones, un total de cerca de 500 millardos de dólares en 2004) y por un alto déficit presupuestario del estado federal (413 millardos de dólares en 2004; 317 en 2005). El gobierno norteamericano tiende a reducir los impuestos para favorecer los negocios, mientras que sus gastos, sobre todo en el apartado militar, que se habían reducido un poco con el final de la Guerra Fría, vuelven a ser muy elevados (y no sólo a causa de la Guerra de Iraq). Este déficit ocasiona una bajada del dólar, máxime cuando las autoridades norteamericanas descuidan la defensa de la tasa. Hasta los últimos años, el dólar se había mantenido pese a todo, dada la potencia financiera de Estados Unidos y también porque muchos países (en especial China y Japón) habían acumulado stocks de dólares (más que de oro) para garantizar el valor de sus monedas y para mantener sus mercados en Estados Unidos (pues si el



> *El consumo de los hogares es uno de los principales estímulos de la economía norteamericana, aun a costa de un enorme déficit en su balanza de pagos. Sin embargo, la maquinaria sigue funcionando, gracias sobre todo a las fuertes inversiones en dólares que hacen los extranjeros, entre ellos los chinos, con todos los riesgos que esto puede comportar.* ■

dólar se devaluaba bruscamente, las importaciones norteamericanas descenderían). Pero el déficit norteamericano ha llegado a ser tan grande que el valor del euro, la moneda europea (que poco a poco se ha ido imponiendo como segunda divisa de referencia), tiende a ser más alto que el del dólar, lo cual penaliza las exportaciones europeas en favor de las norteamericanas. La paradoja de este imperio americano reside pues en el hecho de que su déficit se financia con los préstamos que hace a los bancos chinos y japoneses. Éstos efectúan importantes inversiones en Estados Unidos, al igual que hacen los bancos europeos. En efecto, el mercado norteamericano (en razón de su aumento demográfico, a consecuencia de la inmigración) crece a un ritmo mayor que el de Europa occidental y el de Japón, y esto permite a los bancos extranjeros obtener importantes beneficios de aquél. El funcionamiento del sistema económico mundial es pues muy complejo, y la economía norteamericana, menos dominante de lo que se podría creer. Con todo, esta complejidad no excluye de ninguna manera las espectaculares manifestaciones, en el plano mundial, del poder militar norteamericano.

Las proyecciones de poder

Como venimos diciendo en esta obra, se puede considerar geopolítica toda rivalidad de poder sobre los territorios. Sin embargo, en los últimos decenios, y recientemente más todavía, se han producido conflictos de gran envergadura entre fuerzas separadas por grandísimas extensiones, principalmente por océanos: tal fue el caso de la Guerra de Vietnam, y es actualmente el caso de Afganistán y de Iraq, donde las fuerzas norteamericanas mantuvieron y mantienen los conflictos que conocemos. Estas operaciones, llevadas a cabo tan lejos del territorio americano, se traducen sobre el terreno en violentas rivalidades de poder local, pero resultan de la proyección del poder militar de Estados Unidos a miles de kilómetros.

Estas proyecciones de poder son llevadas a cabo, en gran parte, con medios aéreos muy importantes que sobrevuelan grandes extensiones marinas y, llegado el caso, los territorios de algunos estados que han dado más o menos su conformidad. Las rutas de muchos aviones gigantes, que pueden repostar en pleno vuelo, permiten transportar rápidamente y en pocos días a miles de kilómetros a efectivos militares que pueden contarse por decenas de miles. Incluso cuando el grueso de las tropas y de los materiales necesarios para grandes operaciones es trasladado por vía marítima, los aviones desempeñan un papel esencial a la hora de hacer llegar los refuerzos con rapidez, así como de repatriar a heridos y hacer funcionar la noria de los generales y de los políticos, que viajan seguidos de periodistas, en su visita de inspección de unas horas al “teatro de operaciones”.

Los aviones gigantes son pues las herramientas más destacadas de la proyección a grandes distancias de las fuerzas de la superpotencia. Para destruir los medios del adversario en su propio terreno, ésta dispone de misiles, de bombarderos con un gran radio de acción, de cazas que despegan desde portaaviones; pero son los aviones gigantes los que, en nuestros días, hacen posible el lanzamiento de operaciones a muy larga distancia, con unos tiem-

pos de transporte de tan sólo unas horas. Por ello, los Estados Mayores, así como la opinión pública, consideran que este tipo de operaciones debe tener una duración relativamente corta, de unos meses como máximo, y emplear en ellas unos efectivos muy reducidos: se ha llegado a hablar en este sentido de “guerras de cero muertos”. Pero tales previsiones fueron desmentidas en su momento por la Guerra de Vietnam y, también ha sido así en la de Iraq. En ambos casos, el adversario, que parecía no tener medios para resistir a las fuerzas aéreas de la superpotencia, se ha revelado sobre el terreno mucho más tenaz de lo que los dirigentes norteamericanos pensaban.

El concepto de guerra preventiva

La proyección de poder traduce ciertamente la superioridad militar del país que se proyecta y la importancia de sus medios logísticos. Pero también debe considerarse el contexto geopolítico. La participación norteamericana en las dos guerras mundiales se operó, tras unas agresiones características, en conflictos que venían causando estragos desde hacía dos años, y la intervención de Estados Unidos en la Guerra del Golfo en 1991 tuvo lugar tras la espectacular invasión de Kuwait por Iraq. En cambio, en 2003, el gobierno norteamericano decidió por iniciativa propia y pese a las advertencias, fundamentalmente francesa y alemana, declarar la guerra a Iraq, país donde, sin embargo, la situación permanecía bajo control aéreo norteamericano instituido desde hacía más de diez años.

Por tanto, en las reacciones de los dirigentes norteamericanos ante lo que a ellos les parecía una gran amenaza para su país es donde hay que buscar las razones que explican las proyecciones de su poder a miles de kilómetros, en situaciones que, aparentemente, no exigían intervenciones tan urgentes ni tan espectaculares. Se ha hablado por ello de guerra “preventiva”.

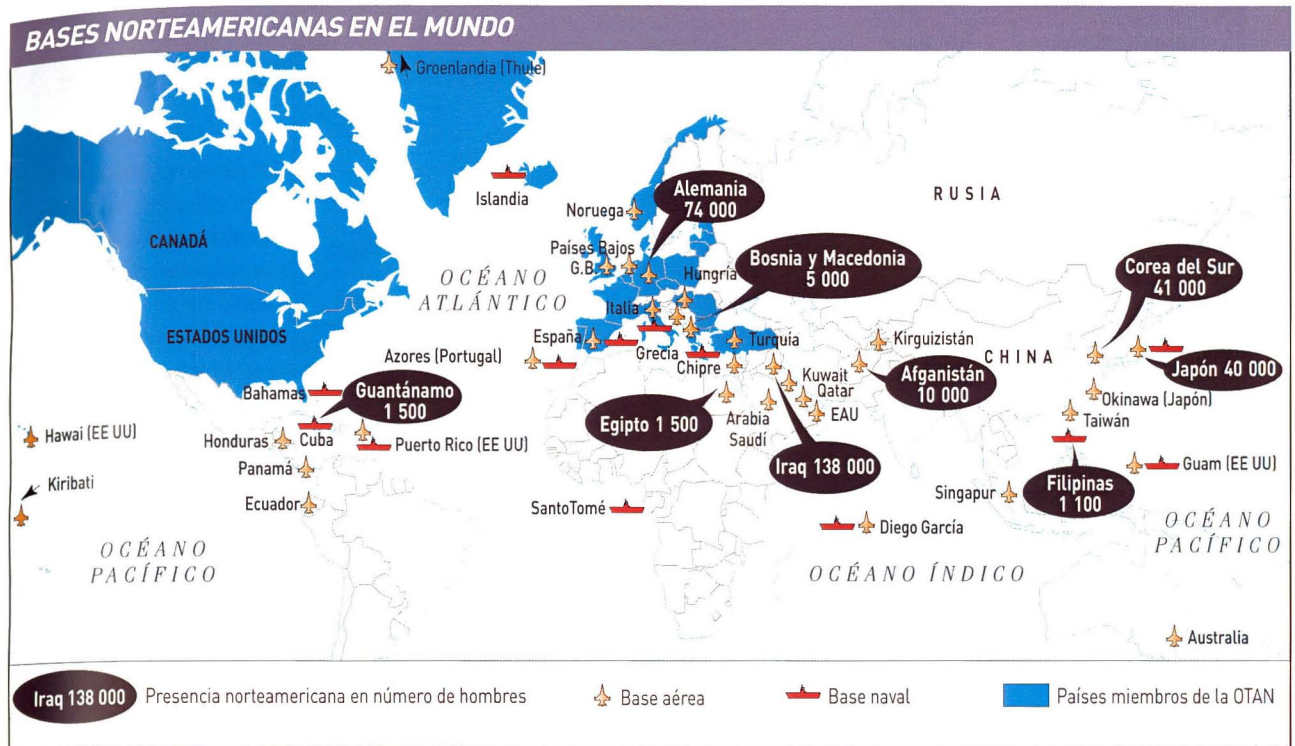
La ofensiva lanzada en Afganistán por Estados Unidos, a partir de octubre de 2001, a 15 000 kilómetros de sus costas, básicamente con medios aéreos (los B.52, que repostaban en

NO CONFUNDIR PROYECCIÓN DE POTENCIA Y GUERRA MUNDIAL

CIERTAMENTE, durante la Segunda Guerra Mundial, los soldados norteamericanos ya combatieron al otro lado de dos océanos, el Atlántico y el Pacífico. Pero estas operaciones a larga distancia nada tenían que ver con la Guerra de Vietnam y la Guerra de Iraq. En primer lugar porque Estados Unidos no entró deliberadamente en guerra: fue atacado súbitamente por Japón en Pearl Harbor, y Hitler le declaró la guerra más tarde. Hasta entonces la postura norteamericana era “aislacionista” y, pese a ser una potencia económica, Estados Unidos aún no era una potencia militar. Si bien la US Navy estaba en el cuarto o quinto puesto mundial (su originalidad radicaba en sus portaaviones), el ejército de tierra contaba en 1939 con un efectivo casi irrisorio para un estado tan grande: 160 000 hombres. Sus jefes no se imaginaban que tuvieran que ir a combatir de nuevo al exterior (la participación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial de 1917 a 1918 había dejado el recuerdo de sacrificios inútiles) y los muchos submarinos alemanes parecían dominar el Atlántico. Los efectivos del ejército alcanzarían los ocho millones de hombres en 1945. Pero este extraordinario aumento y la participación de los ingleses —y, aún más la de los soviéticos— no garantizaban nada, ni contra Alemania, que aportaba armas nuevas, ni contra Japón. No se puede reducir el papel de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial a una simple proyección de su poder, como se diría hoy. Este conflicto fue una verdadera guerra, con duros combates en Europa y en las islas del Pacífico, con muchas pérdidas humanas. Supuso para los jefes la conciencia de que podían sufrir grandes reveses, si no incluso una derrota que podía pesar durante mucho tiempo sobre el destino de la nación. Finalmente, y sobre todo, hay que tener en cuenta que Estados Unidos era aliada entonces de muchas naciones que luchaban contra estados invasores.

En todo esto consiste la diferencia con lo que llamamos hoy “proyecciones de poder”, es decir, las operaciones con efectivos bastante reducidos que la superpotencia ha lanzado más allá de los océanos en Vietnam, en 1965, y en Iraq, en 2003, pensando que sus fuerzas aéreas serían suficientes para destruir un ejército lejano, mediocremente equipado y sin aviación. En el caso de Vietnam (y de hecho solamente en su parte norte, la comunista) como en el de Iraq, se trataba de “pequeños países”, que no tenían ningún conflicto territorial con Estados Unidos y cuyos jefes evidentemente jamás habían pensado en declararle la guerra a esta nación, a 15 000 kilómetros de casa. ■

pleno vuelo desde la base Diego García, en el océano Índico), ha sido, aparentemente, la respuesta a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Los campos de entrenamiento y la guarida de Ben Laden se hallaban, en efecto, entre Kabul y Kandahar, bajo la protección teórica de los talibanes ultraislamistas en el poder.



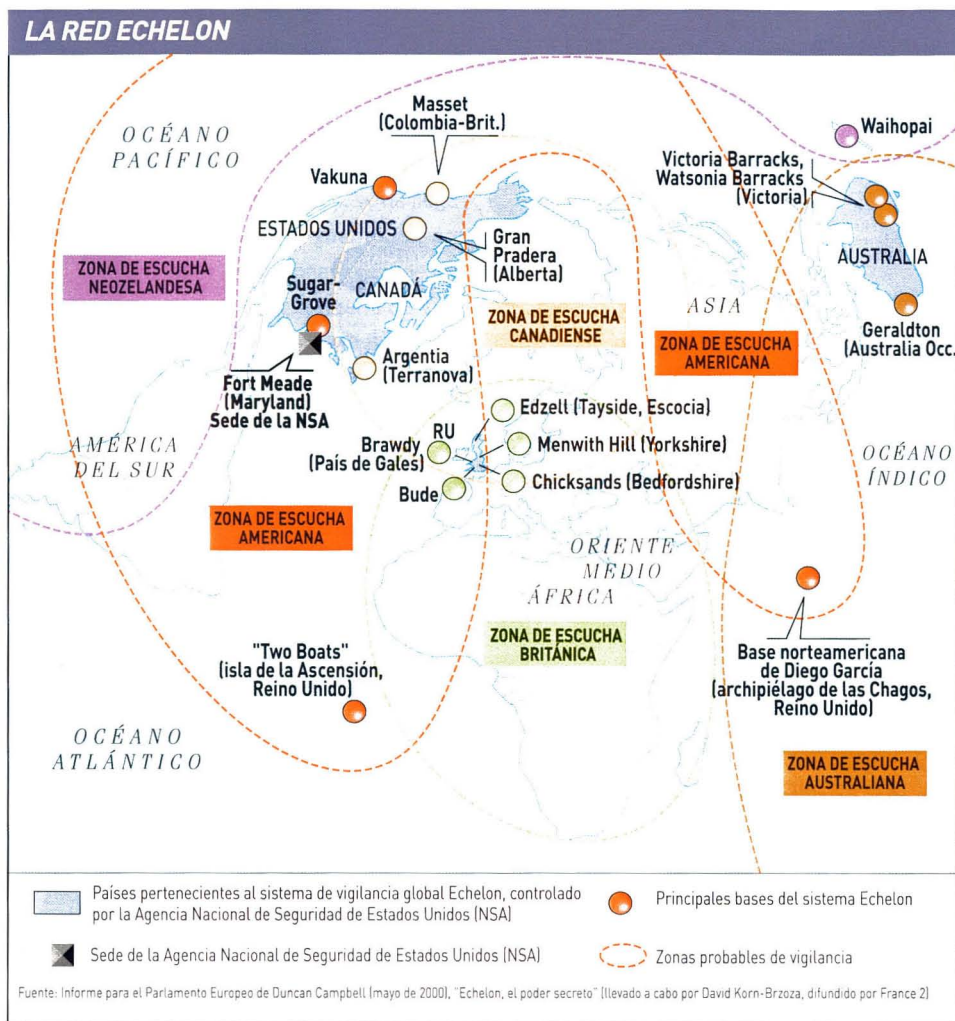
De 1945 a comienzos de los años noventa, la presencia militar en el extranjero obedecía a dos principios: contener al enemigo soviético en el este y el oeste de “Eurasia”, un concepto muy ponderado por la geopolítica norteamericana, y prevenir toda resurgencia nacionalista entre los dos vencidos de la Segunda Guerra Mundial, Alemania y Japón. Europa estaba entonces en el centro del dispositivo, cosa que ya no ocurre desde la caída del comunismo. Con el poder creciente de China y con las nuevas amenazas islamistas, las prioridades norteamericanas han cambiado: menor presencia en Europa a favor de Asia, y constitución de una red de bases más pequeñas que antes, más discretas políticamente, mejor repartidas a través del mundo (Europa oriental, África, Oriente Próximo, Asia Central y Asia-Pacífico), que permite proyecciones de fuerza sobre los puntos calientes.

Las compañías petroleras norteamericanas mantenían negociaciones hasta ese momento con estos últimos para la construcción de un oleoducto que atravesara Afganistán de Norte a Sur y que estaría destinado a comunicar los yacimientos de gas de Turkmenistán con el litoral del océano Índico. La guerra pospuso provisionalmente la realización de estos planes.

En cambio, las razones de la guerra a la cual se lanzó Estados Unidos a comienzos de 2003 en Iraq son menos evidentes, pero también pueden explicarse como la repercusión de los espectaculares atentados de 2001. Hay un nuevo hecho que debe tenerse en cuenta en los razonamientos geopolíticos: las reacciones de la nación estadounidense vendrán determinadas en gran medida, sin duda durante años, por el trauma del

World Trade Center y por la obsesión de que se produzca en Estados Unidos otro ataque de este tipo. George W. Bush, que acababa de ser elegido presidente por un margen muy estrecho de votos en noviembre de 2000, había defendido durante su campaña electoral un programa “aislacionista”, a la par que había acusado a su oponente demócrata de querer continuar con la política exterior de Bill Clinton y de seguir embarcando inútilmente al país en asuntos de Europa (Bosnia) o de Oriente Próximo.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 dieron un vuelco súbito a la política de Estados Unidos y convencieron al presidente George W. Bush de que debía declararle la guerra total al terrorismo islamista, en Afganistán primero, y en Iraq después. El presidente quedó definitiva-



mente convencido de ello por las personalidades del partido republicano que lo rodeaban, neo-conservadores partidarios de esta "manera fuerte de actuar", que había provocado en el pasado reciente, según ellos y aunque eso sea inexacto, la caída del comunismo. En 1979, el presidente Reagan no respondió con una demostración de fuerza ante la invasión soviética de Afganistán, sino con estrategias indirectas, acelerando la carrera armamentística (el proyecto de "guerra de las galaxias") y suministrando, a través de Pakistán y de Arabia Saudí, misiles tierra-aire a los combatientes afganos, lo cual hizo perder a los soviéticos el control del cielo.

Pero, en Europa y en el resto del mundo, son muchos los que consideran que la guerra en Irak se explica fundamentalmente por el deseo de las

> Esta red de escucha electrónica fue creada en 1948, al comienzo de la Guerra Fría. Agrupa a los países anglosajones a través del mundo (más Alemania, Dinamarca, Noruega y Turquía). La red trataba tres mil millones de datos al día (comunicaciones telefónicas y en el espacio), cuando fue reorientada hacia la información económica (hasta el punto de incurrir en sospecha de favorecer a las empresas anglosajonas), antes de ser puesta prioritariamente al servicio de la lucha antiterrorista tras el 11 de septiembre de 2001.

compañías norteamericanas de acceder a los yacimientos petrolíferos iraquíes. Esto no implicaba necesariamente tener que hacer la guerra, y más cuando no se podía probar que existiera vínculo alguno entre el dictador Saddam Husein y al-Qaeda, aunque ello no se excluyera. Para

UNA FORMIDABLE MAQUINARIA MILITAR

A finales de 2002, las Fuerzas Armadas de Estados Unidos contaban con 1,4 millones de militares en activo: 481 000 en el ejército de tierra, 381 000 en la marina, 362 000 en el ejército del aire, 172 000 en el cuerpo de marines y 37 000 en los Coast Guards. Los efectivos civiles se elevaban a 667 000 personas. El presupuesto militar norteamericano es del orden de 500 millardos de dólares (sin contar el coste de las guerras); esto es, aproximadamente el 4% del PNB del país y más del 45% del gasto militar del resto del mundo. El secretario de Estado de Defensa, cuyo departamento tiene su sede en el enorme edificio del Pentágono en Washington, es el nº2 en la cadena de mando, después del propio presidente.

Las fuerzas combatientes norteamericanas se reparten entre nueve grandes mandos, de los cuales cinco son geográficos:

- El Northern Command (creado en respuesta a los atentados del 11 de septiembre de 2001) es el encargado de asumir la defensa aérea, terrestre y marítima del país. Su cuartel general está en Colorado Springs, en el estado de Colorado. Su zona de responsabilidad cubre toda América Septentrional, desde el norte de Canadá hasta México.
- El Southern Command es responsable de las operaciones militares en América del Sur. Su cuartel general está instalado en la base aérea de MacDill, en Florida.
- El Pacific Command, cuyo cuartel general está en Honolulu (Hawái), tiene una zona de responsabilidad que se extiende desde el Ártico al Antártico de la costa Oeste de Estados Unidos a la costa Este de África, y cubre además la India y China.
- El Central Command, cuyo cuartel general está también en MacDill, en Florida, tiene una zona de responsabilidad que se extiende desde el nordeste de África hasta Oriente Medio y Asia Central.
- El European Command cubre sobre todo Europa, incluida Rusia, así como Oriente Próximo y África. Su cuartel general está en Stuttgart, en Alemania. Su responsable es además el jefe de las fuerzas aliadas de la OTAN en Europa.
- El Strategic Command tiene a su cargo las fuerzas nucleares norteamericanas, las operaciones espaciales y todo lo relacionado con la “guerra informática”. Su cuartel general está en la base de Offutt, en Nebraska.
- El Transportation Command agrupa todos los medios militares de transporte aéreo y marítimo. Su cuartel general está en la base aérea de Scott, en Illinois.
- El Special Operations Command agrupa al conjunto de las “fuerzas especiales” (unos 40 000 hombres). Su cuartel general está en la base aérea de MacDill, en Florida.
- El Joint Forces Command, cuyo cuartel general está en Norfolk, en Virginia, tiene la misión de facilitar las “transformaciones” de los ejércitos norteamericanos y su interoperabilidad con las fuerzas aliadas. ■

obtener el petróleo, les bastaba a los dirigentes norteamericanos con levantar el bloqueo al que tenían sometido a Iraq desde 1991. Saddam Husein no pedía otra cosa que vender más petróleo. Sin duda, el presidente iraquí habría podido llegar a aceptar acuerdos que permitieran a compañías occidentales participar en las prospecciones petrolíferas. Así, habría conseguido que se pusiera fin al boicot internacional. El dictador iraquí habría obtenido un gran beneficio, aunque con el tiempo se habría podido hallar ocasión para acabar con su persona. Ello habría sido moralmente reprochable, pero habría evitado la muerte y la desgracia a cientos de miles de víctimas.

El deseo de venganza, el temor a nuevos atentados, el hecho de que no se haya eliminado a Ben Laden y de que haya sido desmantelado tan sólo un reducido número de sus redes llevó a los dirigentes norteamericanos partidarios de la manera dura a preparar a la opinión pública para una guerra contra la amenaza iraquí. Hábilmente orquestados, los pretextos podían ser, en suma, bastante plausibles: Saddam Husein, a pesar de su derrota de 1991, podría tener en su poder todavía armas de destrucción masiva, e incluso podría procurarse secretamente armas en Corea del Sur o en Pakistán con cierto número de vectores de largo alcance, o llegar a establecer una alianza repentina con al-Qaeda para vengarse de los norteamericanos y del bloqueo que éstos mantenían contra Iraq desde hacía doce años.

En cambio, las peligrosas consecuencias de esta guerra fueron silenciadas por Estados Unidos, pese a las advertencias de la ONU y de los gobiernos francés y alemán, y también pese a las discretas reservas de ciertos generales norteamericanos a quienes preocupaba embarcarse en este conflicto e invadir un vasto país con un número de efectivos relativamente bajo (130 000 hombres, frente a los más de 500 000 en Vietnam). Pero, según los dirigentes de Washington, bastaba con que Estados Unidos proyectara su poder en Oriente Próximo para que las amenazas desaparecieran, para que la paz y la democracia se resta-

blecieran allí y para que el petróleo volviera a correr a raudales.

Ciertamente, la Guerra de Iraq duró tan sólo unas semanas. La tecnología norteamericana era muy superior para que el ejército iraquí pudiera resistir durante mucho tiempo. Washington pensaba incluso que no iba a ser necesario enviar sobre el terreno demasiados efectivos. Sin embargo, éstos están implicados desde entonces en una situación geopolítica muy difícil, dada la violencia con que los grandes grupos religiosos se disputan el poder (suníes contra chiíes) y las rivalidades existentes en el seno de cada uno de ellos, tanto en Bagdad como en las principales regiones del país, sometidas a las maniobras rivales de los estados vecinos (Irán y Turquía, sobre todo). Además, la opinión pública norteamericana ha ido estando cada vez más en contra de continuar con esta guerra.

Problemas geopolíticos internos

Los dirigentes norteamericanos han estado convencidos durante mucho tiempo de la existencia del *melting-pot*, a saber: que la mezcla entre los inmigrantes llegados de todos los países europeos y su integración en la nación americana se efectuaba como en un recipiente. Es cierto que estos inmigrantes, que hablaban lenguas muy diversas, han aprendido el inglés —la lengua común— y se han convertido en unos ciudadanos estadounidenses muy apegados a su nueva patria. El patriotismo en Estados Unidos sigue siendo un sentimiento muy fuerte, incluso en tiempos de paz, a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los países europeos. Pero, en realidad, el *melting-pot* no ha funcionado tan bien; incluso se diría que cada vez es más irreal. En las ciudades con cierta importancia, los inmigrantes llegados de Europa, al igual que sus hijos, se han agrupado, en función de su lengua de origen, en los diferentes barrios que iban acogiendo a los recién llegados: italianos, polacos, etc. Por supuesto, existían fricciones en los límites entre los barrios, pero sin importancia. Los problemas geopolíticos aparecieron durante los primeros decenios del siglo xx, cuando los

EL AVANCE DEL EJÉRCITO NORTEAMERICANO

Se ejerce sobre el conjunto de la panoplia.

— La información electrónica: a través de la red Echelon, cuyas bases de escucha están implantadas en el conjunto de los países anglosajones, Estados Unidos tiene la capacidad de interceptar todas las comunicaciones telefónicas y electrónicas en el mundo. En materia de información electromagnética (intercepción de las señales de radio y de radar), Estados Unidos está a la última, en especial con los aviones Prowler.

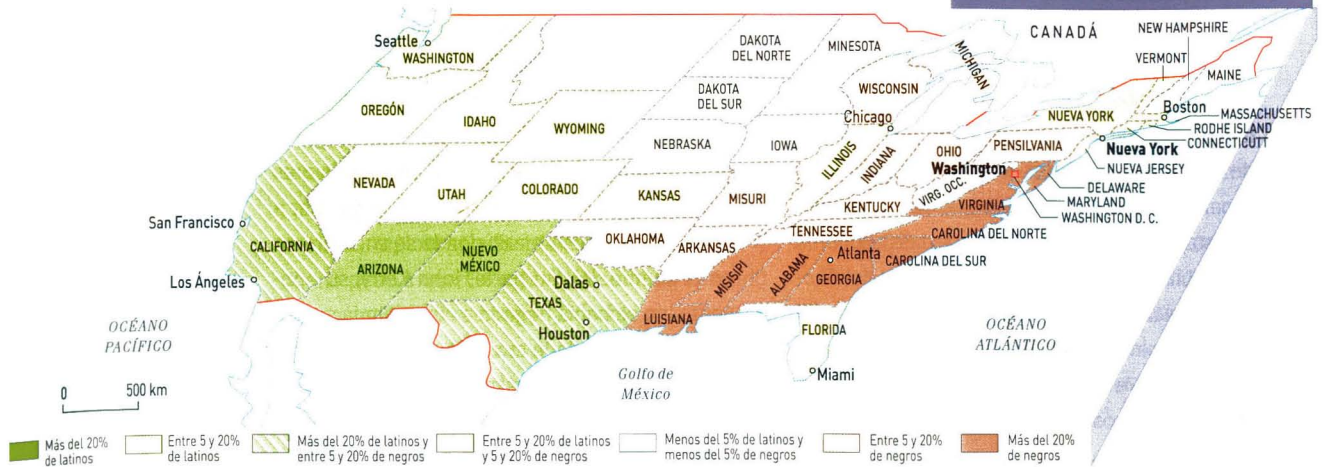
— En cuanto al armamento nuclear, la supremacía norteamericana fue confirmada por el acuerdo Putin-Bush de 2001, que fijaba, teóricamente, el armamento nuclear estratégico en 2 500 para los norteamericanos y en 1 700 para los rusos.

— En materia de misiles, y en particular en lo concerniente al guiado de estos, Estados Unidos dispone del sistema GPS (Global Positioning System). Europa, no sin dificultades, trata de poner en marcha un sistema autónomo, el Galileo.

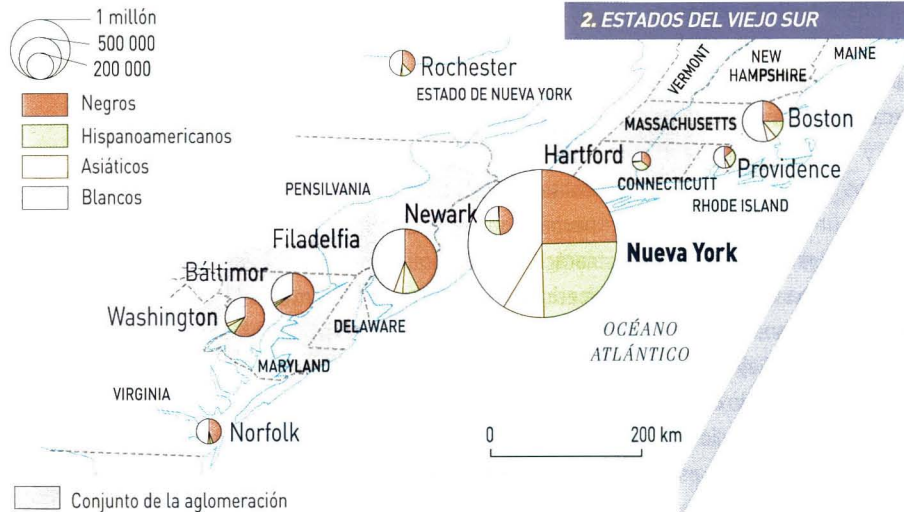
negros, que hasta entonces estaban confinados en los campos de los estados del “viejo Sur”, empezaron a poblar las ciudades, sobre todo las del Noreste, hasta llegar a constituir las tres cuartas partes de la población en Detroit o en Washington. Dado que todavía existe racismo hacia las gentes “de color” (a pesar de las medidas oficiales en su favor), su implantación en barrios más o menos pobres suscita tensiones, pues su presencia en ciertos edificios hace disminuir el valor de las viviendas cercanas. El barrio se transforma entonces en un gueto, en razón de la marcha progresiva de los ocupantes precedentes. Ocurre más o menos lo mismo en los barrios poblados por asiáticos o por latinos, los inmigrantes venidos de Latinoamérica; en unos y otros se registran formas más o menos graves de delincuencia. En los límites de estos barrios, existen graves tensiones. Cada uno de ellos está en poder de *gangs* que controlan diferentes tráfico. El funcionamiento de los consejos municipales suscita también grandes conflictos. En efecto, las elecciones dependen no sólo de los partidos políticos, sino también de los diversos grupos étnicos repartidos por barrios. Para no perder un escaño en el consejo, cada grupo se opone encarnizadamente a que el barrio que controla sea “colonizado” pro-

LAS MINORÍAS ÉTNICAS EN ESTADOS UNIDOS

1. EN ESTADOS UNIDOS



2. ESTADOS DEL VIEJO SUR



3. EN EL ESTADO DE CALIFORNIA

Los estados del Sudeste, los del “viejo Sur”, como se decía antaño, conservan todavía una proporción relativamente alta de negros. Pero su número ha disminuido considerablemente a lo largo del siglo xx en razón de la emigración hacia las grandes ciudades de los estados del Noreste. En California, los latinos constituyen una parte importante de la población de Los Ángeles. Pero estos latinos no son todos inmigrantes, pues muchos mexicanos se quedaron en los estados del Suroeste tras su anexión por parte de Estados Unidos a finales del siglo xix. Los asiáticos son numerosos en la costa Oeste, pero su porcentaje empieza a ser igualmente importante en Nueva York.



gresivamente por una minoría rival; y ello no favorece una gestión eficiente de los asuntos municipales.

El creciente número de latinos llegados de Puerto Rico, de México, de Cuba o de Centroamérica —son ya más numerosos que los negros en el conjunto del país y representan más del 20% de la población de Texas—, hace que se hable el español tanto como el inglés en todo el sudoeste de Estados Unidos. Algunos especialistas, como el célebre Samuel P. Huntington (autor del *Choque de civilizaciones*) temen que el aumento del número de inmigrantes latinoamericanos constituya una grave amenaza para la unidad nacional.

Un poderoso sentimiento nacional

Las elecciones de 2004 pusieron de manifiesto ante la opinión internacional características geopolíticas hasta entonces desconocidas de la nación americana, acerca de su manera de definirse, de ver el mundo y de representarse el papel que Estados Unidos debía interpretar. Estas elecciones suscitaron un enorme interés en el resto del mundo, ya que gran parte de la opinión internacional consideraba que los electores norteamericanos no querrían reelegir a George W. Bush, por haber llevado al ejército en Iraq a una guerra mucho más difícil de lo que se preveía. Éste había justificado la intervención en Iraq por la necesidad de dismantelar en este país las armas de destrucción masiva (nucleares, químicas, bacteriológicas), que, afirmaba, existían allí y podían amenazar a Estados Unidos. Sin embargo, estas armas nunca fueron encontradas. Muchos intelectuales norteamericanos denunciaron entonces las “mentiras” del presidente saliente.

Todo esto ha contribuido a alimentar sentimientos de “antiamericanismo”, en especial en Francia, cuyo gobierno había alzado su voz en la ONU para criticar la política de Washington. Este tipo de sentimientos, que traduce en el plan mundial rivalidades de poder, es fruto también de la geopolítica.

Para sorpresa (relativa) de la opinión internacional, el candidato del Partido Demócrata, John

Kerry, que había denunciado la política fiscal de la administración saliente en favor de las clases más acomodadas, fue derrotado por un amplio margen. George W. Bush había insistido durante la campaña electoral en su voluntad de defender lo que los estadounidenses llaman “valores americanos” y en la necesidad de proteger a América contra nuevos ataques, sin duda peores que los del 11 de septiembre, yendo a golpear a los posibles agresores allí donde se encontraran en el mundo. Por su parte, John Kerry, su oponente, no se había negado a continuar la guerra en Iraq, a favor de la cual él había votado a comienzos de 2003 al igual que lo hicieron muchos otros parlamentarios antes de que ésta comenzara. Sin embargo, desde 2006, en Estados Unidos, la opinión pública se opone a la continuación del conflicto en Iraq, no sólo a causa de las pérdidas americanas, sino también debido a la guerra civil que enfrenta a los iraquíes entre sí.

El análisis llevado a cabo por numerosos especialistas de Estados Unidos en Ciencias Políticas de las razones del éxito republicano permite hacernos una idea más precisa de las características políticas de la opinión norteamericana, que es muy diferente de la que nos hacemos en la mayoría de los países de Europa Occidental.

El estudio atento del reparto de los votos, ya sea para el Partido Republicano, ya sea para el Partido Demócrata, evidencia un claro contraste geográfico, que ha llevado a algunos a decir que existían dos Américas claramente diferenciadas espacialmente. El Partido Republicano venció en la mayoría de los cincuenta estados de la Unión, con excepción del de Nueva York y de los de Nueva Inglaterra, los del lado Oeste (California, Oregón) y de ciertos estados que rodean a los Grandes Lagos (especialmente, Michigan). Si se examina más de cerca el reparto de los votos por condados, se observa que el contraste es mucho menos marcado y que el mapa electoral muestra una gran complejidad. Esquemáticamente, los republicanos vencen en la mayoría de los condados rurales y de las pequeñas ciudades, mientras que los demócratas han ganado ahí donde las actividades intelectuales

(universidades, laboratorios de investigación, grandes medios de comunicación, etc.) son más numerosas y en los estados donde las “minorías raciales” (negros, latinos, asiáticos) son relativamente importantes. En cambio, el Partido Republicano ha visto aumentar sus resultados con respecto a las consultas anteriores entre las clases blancas desfavorecidas, sobre todo entre los obreros afectados por el desempleo en las viejas regiones industriales desaceleradas, y ello pese a que George W. Bush haya aplicado una política fiscal muy favorable a las clases acomodadas. El voto de un gran número de estadounidenses no ha obedecido, pues, a consideraciones económicas y sociales, sino a razones de naturaleza religiosa y geopolítica.

La importancia de las preocupaciones religiosas

Entre los países desarrollados económicamente donde las preocupaciones religiosas han perdido progresivamente importancia política, al menos para una gran parte de la población, Estados Unidos constituye un caso aparte. La religiosidad sigue siendo muy fuerte en todas las capas de la población, en particular en ciertos sectores protestantes, entre los cuales destacan en primera fila las múltiples comunidades evangelistas (en Estados Unidos, se prefiere decir evangélicas). La importancia de la vida asociativa hace que cada una de estas diversas tendencias esté representada localmente por grupos de fieles que rivalizan en ardor y en manifestaciones sociales.

Esta religiosidad tiende a aumentar en los últimos decenios y a manifestarse en juicios de valor sobre los comportamientos sociales, las cuestiones relativas a las costumbres y los puntos de vista culturales, filosóficos o científicos, que en los demás países desarrollados son considerados o aceptados sin tener en cuenta la religión. Si en la Constitución de Estados Unidos de 1787 Dios no era mencionado por los “padres fundadores” de la nación, que eran laicos, la idea de laicidad tiende a retroceder claramente desde hace algunos decenios en Estados Unidos, donde numerosos predicadores o políticos se apoyan cada vez

más en la Biblia, si no en Dios. Se evoca incluso una *Bible Belt* en el tercio sudeste del país (del mismo modo que se habló antaño del *Corn Belt* y más tarde del *Sun Belt*), que engloba a numerosos estados que durante la Guerra de Secesión formaron parte de los confederados.

Si bien, durante los años sesenta, estas corrientes religiosas no participaban en las consultas electorales, muchos predicadores han sabido utilizar las técnicas mediáticas para movilizar a los fieles y orientar sus votos para el partido que se presentaba como el más religioso. George W. Bush y el Partido Republicano supieron hacerse con el apoyo de estas corrientes, mientras que el Partido Demócrata, donde destaca la influencia de los intelectuales, le concedía más importancia a la idea de laicidad —que muchos republicanos denuncian como contraria a los “valores norteamericanos”.

De la religión a la geopolítica

Esta fuerte religiosidad en el seno de ciertas grandes capas de la población se traduce en consideraciones claramente geopolíticas: la más evidente es que, para los cristianos fervorosos, el islam puede aparecer ahora como el adversario fundamental, puesto que, para ellos, son los islamistas los que inspiraron y perpetraron el ataque del 11 de septiembre de 2001. Así, el presidente Bush decidió lanzar la “cruzada del Bien contra el Mal”, no sólo para proteger el territorio de Estados Unidos, sino también para defender los “valores norteamericanos”.

Este ataque del 11 de septiembre de 2001 ha sido evocado muchas veces en los argumentos electorales del Partido Republicano. Para la opinión norteamericana, fue mucho más grave que el ataque japonés de 1941 sobre Pearl Harbor, pues éste se produjo en una isla lejana del Pacífico y causó menos víctimas que el derrumbe de las dos torres del World Trade Center, que los norteamericanos pudieron ver en directo por televisión. Para

George W. Bush, la guerra contra Iraq era muy fácil de justificar, aunque el pretexto invocado, el de las armas de destrucción masiva almacenadas en este país, resultara inexacto. Y cuando los intelectuales le tacharon de mentiroso, el presidente contraatacó sin problemas escudándose en el plano de la moralidad y del respeto a los “valores norteamericanos”.

Esta religiosidad de una gran parte de los estadounidenses, cualquiera que sea su credo religioso, se traduce en la manera en que se representan su nación. Según ellos, ésta ha sido escogida por Dios para desarrollarse en una inmensa “tierra prometida”, como se describe en la Biblia. Es, dicen, el “destino manifiesto” de América acoger en el Nuevo Mundo a todos aquellos que quisieron huir y a los que hoy quieren hacerlo de las múltiples formas de opresión de los países del Viejo Mundo y para desarrollar una sociedad democrática y libre. Hasta entonces, todo esto no parecía tener grandes consecuencias en materia de geopolítica. Sin embargo, en estos medios políticos y religiosos a la vez, se está desarrollando hoy en día la idea de que Estados Unidos, puesto que ha recibido de Dios esta tierra de promisión con sus riquezas, ha recibido también la tarea de defender y de promover por todas partes en el mundo la democracia y la justicia. A esto se añade la idea de que hay que eliminar el germen del Mal que amenaza a América.

Tal ambición habría podido conducir a una catástrofe planetaria, cuando todavía existía la otra superpotencia, la “del Mal”, como la denominó el presidente Reagan en los años ochenta. Pero desde que la Unión Soviética desapareció, Estados Unidos (con menos riesgos) debe hacer lo que Dios, que le ha dado tal poder, espera de este país. Así enfatizan los políticos y los predicadores que pretenden estar inspirados por Dios y que encuentran en la Biblia las citas que extrapolan para explicar el mundo actual. Algunos incluso, los denominados “sionistas cristianos”, que son muy influyentes, aspiran a la “victoria” de Israel, a la reconquista por parte de éste del territorio de Eretz Israel (del “Gran Israel”), lo

cual, según ellos, anunciaría el retorno del Mesías e incluso la conversión masiva de los judíos al cristianismo (*ver capítulo Israel*).

Durante la Guerra Fría, Estados Unidos defendió sus intereses, pero también al conjunto de lo que se ha llamado el “mundo libre”, de las intrigas de un régimen en verdad totalitario. De esta época han resultado situaciones geopolíticas que conviene analizar de nuevo, pues perduran (ya se trate, por ejemplo, de la partición de Corea o de la situación geopolítica de Japón). En nuestros días, Estados Unidos es militarmente más fuerte de lo que nunca ha sido, pero suscita preocupación en muchas naciones democráticas.

El cambio operado en la opinión pública norteamericana desde 2006 quizá permite augurar la retirada total de las fuerzas militares estadounidenses de Iraq y un debilitamiento del poder norteamericano. Lo mismo ocurrió en 1973, tras la guerra de Vietnam, pero ello no impidió a Estados Unidos aparecer como triunfador en 1990 tras la desmembración del aquel Estado que fue su gran adversario, la Unión Soviética.

El 4 de noviembre de 2008 Barack Obama fue elegido presidente de Estados Unidos. Es un hombre joven (nacido el 4 de agosto del 1961 en Honolulu, Hawái) cuya elección es un acontecimiento porque es mestizo de padre keniano musulmán y de madre americana cristiana. Barack Obama es protestante. En su campaña electoral ha sido el primero en utilizar masivamente internet para juntar fondos y crear redes de partidarios en todo el territorio de Estados Unidos. Supo tranquilizar a los electores sobre su voluntad de superar las divisiones étnicas y sociales dentro de Estados Unidos. Esta llamada a la unidad nacional frente a las amenazas externas e internas ha hecho efecto. La tasa de participación electoral ha sido elevada (66%). La crisis económica que estalló en septiembre de 2008 ha sido favorable al Partido Demócrata, pero es un gran desafío para el nuevo presidente. La personalidad de Obama ha dado una dimensión mundial a esta elección y ha demostrado que la influencia de Estados Unidos aparece como primordial en muchos países del mundo.

CONSECUENCIAS ACTUALES DE LA GUERRA FRÍA

En nuestros días se describe a menudo a Estados Unidos como si la Guerra Fría con la Unión Soviética nunca hubiera tenido lugar. Los jóvenes de hoy apenas tenían unos diez años cuando la rivalidad Este-Oeste finalizó y cuando, en 1991, la URSS se desmembró. Sin embargo, no puede entenderse el enorme poder militar del actual Estados Unidos sin tener en cuenta el largo período de cerca de cuarenta años durante el cual estas potencias se enfrentaron por lo que consideraron, con o sin razón, como el riesgo del comunismo soviético en Europa y en otras partes del mundo. Felizmente, Estados Unidos y la Unión Soviética no se declararon directamente la guerra, pues, teniendo en cuenta que ambas superpotencias contaban con la “bomba atómica” (como se decía en los años 1950), y más tarde con armas nucleares aún más terribles y misiles intercontinentales que podían lanzarse a miles de kilómetros, habría resultado una catástrofe espantosa para una gran parte de la humanidad: directamente, por la destrucción de una gran parte de Europa, de las grandes ciudades norteamericanas y de Rusia; indirectamente, por la lluvia radiactiva que habría destruido insidiosamente la vida en buena parte de las tierras emergidas.

I. Un mundo bipolar

CRONOLOGÍA DE LA GUERRA FRÍA

1946

Winston Churchill declara que “un telón de acero ha caído sobre Europa”.

1948

Bloqueo de Berlín Oeste por los soviéticos.

1949

Fundación de la OTAN (Organización para el Tratado del Atlántico Norte), destinada a contener, bajo mando norteamericano, la amenaza comunista en Europa.

1950-1953

Guerra de Corea, en la que se enfrentan Estados Unidos y sus aliados a Corea del Norte y a China, aliados de la URSS.

1955

Firma el Pacto de Varsovia, que agrupa a los ejércitos de la URSS y de los países socialistas de Europa Central.

1962

Crisis de Cuba, a consecuencia del proyecto (abortado) de instalación de misiles soviéticos en la isla.

1965-1975

Guerra de Vietnam. Las fuerzas norteamericanas se enfrentan a Vietnam del norte, comunista, que es ayudado por China.

1987

Firma entre Moscú y Washington del primer tratado de desarme nuclear.

1991

Disolución de la URSS y fin de la Guerra Fría.

Los dirigentes norteamericanos y soviéticos tuvieron la prudencia de no desencadenar la guerra, a pesar de los peligros a los que tuvieron que enfrentarse en determinados momentos. Es la razón por la que se habló de una “Guerra Fría” basada en el “equilibrio del terror”: detectado por los radares situados en el Ártico, el lanzamiento de misiles por cualquiera de los dos bandos habría venido seguido con toda seguridad, unos minutos después, por la respuesta del otro. Pero esta “Guerra Fría” no excluyó maniobras geopolíticas indirectas; cada una de las dos superpotencias se metió en conflictos localizados, algunos de los cuales culminaron en verdaderas guerras, pero sin que el otro interviniera directamente, a fin de evitar una guerra mundial.

El porqué de la Guerra Fría

Retrospectivamente, resulta interesante preguntarse por qué Estados Unidos y la Unión Soviética se enfrentaron durante decenios. Es cierto que la ideología de los bolcheviques, que en 1917 se hacen con el poder en Rusia, defendía la revolución proletaria contra el capitalismo a escala mundial, y que Estados Unidos, a comienzos de los

años veinte, se presentaba como el país donde éste estaba en pleno desarrollo. Pero, a diferencia de la mayoría de los dirigentes ingleses y franceses, que, tras la Primera Guerra Mundial, deseaban una gran cruzada contra el bolchevismo (aunque sólo fuera para recuperar las inversiones realizadas antes de la guerra en Rusia), los dirigentes norteamericanos se opusieron a ello, pues no compartían ese punto de vista. Rockefeller aprovechó la desaparición del petróleo de Bakú en el mercado europeo para exportar su petróleo a Europa. Grandes firmas norteamericanas aportaron incluso su ayuda a la Unión Soviética, sobre todo para la construcción de fábricas de automóviles y para la famosa gran presa del Dnieper.

Es verdad que en Estados Unidos, la clase obrera, sin duda en razón de la fuerza de sus convicciones religiosas en el seno de la sociedad norteamericana, parecía mucho menos sensible al marxismo de lo que lo era en los países europeos. Los dirigentes de la URSS, con la firma del pacto germano-soviético en agosto de 1939, dejaban claro que no rechazaban una entente con una potencia capitalista que se había proclamado hasta entonces el adversario más radical del comunismo. Fue el repentino ataque alemán de junio de 1941 lo que obligó a Stalin a renunciar a sus ilusiones. En diciembre de 1941, después de Japón, Hitler declaró la guerra a Estados Unidos. Este país se convierte entonces en aliado de la Unión Soviética, a la cual ayudó en sus esfuerzos bélicos.

En la Conferencia de Yalta (febrero de 1945), las relaciones entre norteamericanos y soviéticos eran lo suficientemente buenas como para que ambos se entendieran sobre el tema de la entrada en guerra de la URSS contra Japón en los tres meses siguientes, así como sobre la cuestión de las nuevas fronteras de Polonia. El acuerdo no trataba, como se ha dicho demasiadas veces, de un reparto de Europa, sino de la implantación de gobiernos democráticos en las zonas de ocupación de los diferentes ejércitos aliados en Europa. En los países que acababan de ser ocupados por el ejército rojo, los soviéticos transformaron inmediatamente la noción de “régimen democrático” en régimen controlado

EL PLAN MARSHALL

Es el nombre con el que se conoce el *European Recovery Program* de ayuda masiva concedida a partir de 1948 por Estados Unidos a dieciséis países de Europa Occidental arruinados por la guerra, para facilitar su resurgimiento económico.

El 5 de junio de 1947, el general George Catlett Marshall pronuncia un discurso en la Universidad de Harvard: “Estados Unidos, dice, debe hacer todo lo posible para ayudar a restablecer la salud económica del mundo, sin la cual la estabilidad política y la paz son imposibles”. En efecto, la situación es alarmante: dos años después del final de la guerra, Europa no consigue levantarse. Carece de productos de primera necesidad, de divisas para importar, de capitales para invertir y financiar la reconstrucción. La influencia comunista se afirma cada vez más en los países bajo control soviético, y Estados Unidos teme un contagio al Oeste. Una conferencia euro-americana convocada en el mes de junio de 1947 en París concluye que las necesidades europeas ascienden a 22 millardos de dólares. El Congreso norteamericano reducirá estas pretensiones y, a partir de abril de 1948, se distribuirán 13 millardos.

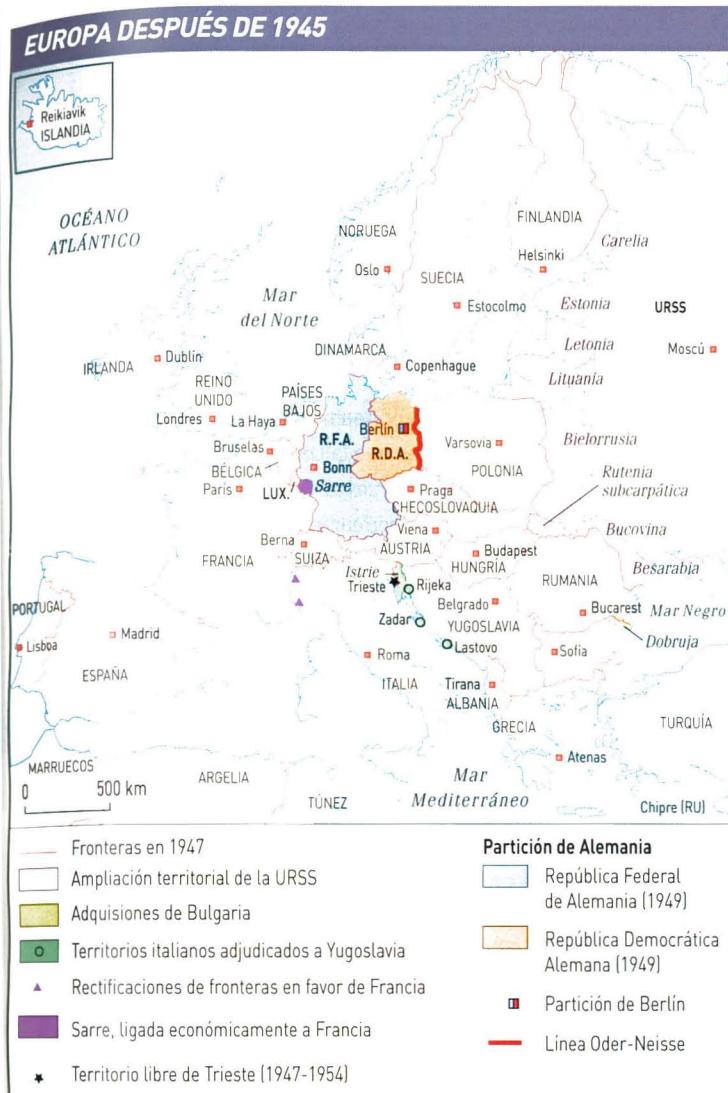
EL PRIMER ACTO DE LA GUERRA FRÍA

La Unión Soviética rechazó la oferta norteamericana — algo con lo que ya contaba Washington —, arrastrando en su estela a sus satélites del este de Europa: la ruptura Este-Oeste quedó consumada. Los dieciséis países beneficiarios del plan Marshall recibirían una ayuda multiforme consistente en productos alimenticios, equipamientos listos para usar y, sobre todo, dólares, que les permitían comprar al único proveedor entonces válido: Estados Unidos. Ayudando a vencedores y a vencidos, éstos evitan el error cometido tras la Primera Guerra Mundial y sientan las bases de la unificación europea.

LOS BENEFICIARIOS DEL PLAN MARSHALL

Los 13 millardos de dólares de la ayuda Marshall consistieron en más de un 90% en donaciones. Los mayores beneficiarios fueron Gran Bretaña (3.166 millardos), Francia (2.630 millardos), Italia (1.435 millardos), Alemania (1.317 millardos), los Países Bajos (1.08 millardos); les siguen Austria (654 millones), Grecia (628 millones), Bélgica (547 millones), Dinamarca (266 millones), Noruega (242 millones), y otros seis países, que se repartieron 515,4 millones de dólares. ■

por un solo partido, el Partido Comunista, de obediencia soviética, que anunciaba los regímenes de las “democracias populares”. En marzo de 1946, Winston Churchill, en sus discursos dirigidos a Estados Unidos, ya denunciaba la existencia de un “telón de acero” que los soviéticos acababan de establecer en mitad de Europa para impedir todo



➤ **Tras las conferencias de Yalta y de Potsdam, Alemania queda dividida en cuatro sectores de ocupación: americano, británico, francés y soviético en el Este; Berlín es dividido según el mismo principio. La URSS recupera la mitad Este de Polonia, que había perdido en 1920. Polonia, en compensación, se amplía hacia el Oeste y recupera territorios alemanes hasta la línea Oder-Neisse. Los soviéticos se anexionan los estados bálticos, Carelia y Besarabia.**

contacto entre el Este y el Oeste. Pero los norteamericanos continuaron manteniendo relaciones relativamente cordiales con la Unión Soviética, como demuestra el hecho de que, a comienzos de 1948, le propusiera a ésta, al igual que al resto de los países “ocupados”, disfrutar de la ayuda americana para la reconstrucción —era lo que pronto se llamaría el “plan Marshall”—. Stalin se opuso a

ella y prohibió a los estados de Centroeuropa, convertidos en sus vasallos, aceptar este plan. Pese a haber sido en el período de entreguerras el adalid de la teoría del “socialismo en un solo país” (en contra de su rival Trotsky, que había preconizado una expansión mundial del movimiento revolucionario, empezando por Alemania, donde fracasaría), Stalin parece ahora convencido, nada más acabar la Segunda Guerra Mundial (que había arruinado a la mayoría de los países europeos), de que el comunismo tenía nuevas posibilidades de imponerse fuera, primero en Europa y luego en el resto del mundo.

Los inicios de la Guerra Fría: Checoslovaquia y Berlín

La ruptura entre norteamericanos y soviéticos, que tendría durante decenios consecuencias de envergadura mundial, se desencadenó en realidad a propósito de territorios de pequeñas o de muy pequeñas dimensiones: Checoslovaquia y Berlín Oeste. En la Conferencia de Yalta y en la de Potsdam (julio-agosto de 1945), se convino que en Checoslovaquia, cuya parte occidental acababa de ser liberada por los americanos, quedaría instalado un gobierno de unión nacional que asociara a los comunistas como los miembros del gobierno checo, que se había refugiado en Londres en 1939. La exclusión progresiva de estos últimos, ante la presión de manifestaciones comunistas —lo que se llamó el “golpe de Praga” (febrero-junio de 1948)—, marcó el comienzo de la ruptura entre norteamericanos y soviéticos. Ésta quedó consumada unos días más tarde, cuando estos últimos decidieron impedir, a través del pasillo que atravesaba una zona de ocupación, el transporte de toda mercancía entre la parte occidental de Alemania y Berlín Oeste, es decir, entre los sectores de ocupación americana, británica y francesa de Berlín tal y como fueron establecidos en la Conferencia de Potsdam. Para los soviéticos, este “bloqueo de Berlín” llevaría lógicamente a los occidentales a renunciar a su presencia en la antigua capital alemana. Los americanos decidieron aceptar el desafío y, mediante una proeza logística, establecieron un puente

aéreo militar que abasteció a Berlín Oeste (incluso con carbón) a partir de junio de 1948, hasta que, en mayo de 1949, los soviéticos restablecieron la circulación en el pasillo.

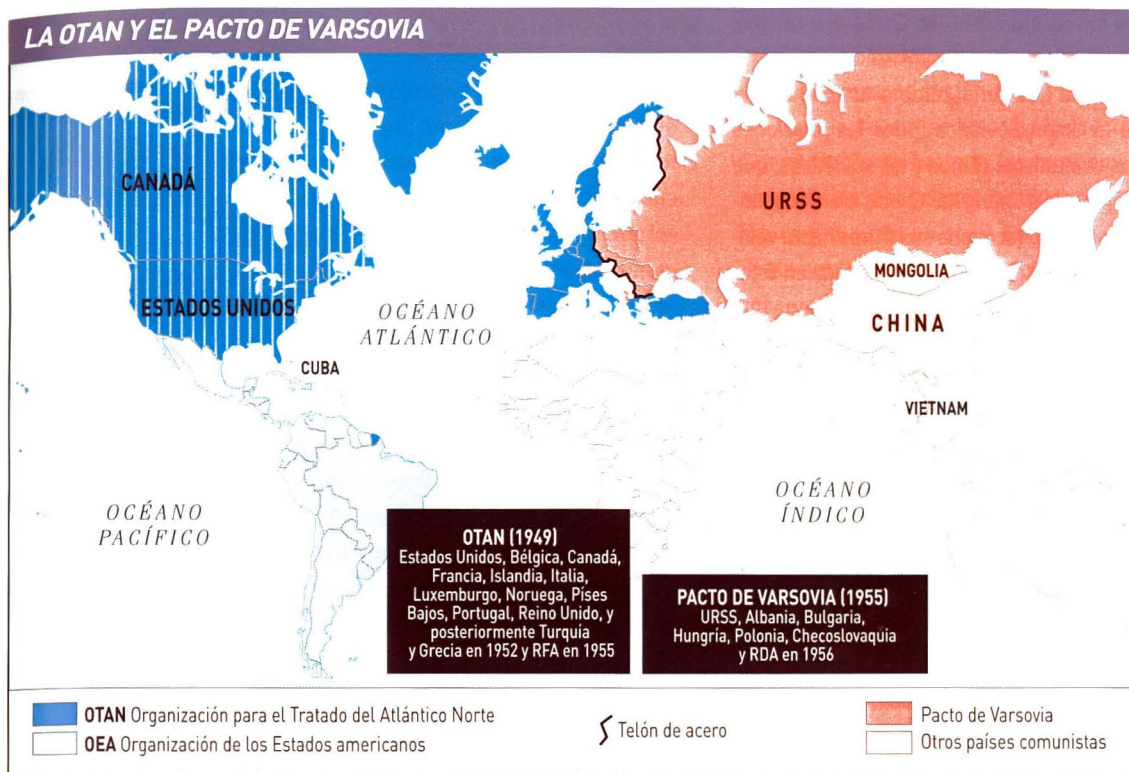
Cabe preguntarse qué habría sido de Europa Occidental si los dirigentes norteamericanos y su presidente Harry Truman hubieran renunciado a abastecer a Berlín por vía aérea, pese a los riesgos y a los enormes gastos que ello les supuso. Una parte de los norteamericanos consideraba que se estaba haciendo demasiado por los alemanes, que, tan sólo tres años antes, eran sus enemigos. Recuperando su tradicional punto de vista aislacionista, consideraba que los G1 debían volver a casa y que había que dejar que los europeos se las arreglaran por sí mismos. Hoy podemos afirmar que Europa Occidental sin duda habría pasado rápidamente bajo el control soviético, si no por una conquista militar, al menos bajo la influencia de partidos más o menos comunistas adheridos a la URSS. Gracias al prestigio conseguido a partir de junio de 1941 en la lucha contra el nazismo durante la Resistencia, estos partidos habrían podido llegar al poder en el marco de las instituciones democráticas y luego mantenerse de grado o por la fuerza. Muchos intelectuales y una notable parte de la opinión europea, en especial en Francia y en Italia, estaban entonces sinceramente convencidos de las bondades del socialismo y no querían creer que la URSS tuviera un régimen totalitario. Hasta 1974, con la publicación (primero en Francia) de la traducción de *Archipiélago Gulag* de Alexander Solzhenitsin, descripción casi geográfica del sistema concentracionario soviético, los intelectuales de Europa Occidental no tomaron realmente conciencia de los peligros del comunismo.

La creación de la Alianza Atlántica y de la OTAN

Se trata de un elemento geopolítico esencial. Lo que llamamos democracia ha podido ir desarrollándose en todos los países de Europa Occidental, tanto el plano social como en el cultural, gracias al amparo de Estados Unidos, pese a que la opinión pública europea haya manifestado mu-

chas veces su irritación ante una América demasiado presente y directiva para su modo de ver. Las sociedades de la Europa del Este (incluida la antigua URSS) no tuvieron esta suerte y todavía hoy —y éste es otro elemento geopolítico importante— presentan con respecto a Europa Occidental un retraso en muchos temas así como dificultades de todo tipo, que proceden de lo que se conoce como “poscomunismo”.

El desastre fue evitado, pero la crisis de Berlín de 1948 demostró a los dirigentes norteamericanos y a algunos políticos europeos que la URSS estaba muy decidida a presionar a Europa Occidental para expulsar a los soldados norteamericanos. Durante la crisis de Berlín fueron constituidas, en abril de 1949, la Alianza Atlántica (alianza política) y la OTAN, la Organización para el Tratado del Atlántico Norte (alianza militar), entre Estados Unidos, Canadá y diez estados de Europa Occidental. Quedó decidida igualmente la presencia permanente en esta parte del mundo de unos 300 000 soldados americanos para hacer frente a un posible nuevo avance de la Unión Soviética en Europa. El temor a una presión soviética se acentuó cuando, en 1949, la URSS anunció que también estaba en posesión de la “bomba atómica” (gracias, sobre todo, al trabajo de científicos alemanes que ya habían estado investigando sobre ello durante la guerra). En Estados Unidos, algunos norteamericanos de izquierdas fueron acusados entonces de haber entregado “secretos atómicos”, lo cual supuso el pretexto para una gran campaña anticomunista en todos los medios. De 1950 a 1953, el senador Joseph McCarthy se convirtió en una especie de “gran inquisidor” a la caza de miles de, llamémosles así, “enemigos de América”, principalmente en los medios de Hollywood y de la prensa, pero también en el departamento de Estado (Ministerio de Asuntos Exteriores). Las investigaciones de los alemanes en materia de misiles (con los famosos V1 y V2 probados en Inglaterra) resultaron muy útiles a los soviéticos, que aventajaron en este campo a los norteamericanos hasta 1965. Por ello, durante años, para evitar ser destruido en su propio suelo por misiles soviéticos que no habrían sido detectados, los bombarderos norteamericanos del Strategic Air



➤ Creada en 1949, la Organización para el Tratado del Atlántico Norte (OTAN), cuyo objeto era el de contener la expansión de la URSS en Europa, es una alianza militar y política bajo mando norteamericano. La URSS organizó en 1955 una alianza similar, el Pacto de Varsovia, con ocho naciones comunistas de Europa. Dicho Pacto se disolvió en 1991, mientras que la OTAN perdura. Esta última define ahora su campo de acción mucho más allá de Europa y del Atlántico Norte. ■

Command, portadores de ingenios nucleares, se relevaban en el cielo, día y noche, por encima de Europa Occidental y de Estados Unidos, a fin de poder responder a un posible ataque. Retrospectivamente, podemos felicitarnos de que tal dispositivo no haya conducido a una catástrofe. La OTAN sigue existiendo y, desde la desmembración de la URSS y de la coalición del “Pacto de Varsovia”, que este país dirigía, la organización se ha ido ampliando considerablemente hacia el Este (ver a continuación).

La Guerra de Corea

Fue en Extremo Oriente, en Corea, donde, en 1950, Estados Unidos hubo de hacer frente inopi-

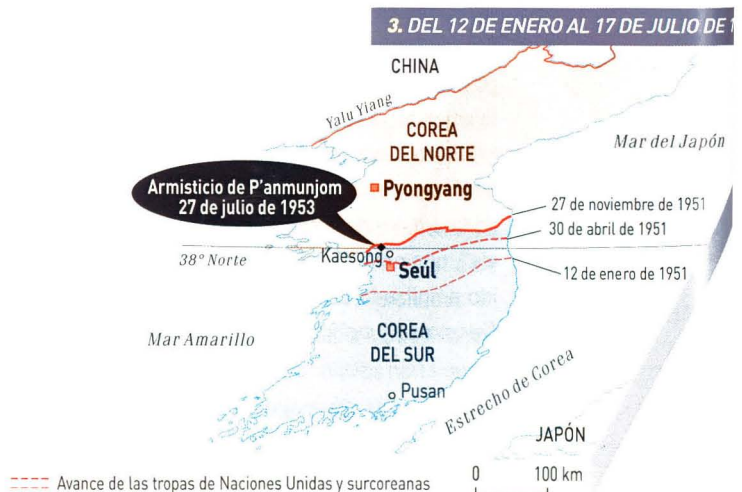
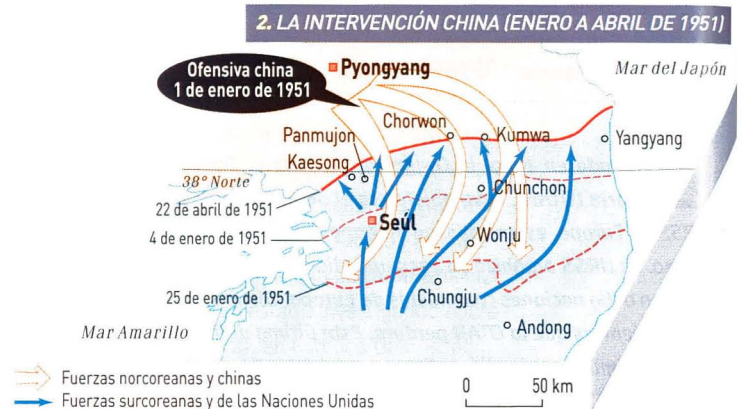
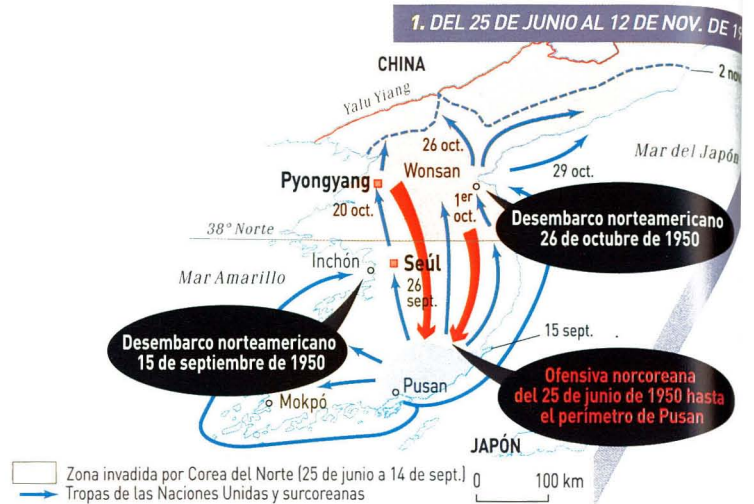
nadamente a una ofensiva comunista de gran envergadura. En esta parte del mundo, todo parecía estar volviendo progresivamente a la calma desde la derrota de Japón en agosto de 1945, tras la explosión atómica de Hiroshima. Los soviéticos, que habían declarado la guerra a los japoneses unos días antes de la derrota de éstos, habían ocupado Manchuria y el norte de Corea —de acuerdo con los americanos, que ocupaban el sur—. En octubre de 1949, Mao Tse-Tung, al final de casi veinte años de guerra civil, anunció la victoria completa del ejército popular sobre las tropas de Chang Kai-Chek (ver capítulo China). Los norteamericanos habían apoyado a estas últimas durante su guerra contra la invasión japonesa. Pero, a comienzos de 1949, el general George Marshall, secretario de Estado, buen conocedor de China, había concluido, tras varias misiones e intentos de mediación, que era inútil continuar ayudando al régimen de Chang Kai-Chek, por estar éste demasiado corrupto. Este dirigente tuvo que refugiarse con las pocas tropas que le quedaban en la gran isla de Formosa, bajo protección norteamericana. Para Washington, dejar

ganar a los comunistas en China era un mal menor, pues permitía el desarrollo de otra potencia comunista que sería, tarde o temprano, una rival de la Unión Soviética (pues las relaciones entre los comunistas chinos y los soviéticos, que habían apoyado a Chang Kai-Shek, eran muy tensas). Esta idea no recogería sus frutos hasta veinticinco años más tarde. Fue muy criticada en Estados Unidos a partir de 1950, cuando la guerra que estalló en Corea, cerca de la frontera con China, obligó a cientos de miles de combatientes chinos a enfrentarse a los soldados americanos.

En efecto, la península coreana, antigua colonia japonesa (de manera parcial desde 1886, y completa de 1910 a 1945), había sido dividida siguiendo el paralelo 38 en dos zonas de ocupación, una soviética al norte y otra norteamericana al sur. Éstas evolucionaron en dos estados rivales: un estado comunista al norte, proclamado en 1948 con el nombre de República Popular Democrática de Corea; y la República de Corea del Sur, donde los americanos habían mantenido algunas fuerzas de ocupación. El 25 de junio de 1950, éstas fueron súbitamente empujadas hacia el sur de la península por la ofensiva lanzada por los norcoreanos, poderosamente armados por los soviéticos. Se llegó a temer un conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética cuando se confirmó que los cazas norcoreanos eran pilota-

➤ **La primera manifestación importante de la Guerra Fría en Asia fue la Guerra de Corea. Pese a que ésta resultó muy sangrienta, sería mejor hablar de "guerra limitada", pues las dos superpotencias evitaron combatirse directamente. Este conflicto se desarrolló en tres fases: Ataque sorpresa, en junio de 1950, a Corea del Sur por parte del norte comunista. Contraataque en forma de desembarco naval, llevado a cabo por las fuerzas norteamericanas desde Japón. Llegada de un millón de soldados "voluntarios" comunistas chinos; el general americano MacArthur considera emplear el arma atómica contra China, lo cual le vale la destitución por Washington. Una cuarta fase del conflicto tiene lugar en nuestros días por las sospechas sobre posesión de armamento nuclear que pesan sobre el régimen norcoreano de Pyongyang.**

LA GUERRA DE COREA



dos por soviéticos. El Consejo de Seguridad de la ONU (“en ausencia” del delegado soviético) decidió una respuesta colectiva y la formación de una fuerza internacional, formada mayoritariamente por norteamericanos. Éstos no pudieron lanzar una contraofensiva más que llevando a cabo una operación de desembarco en la retaguardia de los norcoreanos, a los que rechazaron hasta la frontera china. Entonces se puso en marcha la ofensiva de cientos de miles de “voluntarios” chinos, que empujó hacia el sur a las fuerzas de la ONU. Tras meses de encarnizados combates, el frente se estabilizó sobre el paralelo 38, y el 27 de julio de 1953 se firmó el armisticio entre americanos, chinos y norcoreanos. Desde entonces, las cosas han quedado así oficialmente.

La Historia todavía se pregunta por las causas profundas de este conflicto, que causó, tenemos que decirlo, más de seis millones de víctimas (40 000 hombres de Naciones Unidas, la mayoría de ellos norteamericanos, 700 000 surcoreanos, cerca de dos millones de norcoreanos y de chinos, y unos tres millones de civiles, a consecuencias de los bombardeos y de las epidemias). Los norcoreanos no poseían entonces los medios materiales necesarios para embarcarse por sí solos en un conflicto como aquel. Para los soviéticos, suponía obligar a los norteamericanos a dividir sus fuerzas entre las dos vertientes de Eurasia; suponía también implicar a los chinos, apenas terminada su guerra civil, en un conflicto con Estados Unidos y hacerles sentir así la nece-

sidad de que se acercaran a la URSS. La ruptura entre Pekín y Moscú acabaría produciéndose, de todas maneras, en 1958.

Una de las consecuencias indirectas de la Guerra de Corea fue que los norteamericanos revisaran las draconianas medidas que impusieron contra Japón en 1945. En efecto, este país debía ser “desindustrializado” para evitar que volviera a constituir una amenaza para Estados Unidos. El ejército norteamericano, al que cogió desprevenido el estallido de la guerra en Corea, tuvo que recurrir a la producción de las fábricas niponas. Los norteamericanos habían impuesto en el archipiélago una constitución que le prohibía tener ejército, si acaso tan sólo unas fuerzas de autodefensa. Ahora, paradójicamente, los efectivos y los medios militares japoneses se veían sensiblemente aumentados. Japón, bajo protectorado norteamericano, también fue “democratizado” (reforma agraria, voto de las mujeres, etc.) y, gracias al enorme esfuerzo de los japoneses, consiguió convertirse durante los años setenta en la segunda potencia económica mundial. Sigue estando hoy bajo la protección estratégica de Estados Unidos. En Corea del Sur sigue habiendo fuerzas norteamericanas, mientras que Corea del Norte, que continúa siendo una autocracia comunista, está poniendo a punto (¿con ayuda de China?) armamento nuclear y misiles, que, por otra parte, ha vendido clandestinamente a Pakistán, país que sin embargo es aliado de Estados Unidos.

II. De Cuba a Vietnam, el encadenamiento de las crisis

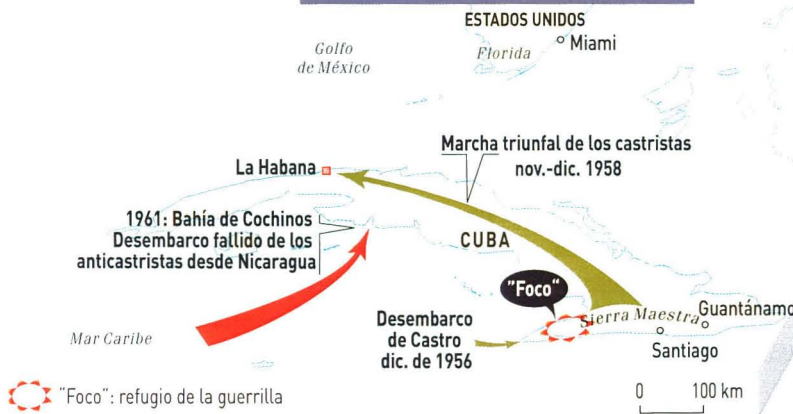
Cuba y la “crisis de los misiles”

Estados Unidos está implicado desde finales del siglo XIX en los problemas de Cuba, la mayor de las islas del Caribe. Aunque el régimen de este país siga siendo comunista, Cuba ya no constituye, a comienzos del siglo XXI, el sorprendente desafío geopolítico que a principios de los años sesenta supuso para Estados Unidos, a doscientos kilómetros de sus costas. En 1962, este desafío alcanzó una envergadura planetaria, al ins-

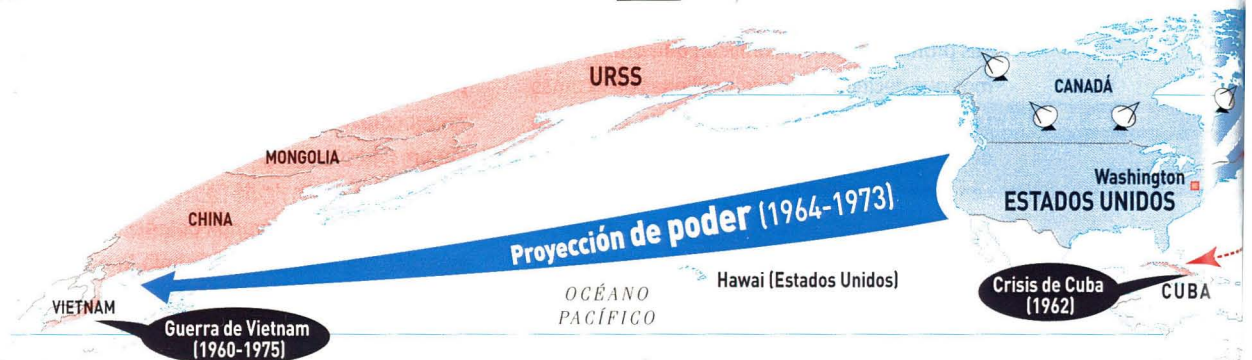
cribirse bruscamente en el enfrentamiento entre Washington y Moscú. Desde comienzos del siglo XX, los norteamericanos habían venido asfixiando hábilmente diversas tentativas revolucionarias aparecidas en Centroamérica. Pero a finales de los años cincuenta, y pese al contexto de Guerra Fría, se dejaron sorprender en Cuba —donde sus intereses eran mucho más importantes— por la brusca transformación de un movimiento revolu-

DE CUBA A VIETNAM: REPERCUSIONES GEOPOLÍTICAS

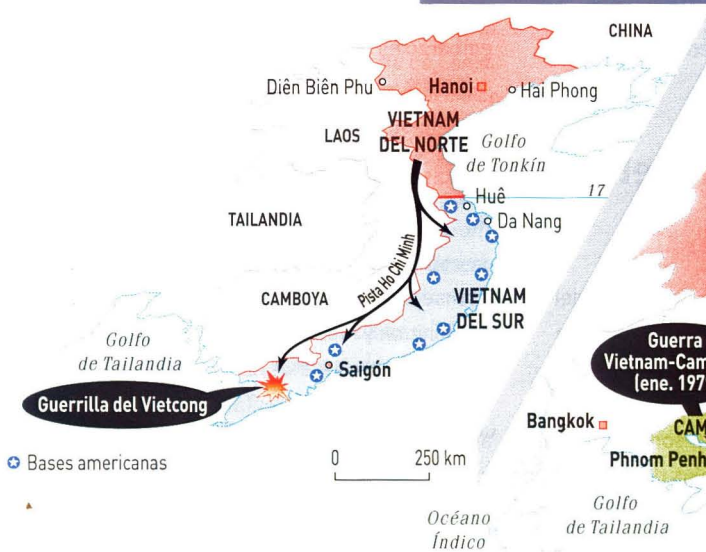
1. LA REVOLUCIÓN CUBANA, 1956-1961



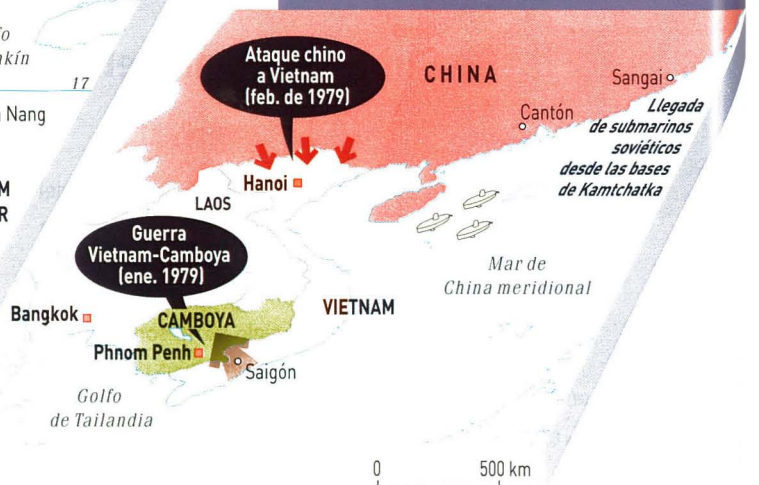
2. LA CRISIS DE LOS MISILES EN 1962



3. VIETNAM, 1964-1973



4. LA GUERRA ENTRE VIETNAM Y CAMBOYA EN 1979



cionario, que, de hecho, habían venido apoyando hasta ese momento.

En efecto, el dictador Fulgencio Batista, contra el cual se había levantado el joven Fidel Castro en 1953, no era, contrariamente a lo que se insiste en decir, el “hombre de los norteamericanos”, sino, en muchos aspectos, su adversario. Entre las dos guerras mundiales, había sido un hombre de izquierdas cercano a los comunistas, que quería reducir considerablemente la influencia que la Mafia había adquirido en la isla desde la época de la prohibición del alcohol en Estados Unidos. Por el contrario, el “Partido Ortodoxo”, del cual Fidel Castro (hijo de un gran propietario) era uno de los miembros

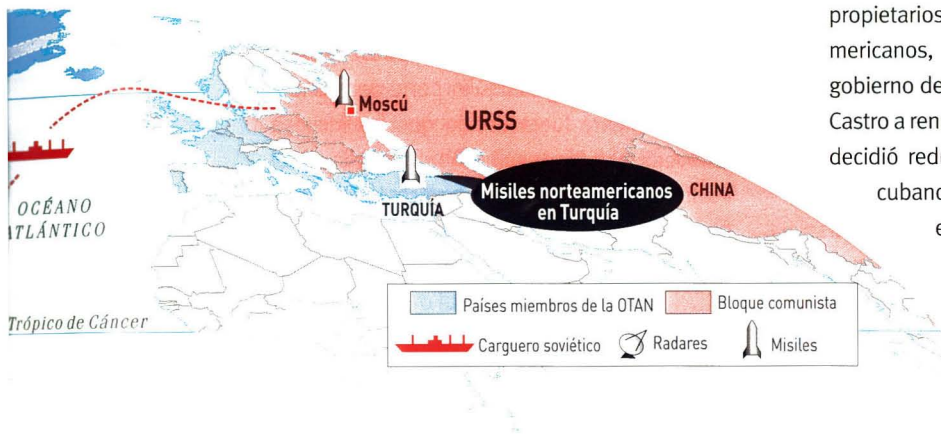
más activos, era un movimiento nacionalista de derechas apoyado por muchos propietarios terratenientes. En la guerrilla que llevó a cabo contra Batista, con fuerzas bastante heterogéneas y con campesinos sin tierras en la famosa Sierra Maestra, Fidel Castro se benefició de muchos apoyos norteamericanos, y su relativamente fácil victoria en 1959 fue acogida con satisfacción en Estados Unidos tanto por los medios de comunicación como por los medios dirigentes. Fue recibido incluso en la Casa Blanca.

Sin embargo, como ya habían hecho muchos otros políticos cubanos, Fidel Castro había prometido a sus partidarios la reforma agraria, pero chocó en seguida con los grandes propietarios, fueran éstos cubanos o norteamericanos, estos últimos apoyados por el gobierno de Washington. Éste, para obligar a Castro a renunciar a sus proyectos de reforma, decidió reducir las exportaciones de azúcar cubano hacia Estados Unidos, lo cual estrangularía la economía cubana.

“Fidel” replicó nacionalizando compañías norteamericanas. La crisis se envenenó rápidamente, sin que la opinión norteamericana comprendiera nada de

lo que estaba sucediendo. En 1961, tras una torpe tentativa de invasión de la isla con un millar de cubanos anticastristas que fracasó, Fidel Castro y sus partidarios triunfaron y empezaron a temer un ataque directo de Estados Unidos.

Sin esperar el desembarco anunciado de los marines (John F. Kennedy, recién investido presidente, prefería aplazarlo para negociar), Fidel Castro se proclamó súbitamente “marxista-leninista” y buscó apoyo, pese a la distancia, en la URSS. Nikita Kruschev hizo una especie de apuesta geoestratégica encaminando discretamente por mar hacia Cuba misiles nucleares de alcance medio. Éstos podían anular la defensa norteamericana y romper lo que se denominaba el “equilibrio disuasorio” o “equilibrio del terror” entre las dos potencias



➤ A comienzos de 1959, Fidel Castro se hace con el poder en Cuba. En un primer momento, los norteamericanos no veían con malos ojos este nuevo régimen en La Habana, pero las cosas se estropearon muy pronto y Castro se acercó a Moscú. Los anticastristas refugiados en Estados Unidos, apoyados por la CIA, intentan en 1961 un desembarco en la isla, que fracasó. Al año siguiente, Fidel Castro acepta la instalación de misiles nucleares en su territorio, lo cual amenaza directamente a Estados Unidos. Es la “crisis de los misiles”. En octubre de 1962, John F. Kennedy alcanza un acuerdo con Nikita Kruschev, quien retira sus misiles a cambio de un compromiso de Estados Unidos de no invadir Cuba y de proceder a un desmantelamiento de los misiles norteamericanos instalados en Turquía. Para evitar que este compromiso sea considerado como una retirada ante el comunismo, Washington decide reforzar su ayuda militar a Vietnam del Sur. Es el comienzo de un engranaje que va a conducir a un largo conflicto entre Estados Unidos y Vietnam del Norte y a la victoria de éste en 1975. Tres años más tarde, el Vietnam reunificado invade la Camboya de los jemeres rojos apoyados por China. Ésta sufrirá a su vez, en 1979, un grave revés militar ante su vecino vietnamita, muy endurecido tras su combate contra los norteamericanos.

nucleares. En efecto, este equilibrio se basaba en el hecho de que los norteamericanos habían instalado una red de potentes radares que podían avisar inmediatamente del lanzamiento, por encima del océano Glacial Ártico, de misiles intercontinentales soviéticos hacia Estados Unidos; así, este país tendría tiempo para replicar casi en seguida sobre las ciudades soviéticas mediante el disparo de los misiles norteamericanos de medio alcance que poseía en Turquía (recordemos que este país era miembro de la OTAN). Por su parte, los misiles soviéticos instalados en Cuba, muy cerca de Estados Unidos, podían coger a esta nación por sorpresa.

En cuanto la presencia de estos ingenios fue descubierta en las fotografías aéreas, Kennedy exigió su retirada inmediata, así como el regreso de los navíos soviéticos, que transportaban más armas. Krushev se negó a ello. Se llega así, en octubre de 1962, a la gravísima “crisis de los misiles”. Se llegó a temer entonces un conflicto mundial. Esta crisis quedó solucionada tras la retirada de los misiles soviéticos de Cuba y, en una aparente reciprocidad, con la de los misiles norteamericanos instalados en Turquía, que amenazaban las grandes ciudades rusas.

Las cláusulas secretas de este acuerdo estipulaban también (se ha sabido más tarde) que los norteamericanos no atacarían Cuba y se contentarían con organizar el bloqueo.

Estas disposiciones han sido respetadas desde hace más de cuarenta años, incluso después de la desaparición de la URSS. Preveían, por otra parte, que Fidel Castro no trataría de desarrollar movimientos revolucionarios en Latinoamérica. Esta cláusula, al parecer, ha sido más o menos respetada por Castro, aunque ello no impidió la trágica aventura del Che Guevara en Bolivia, así como la manifestación de numerosos movimientos guerrilleros en casi todos los países de Latinoamérica, de Guatemala a Argentina y de Perú a Brasil. Estos movimientos traducían, de manera más o menos torpe, las aspiraciones revolucionarias de las sociedades latinoamericanas, en razón de las enormes desigualdades sociales que las caracterizan y del

papel de ciertos intelectuales influidos por la izquierda de tradición europea.

Los norteamericanos se habían dejado sorprender en 1960 en Cuba, pero después aplicaron, más o menos clandestinamente y por todos los medios a su alcance, durante cerca de treinta años, una política sistemática de prevención y de liquidación de los movimientos revolucionarios, apoyando a los militares más reaccionarios, como en 1973, cuando el golpe de Estado depuso el gobierno de unidad popular de Chile.

Con todo, la espectacular victoria de la guerrilla de Fidel Castro y, sobre todo, el hecho de que éste apareciera como vencedor en su “confrontación con el imperialismo” (gracias a la crisis de los misiles) animaron a los dirigentes norteamericanos a mantenerse firmes y a utilizar todo su poder contra cualquier nuevo avance del comunismo en cualquier parte del mundo. Probablemente fuera eso lo que les incitó a intervenir, a partir de 1963-1964, al otro lado del Pacífico, en Vietnam, en un conflicto larvado que hasta ese momento había sido relativamente secundario.

La Guerra de Vietnam

A comienzos de los años sesenta, desde los Acuerdos de Ginebra de 1954, Vietnam era un país partido en dos. Dichos acuerdos habían puesto fin a la ocupación francesa y a la Guerra de Indochina, que enfrentó a los nacionalistas y a los comunistas vietnamitas con un cuerpo expedicionario francés hasta la derrota de Dien Bien Phu en mayo de 1954. Vietnam fue entonces dividido de forma provisional en dos zonas, a uno y otro lado del paralelo 17: al norte, con un régimen comunista; al sur, con un gobierno proamericano. Se convino que un referéndum decidiría más adelante la reunificación bajo la égida del régimen que la mayoría del pueblo elegiría en las urnas. El gobierno de Saigón rechazaba año tras año la organización de esta consulta electoral. El Norte, para obtenerla, apoyaba a guerrilleros comunistas —los vietcongs— que se habían quedado en el Sur. A comienzos de los años sesenta, la situación había derivado

en un conflicto interno, aunque de escasa intensidad.

Con el fin de demostrar su determinación contra el comunismo, el gobierno norteamericano (sobre todo, el de Lyndon B. Johnson, tras el asesinato de John F. Kennedy en noviembre de 1963) decidió aportar ayuda militar masiva a Vietnam del Sur, cuyo ejército era poco eficaz. El gobierno de este país contaba con el apoyo de católicos anticomunistas huidos del Norte después de 1954, de budistas y de miembros de diversas sectas religiosas.

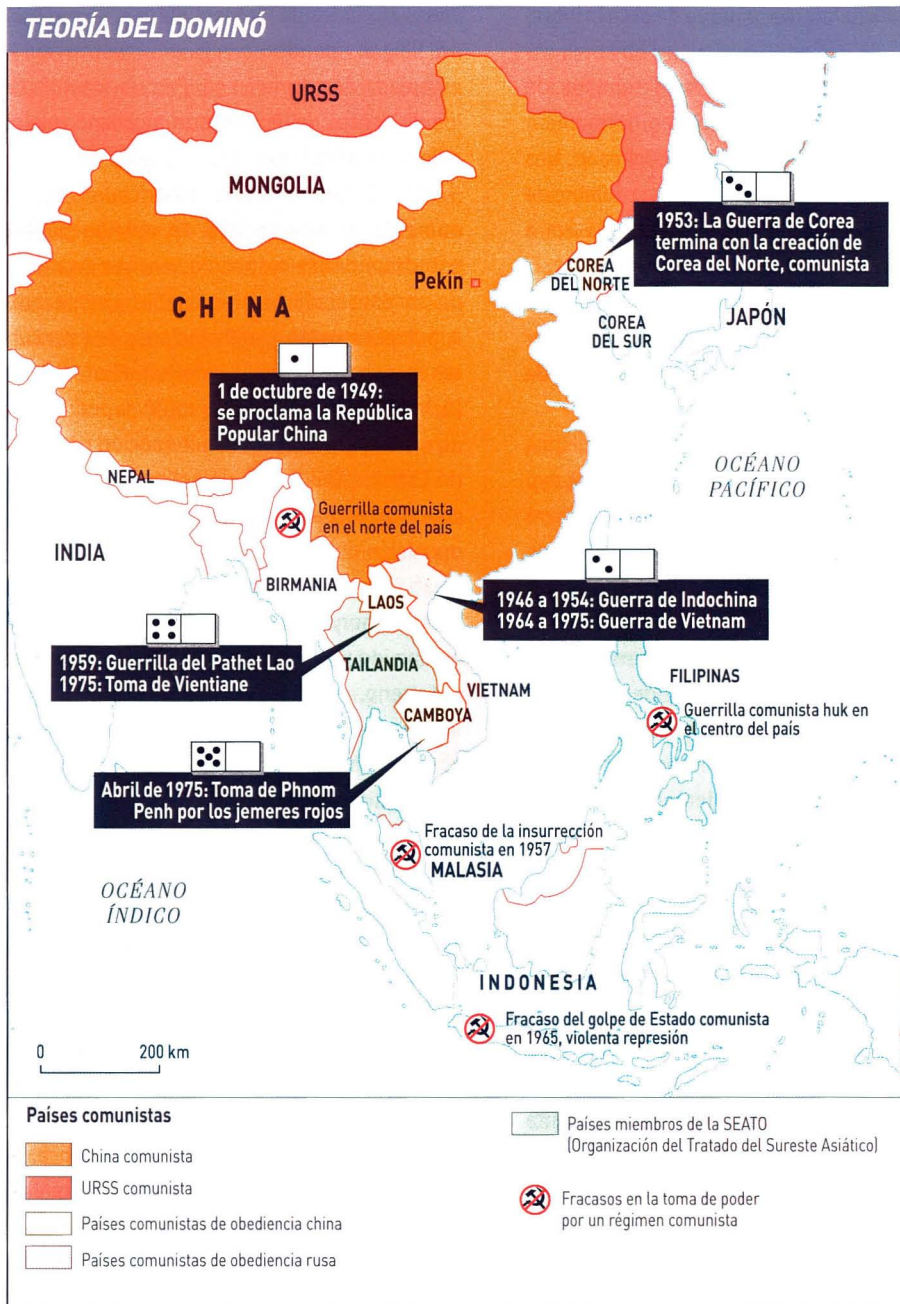
Para reforzar este ejército bastante dispar, los norteamericanos aportaron primero apoyo aéreo táctico con algunos aeródromos, pero éstos pronto fueron atacados por los vietcongs. Así que hubo que asegurar su defensa con tropas norteamericanas. Los comunistas norvietnamitas enviaron refuerzos a los guerrilleros del Sur a través de los altiplanos y de Camboya, rodeando las fortificaciones establecidas en el paralelo 17 por los norteamericanos; éstos bombardearon masivamente Vietnam del Norte, para obligarle a dejar de ayudar a los guerrilleros del Sur. Pero fue en vano.

En su contra, los soviéticos y los chinos aportaron ayuda militar a Vietnam del Norte, sobre todo, por vía marítima, sin que la US Air Force o la US Navy intervinieran, por temor a abrir una crisis internacional de mayor envergadura. Para paliar el escaso ardor del ejército survietnamita y para no dar la impresión de estar cediendo ante el empuje comunista, los dirigentes norteamericanos decidieron que el US Army iría a destruir las bases del Vietcong en las selvas del gran delta del Mekong, y que además establecerían algunos campamentos en los altiplanos para cortar el paso a las infiltraciones norvietnamitas hacia el sur. Todo esto exigía contingentes norteamericanos cada vez más importantes (en total, más de 500 000 hombres). La mayoría fueron movilizados por reclutamiento. Los norteamericanos se vieron inmersos, pese al apoyo de la aviación, en durísimos combates. En 1968, cuando el mando norteamericano creía en el pronto éxito de esta estrategia, los vietcongs lanzaron una serie de espectaculares ataques en

varias ciudades de Vietnam del Sur, en especial en Saigón, donde consiguieron entrar en la embajada norteamericana. Pero la mayoría de los dirigentes de Washington proclamó que su país no retrocedería.

El número de bajas americanas iba en aumento de año en año. La opinión pública estadounidense empezó a sentirse conmovida por este conflicto interminable, y empezaron a multiplicarse las manifestaciones de estudiantes que se negaban a ir a luchar. El presidente Richard Nixon (elegido en 1968) supeditaba el abandono de Vietnam a la formación por parte de Estados Unidos de un sólido ejército local, capaz de rechazar a los comunistas. Pese a la oposición del gobierno survietnamita, en 1969 se abrieron larguísimas negociaciones en París entre los norvietnamitas y los americanos. Éstos habían ido retirando el grueso de sus tropas en el terreno, cuando, en 1972 una ofensiva norvietnamita dio a Nixon el pretexto para volver a bombardear el territorio de Vietnam del Norte, incluidos los diques del río Rojo, en un intento por provocar terribles inundaciones. Esta acción indignó a la opinión internacional. Tras esta última manifestación de fuerza, y animado por su espectacular encuentro con Mao Tse-Tung en Pekín (agosto de 1972), el presidente Nixon dio su aprobación a los Acuerdos de París (enero de 1973), que pusieron fin a la intervención norteamericana en Vietnam.

Así, después de diez años de esfuerzos, “Estados Unidos había rechazado el avance del comunismo”, declaraban los medios de comunicación norteamericanos. Pero esta intervención tendría, dos años más tarde y para sorpresa general, una catastrófica conclusión: el 30 de abril de 1975, las tropas comunistas entraron en Saigón, tras el súbito hundimiento del ejército survietnamita. En efecto, hacía meses que el gobierno survietnamita venía denunciando en Washington la importancia de las infiltraciones comunistas en su territorio y lamentaba la enorme reducción de la ayuda americana. El presidente survietnamita, informado de un avance norvietnamita sobre los altiplanos, decidió no decir nada y dejar que éste prosiguiera



hacia el sur. Esperaba así, al revelar in extremis esta grave violación de los Acuerdos de París, que los americanos volvieran bombardear el norte. Pero las tropas survietnamitas concentradas en las regiones costeras creyeron que habían sido sorprendidos por la retaguardia y, presas del pánico, se replegaron hacia Saigón.

Los americanos no reaccionaron, pues se encontraban en pleno escándalo del Watergate



No se trata del juego del dominó propiamente dicho, sino del juego de destreza en el que sus fichas son dispuestas verticalmente, unas junto a otras, para provocar la caída de todas ellas en una sucesión ininterrumpida hasta el final. La "teoría del dominó", definida por el mando militar norteamericano en los años sesenta, consideraba que la pérdida por parte del bando occidental de un país en favor del bloque soviético podía arrastrar en su caída hacia el comunismo al país más cercano, y éste a su vez al más cercano a él, y así sucesivamente. Esta teoría fue muy comentada, sobre todo durante el conflicto vietnamita. La idea era que una eventual victoria del Norte provocaría el vuelco hacia el comunismo de Camboya y de Tailandia.

(en vísperas de las elecciones, el edificio del Partido Demócrata había sido sembrado de microfónos por “fontaneros” pagados por el Partido Republicano). Nixon tuvo que dimitir, y su sucesor, Gerald Ford, decidió no hacer nada, para no ir en contra de la opinión general, que “no quería oír hablar más de Vietnam”. El pueblo norteamericano iba a asistir, estupefacto, a la repentina entrada de los soldados comunistas en Saigón y a la huida del personal de la embajada estadounidense, rescatada en el último momento por los helicópteros de la US Navy.

Las consecuencias a largo plazo del conflicto vietnamita

El triunfo de Vietnam, convertido a ojos de la opinión internacional en “héroe del Tercer Mundo y en vencedor del imperialismo norteamericano”, duraría muy poco. En primer lugar, hay que hablar del éxodo de aquellos que se conocerían como los *boat people*, porque se echaban al mar por miles en frágiles esquifes: eran sobre todo chinos instalados desde hacía tiempo en Vietnam, comerciantes y hombres de negocios en su mayoría, que se verían particularmente afectados por las medidas de colectivización instauradas por los comunistas; en segundo lugar, las manifestaciones de tensión cada vez más graves entre China y Vietnam, que hicieron resurgir seculares antagonismos; y finalmente sobre todo, el conflicto que estalló entre Vietnam (que tomó la iniciativa, probablemente para prevenir una insurrección en Saigón) y la Camboya de los jemeres rojos, dos estados comunistas, hasta entonces aliados contra Estados Unidos. En febrero de 1979, China, que había apoyado el sanguinario régimen de los jemeres rojos, lanzaba una gran ofensiva contra Vietnam, que no tardó en fracasar. La toma de conciencia del carácter de su enorme ejército empujó probablemente a los dirigentes chinos a emprender profundas refor-

mas, que acabarán poniendo fin progresivamente al socialismo en su país.

Así, las tensiones geopolíticas que tan graves habían sido durante cerca de treinta años en el Sureste Asiático se fueron atenuando poco a poco. Vietnam, todavía dirigido por el Partido Comunista, forma parte hoy de la ASEAN (Asociación de Naciones del Sureste Asiático), organización que fue constituida por Indonesia, Singapur y Tailandia para oponerse a la expansión comunista. Por prudencia, la ASEAN se abstiene de hacer comentarios sobre las ambiciosas pretensiones chinas en aguas del mar de China. Los vietnamitas han evacuado Camboya, que se repone lentamente de la dictadura de los jemeres rojos. En 2000, el presidente norteamericano Bill Clinton fue recibido cordialmente en Vietnam. Chinos y vietnamitas se guardan de volver sobre las razones del conflicto que les enfrentó en 1979.

Proyección de poder y consecuencias geopolíticas

Ya no se comentan en nuestros días los sucesos que tuvieron lugar en el Sureste Asiático durante la Guerra Fría. En cambio, la Guerra de Vietnam sigue presentándose como el prototipo de guerra injusta llevada a cabo por una potencia muy grande contra “un pequeño pueblo”. Esta guerra se compara a menudo con la historia de David y Goliat. En términos geopolíticos, sus causas y sus consecuencias permiten comprender mejor la singularidad de otros conflictos, más actuales, como la “Guerra del Golfo” en 1991 o la de Iraq, iniciada en 2003. Se trata, una vez más, de la proyección de importantes fuerzas armadas a una docena de miles de kilómetros de las costas norteamericanas. No puede olvidarse además, más allá de las repercusiones políticas, diplomáticas o militares, el riesgo en el que incurre Estados Unidos en cada intervención de avivar la hostilidad de los pueblos que se ven afectados por sus acciones.

ESTADOS UNIDOS Y LA OTAN: ¿SEGURIDAD COLECTIVA O PROYECCIÓN DE PODER?

Las relaciones de Estados Unidos con los países de la OTAN pueden considerarse fruto de la geopolítica: la constitución misma de esta organización política y militar en 1949, al comienzo de la Guerra Fría, obedecía claramente a una relación de fuerzas, puesto que la alianza tenía como misión efectiva oponerse a la expansión soviética en Europa Occidental. Efectivamente, nada más acabar la Segunda Guerra Mundial, la URSS había impuesto el poder de los partidos comunistas en seis estados europeos ocupados por el ejército rojo (Polonia, Checoslovaquia, RDA, Hungría, Rumania, Bulgaria).

El dispositivo de la OTAN, cuyo elemento esencial era y sigue siendo Estados Unidos, estaba destinado a contener un eventual ataque soviético. La alianza presentaba características muy distintas a uno y otro lado del Atlántico norte. El papel de Canadá, ese inmenso estado subpolar casi vacío en las 4/5 partes de su extensión (uno de los más vastos estados del mundo, con cerca de diez millones de km² y treinta millones de habitantes), era el de una barrera situada más allá del océano Glacial Ártico, desde la cual los radares tendrían tiempo de detectar los misiles soviéticos antes de que alcanzaran Estados Unidos. Estos dos grandes estados de América del Norte, situados a uno y otro lado de una frontera de 6 000 kilómetros casi rectilínea, son de hecho inseparables: tienen la misma lengua (con la excepción del Quebec francófono), una Historia y una cultura comparables, y puede destacarse la importancia de los intercambios entre ambos, exportación del petróleo canadiense, etc.

En cambio, al Este, al otro lado del Atlántico, los primeros países miembros de la OTAN (Reino Unido, Francia, Italia, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo, Portugal, Dinamarca, Noruega, Islandia, seguidos por Grecia y Turquía en 1952 y por la República Federal de Alemania en 1955) son muy diferentes entre sí por sus lenguas y por sus tradiciones políticas, y salvo en el caso de las islas británicas nada tienen en común con Estados Unidos. Ante una ofensiva soviética,

estos países podían ser invadidos en pocos días, pues eran blanco fácil para los bombarderos o los misiles soviéticos. El más vulnerable de todos era el que se llamaba entonces Alemania del Oeste, que estaba atravesado por el “telón de acero”. Por ello, el grueso de las fuerzas norteamericanas de la OTAN tenía su base en territorio alemán. Se observa en esto una más de las múltiples paradojas alemanas, pues este país (como Japón) resurgió de sus cenizas, provocadas por la guerra, gracias a una ayuda norteamericana masiva, para convertirse en la tercera potencia económica mundial.

Después de la Guerra Fría

Tras la desmembración de la Unión Soviética y la desaparición de los regímenes comunistas satélites de este país, el papel geopolítico de la OTAN resulta mucho menos claro, pues el antagonista de ambas potencias en toda una parte de Europa ya no existe. En los países europeos, en especial en Francia y en Italia, donde las ideas marxistas tuvieron un gran eco, una parte notable de la opinión pública veía en la OTAN, desde hacía decenios, una de las mayores formas de dominación norteamericana en Europa. En 1966, el general De Gaulle decidía, sin hallar objeción alguna entre sus compatriotas, la retirada de Francia de la OTAN (es decir, del dispositivo militar, aunque seguiría siendo miembro de la Alianza Atlántica), puesto que iba a disponer

a partir de entonces de su propia “fuerza de choque” nuclear. A comienzos de los años ochenta, con ocasión de la llamada “crisis de los euromisiles” (instalación de misiles nucleares norteamericanos en Alemania, en respuesta a la instalación de misiles soviéticos de alcance medio apuntando a Europa), entre los medios dirigentes norteamericanos se planteó la cuestión del “desajuste” entre los intereses estratégicos más importantes de Estados Unidos y el mantenimiento del statu quo en Europa ante la Unión Soviética. Tras la desmembración de este estado, algunos han manifestado a Estados Unidos su opinión de que la carga económica que suponía, desde hacía cuarenta años, la presencia permanente de unos cien mil soldados norteamericanos en Alemania no tenía ya justificación y que la OTAN pertenecía a otro tiempo.

Sin embargo, la OTAN sigue existiendo. En 1999, por primera vez desde su creación, la organización declaró la guerra oficialmente a un estado europeo, Serbia. Y es más, el papel decisivo de los norteamericanos en esta guerra fue impulsado sobre todo por los europeos, que solicitaron su intervención para poner fin a la catástrofe yugoslava. Por si fuera poco, el número de estados europeos que ha solicitado ingresar en la OTAN ha aumentado significativamente: Polonia, República Checa, Hungría, Bulgaria, Rumania, Estonia, Letonia, Lituania, Eslovaquia y Eslovenia.

Tras la desmembración en 1991 de la federación comunista yugoslava, el estallido de los combates entre nacionalistas serbios y croatas, y más tarde el enfrentamiento en Bosnia entre católicos, ortodoxos y musulmanes, hizo temer a ciertos dirigentes de la Unión Europea que tales conflictos se extendieran a Centroeuropa, a los países que acababan de ser liberados de la dominación comunista y cuyas fronteras habían sido objeto de litigios en el pasado. Por ello, Francia y Reino Unido enviaron, bajo la égida de la ONU, fuerzas de interposición a Yugoslavia. Pero éstas pronto se vieron atrapadas en los combates. Cuando se solicitó su intervención, los norteamericanos declararon primeramente no querer implicarse en un conflicto que no competía a la OTAN, puesto que ninguno de sus

estados miembros se veía amenazado (*ver puntos calientes, Balcanes*).

Tras aceptar, a petición de Turquía y de Arabia Saudí, suministrar armas a los musulmanes bosnios, el gobierno norteamericano (el de Bill Clinton), en respuesta a la llamada de los franceses y de los británicos, obligó a los serbios —mediante bombardeos— a levantar el sitio de Sarajevo y, en 1995, impuso a los beligerantes los Acuerdos de Dayton para un reparto de Bosnia en tres zonas autónomas bajo control de la OTAN. En 1999, el conflicto recurrente de Kosovo entre serbios y albaneses adoptó la espectacular forma de un éxodo masivo de los musulmanes, que huían de la amenaza de un genocidio por parte del gobierno serbio. Esta situación provocó una gran conmoción en Europa Occidental, lo cual llevó a la OTAN y, sobre todo, a la aviación norteamericana a intervenir bombardeando masivamente Serbia, pese a las protestas de Rusia. A pesar de las reivindicaciones de independencia de los kosovares, el territorio de Kosovo está bajo el control de los diferentes contingentes que aportan los estados europeos miembros de la OTAN y Estados Unidos, cuyas fuerzas también están posicionadas en Macedonia, otra antigua república yugoslava amenazada con una partición étnica. Kosovo declaró su independencia de forma unilateral en febrero de 2008.

La OTAN tras el 11 de septiembre

Inmediatamente después de producirse los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, todos los estados europeos miembros de la OTAN ofrecieron su apoyo a Estados Unidos, declarando que se sentían igualmente alcanzados por esta agresión y que se solidarizaban con Norteamérica. Sin embargo, el gobierno norteamericano quiso actuar solo y con sus propias fuerzas cuando decidió atacar en Afganistán las guaridas terroristas de al-Qaeda. Los estrategas norteamericanos no querían tener que discutir sus planes con los demás miembros de la OTAN, como se habían visto obligados a hacer en 1999 durante la guerra en Kosovo. En 2003, la Guerra de Iraq provocó una

grave crisis entre Estados Unidos y ciertos países pertenecientes a la OTAN y a la Unión Europea. Si los gobiernos de Reino Unido, Italia y España, pese a la oposición de sus opiniones públicas, apoyaron la acción militar llevada a cabo por Washington, Alemania y Francia se opusieron tajantemente a ella. Turquía, miembro de la OTAN y país vecino de Iraq, que inicialmente iba a formar parte de la coalición, acabó negándose a participar. En cambio, los nuevos miembros de la OTAN y de la Unión Europea, entre ellos Polonia, sostuvieron abiertamente la política del presidente estadounidense. El secretario de Estado de Defensa norteamericano, Donald Rumsfeld, opuso entonces en sus discursos la idea de una “vieja Europa” timorata (formada por los miembros más antiguos de la Comunidad Europea, exceptuando la Italia de Berlusconi) a una “nueva Europa” llena de ardor, compuesta por todos los nuevos miembros ex comunistas de la Unión Europea y por Reino Unido (que no se adhirió a la Comunidad Europea hasta 1972). La posición de los antiguos países comunistas de Europa central y oriental se explica en parte por su viejo temor a Rusia y por su voluntad de acercarse aún más al nuevo aliado americano.

Europa, entre Washington y el mundo musulmán

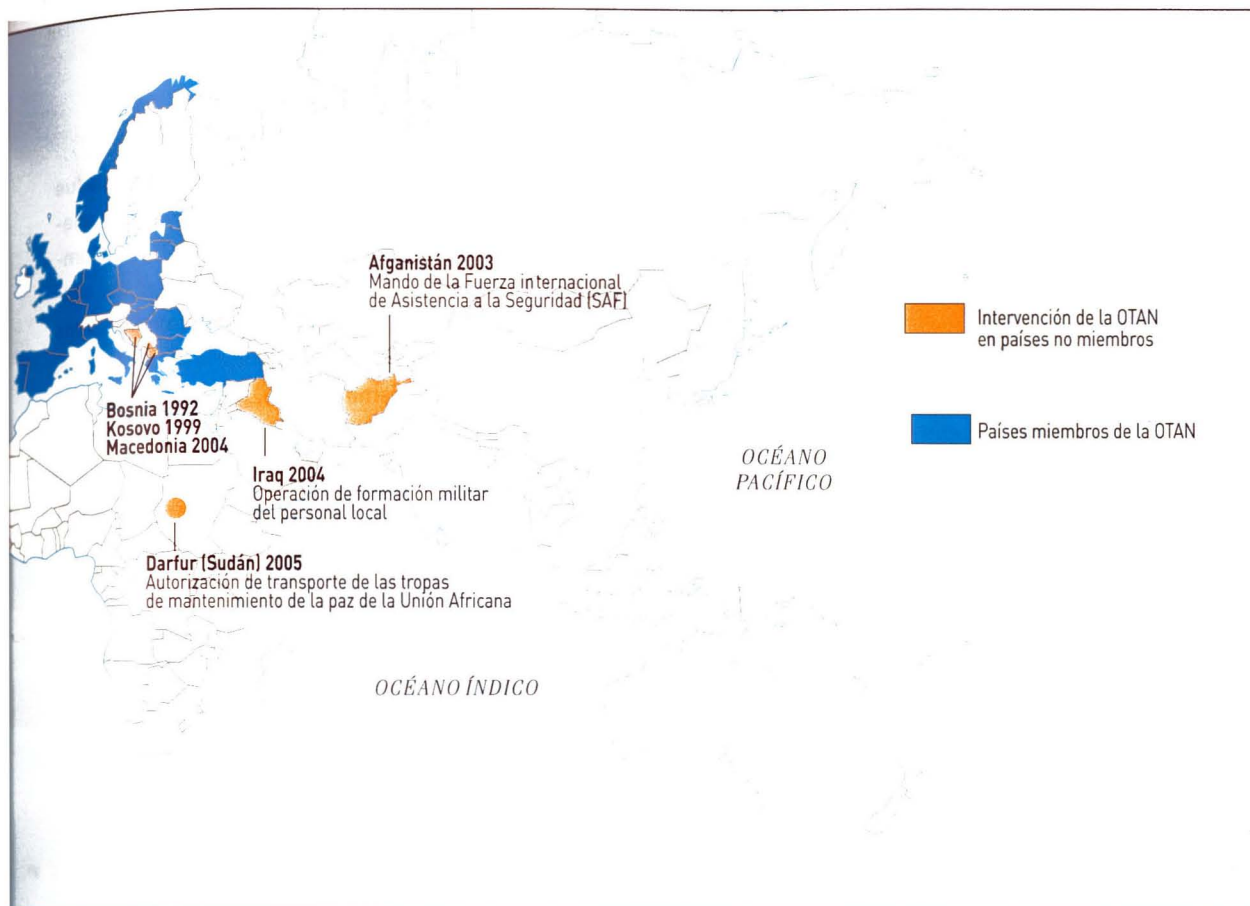
La crisis suscitada por la intervención norteamericana en Iraq plantea una profunda reflexión sobre la cuestión de las relaciones de Estados Unidos con los países de la Unión Europea desde el fin de la Guerra Fría. Mientras Reino Unido, que rechaza la moneda única, pretende que la Unión Europea siga siendo sobre todo una zona de libre cambio lo más amplia posible (también es la postura de los países escandinavos), Francia y Alemania —que conforman, según se dice, el núcleo duro de la Unión— desean que la UE se convierta también en un conjunto geopolítico coherente, pese a su extensión, con una diplomacia común, y alcance una autonomía de poder con respecto a Estados Unidos. Este último país es más favorable a la

EXTENSIÓN DEL TERRITORIO DE LA OTAN



NUEVAS MISIONES PARA ¿QUÉ OTAN?

Al margen de las grandes controversias sobre el unilateralismo norteamericano, se plantean muchas preguntas sobre las misiones y sobre las modalidades de funcionamiento de la OTAN. Varios países europeos, entre ellos Francia, reclaman compartir el mando militar en el seno de la organización, concretamente en el Mediterráneo, cosa que Washington siempre ha rechazado. A la inversa, Estados Unidos ve en la OTAN una herramienta más de proyección de su poder, más allá de Europa, en especial hacia Asia. Son fuerzas de la OTAN (francesas, inglesas, turcas, canadienses) las que, junto a las fuerzas estadounidenses, están combatiendo a los talibanes desde el regreso de éstos a Afganistán. ■



➤ *“A todos nosotros, norteamericanos y europeos, incumbe proyectar aún más hacia el exterior el gran poder de nuestra alianza.” Así se expresaba, en diciembre de 2005, el embajador de Estados Unidos ante la OTAN. Esta declaración resume claramente el papel que Washington pretende dar a partir de ahora a la Alianza: el de una coalición a medida, que, dependiendo de las circunstancias pueda asistir, respaldar o suplir a las fuerzas norteamericanas en sus intervenciones en el mundo, ya se trate de misiones humanitarias (Somalia, Indonesia, Pakistán) o, de manera más significativa, de misiones político-militares (Kosovo, Afganistán, Iraq).*

estrategia británica del libre cambio así como a la entrada de nuevos miembros en la Unión Europea, lo cual la transforma, de hecho, en una entidad cada vez menos coherente y gobernable. Por ello, la diplomacia norteamericana hace abiertamente campaña por la aceptación de la candidatura de Turquía. En su extensión hacia el Este, la UE va incluyendo estados vecinos de

Rusia (entre ellos, Ucrania, candidato potencial a la integración en la UE). Estos países temen el resurgimiento ruso y por ello tratan de colocarse bajo la protección norteamericana. Washington dispondría entonces, en mucha mayor medida que con la OTAN, de una influencia determinante en el seno de la UE, lo cual arruinaría las veleidades de poder de ésta.

Hoy, el gran problema geopolítico de Estados Unidos no radica en una futura escalada de poder de la Unión Europea, ni de Rusia, sino, de momento, en el deterioro de sus relaciones con el mundo musulmán. Pero, geográficamente, es Europa, desde el Mediterráneo a la Rusia meridional, la que está más en contacto con el mundo musulmán y la que debe prepararse para encajar las repercusiones del conflicto palestino-israelí y el enfrentamiento entre los islamistas y los norteamericanos.

ESTADOS UNIDOS Y EL MUNDO MUSULMÁN

En el contexto de la guerra que los norteamericanos mantuvieron desde 2003 en Iraq, no debe olvidarse que fue en este país donde, tras la Primera Guerra Mundial, tuvo lugar una de las primeras implantaciones norteamericanas en Oriente Próximo. Ésta vino motivada por el petróleo y la creación, en 1928, de la Iraq Petroleum Company, que retomaría los activos de la Turkish Petroleum, la compañía germano-turca que había iniciado, antes del conflicto internacional, la explotación de los yacimientos de Kirkuk y de Mosul. En aquella época, los norteamericanos pretendían explotar las riquezas petroleras de Oriente Próximo. Para ello, primero debían suplantarse a los británicos, acción que quedaría consumada en 1945. Luego vendrían los tiempos del nacionalismo árabe y, más tarde, del islamismo. En los años ochenta, con el enfrentamiento del Iraq de Saddam Husein contra el Irán de Jomeini, los occidentales abrieron la caja de Pandora, que, de la Guerra del Golfo a la Guerra de Iraq, pasando por la de Afganistán, amenaza continuamente los grandes equilibrios internacionales. La retirada total de Iraq de las tropas norteamericanas tendrá, sin duda alguna, importantes consecuencias.

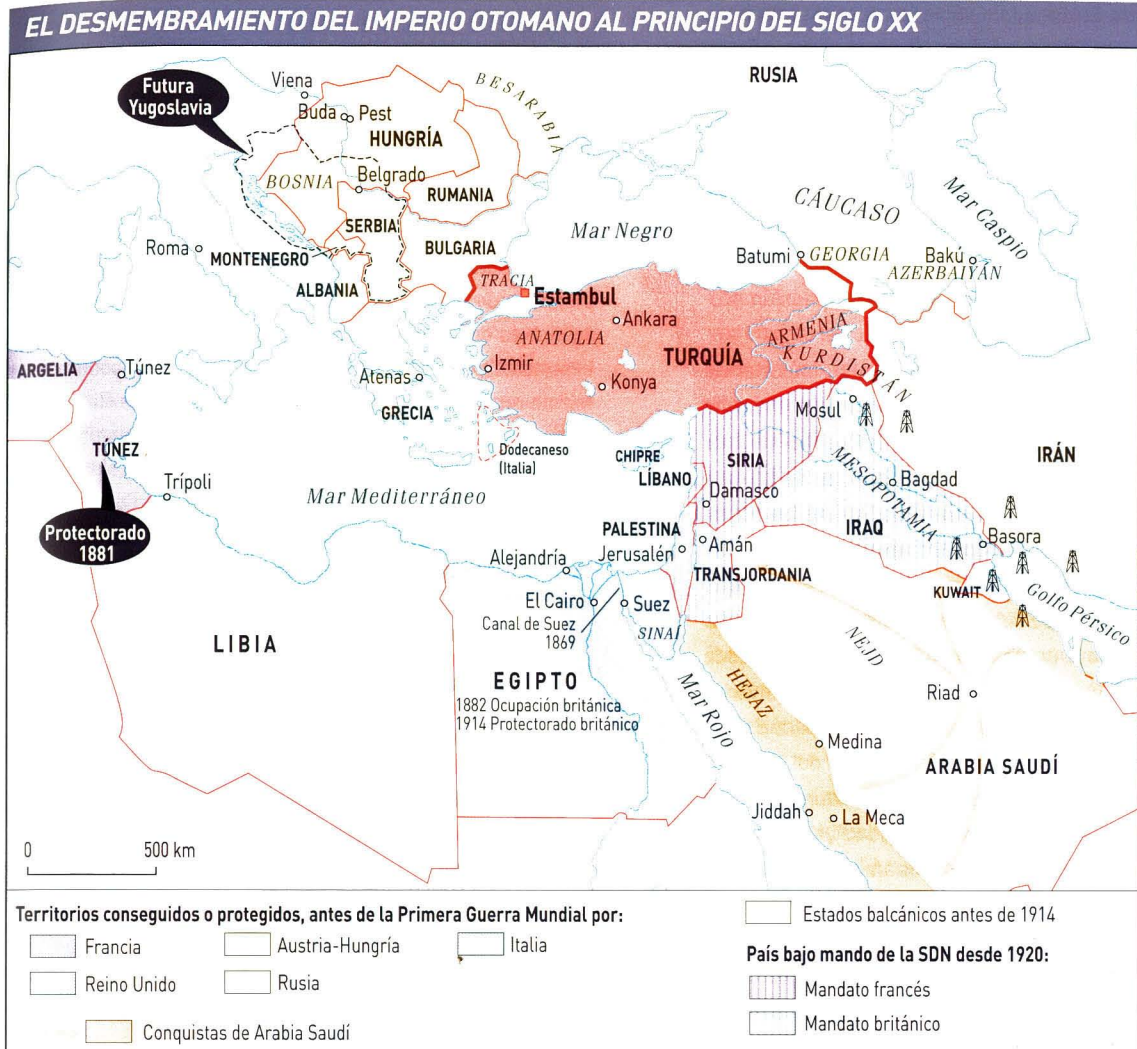
I. Norteamérica y Oriente Próximo: desde el principio, un negocio petrolero

La rivalidad anglo-americana

Los británicos jugaban entonces con una ventaja: lo que ya llamaban Iraq estaba ocupado por sus tropas, las del “ejército de las Indias”, que, durante la Primera Guerra Mundial, habían venido a combatir al ejército turco en Mesopotamia. Inglaterra entendía que le correspondía explotar y controlar los yacimientos petrolíferos de la zona (los de Arabia todavía no habían sido descubiertos). Poseía ya los de Irán, explotados por la Anglo-Persian Oil Company (convertida en la Anglo-Iranian y hoy en BP). Arguyendo que los bienes de la Turkish Petroleum Company constituían un botín de guerra que debía ser compartido entre los vencedores, los norteamericanos presionaron para acceder a los petróleos de Iraq. El capital de la Iraq Petroleum Company estaba dividido en cuatro partes de 23.75% cada una: las grandes compañías británicas, la Anglo-Persian y la Shell (anglo-holandesa, que poseía los yacimientos de las Indias holandesas), tenían dos; la Compagnie Française des Pétroles, creada ex profeso, una; y el consorcio norteamericano, otra. Pero, en 1934, los estadounidenses, con la Gulf, se hicieron con la mitad de la concesión en

Kuwait; antes, en 1933, lo que iba a convertirse en la Aramco (la Standard Oil of California, Texas y Mobil) obtuvo la concesión por sesenta años sobre la mitad del territorio saudí.

En Oriente Próximo, la imagen de Estados Unidos era muy buena a ojos de los nacionalistas árabes, pues este país no había participado en el reparto de los territorios que estaban bajo mando de los “colonialistas” ingleses y franceses (Iraq, Jordania, Palestina para los primeros, Siria-Líbano para los segundos), bajo la égida de la Sociedad de Naciones (iniciada por el presidente norteamericano W. Wilson). En 1945, el presidente Franklin Roosevelt, tras regresar de Yalta, se reúne con el rey Abd al-Aziz ibn Saud (conocido como Ibn Saud). Juntos sellan el histórico acuerdo que asegura el apoyo de Estados Unidos a Arabia Saudí. Al año siguiente, se inaugura la base norteamericana de Dahrán, en plena zona petrolífera. Dos años más tarde, durante la primera guerra árabe-israelí, el gobierno norteamericano se mantiene relativamente neutral. Es cierto que reconocía a Israel, pero la URSS se le había adelantado y Francia se iba a convertir muy



➤ El imperio al que se calificaba de “hombre enfermo de Europa” (“de Europa”, porque tenía importantes posesiones en la península balcánica) ha sufrido una disgregación continua desde el siglo XIX, cuando perdió primero Egipto, que se independizó, luego Argelia, que fue conquistada por los franceses, y finalmente la mayor parte de sus posesiones balcánicas, que también lograron la independencia. Antes de 1914, Ibn Seud consiguió la independencia de la parte central de la futura Arabia Saudí. Posteriormente, hacia 1920, se anexionó las riberas del mar Rojo y del golfo Pérsico. Turquía, que luchó como aliada de los alemanes durante la Primera Guerra Mundial, acabó pagándolo caro. Franceses y británicos, mediante el acuerdo secreto de 1916 entre Mark Sykes y Georges Picot, levantaban a las masas árabes contra los turcos, y se repartían por adelantado Siria y Líbano, para los primeros, e Iraq, para los segundos. Así quedaba definida una parte importante de las fronteras del moderno Oriente Próximo. ■

pronto en el principal apoyo militar de los israelíes. En 1952, Turquía se adhiere a la OTAN y se acerca a Estados Unidos para protegerse de las reivindicaciones de Stalin sobre la región de Trebizonda (a orillas del mar Negro), ocupada en otros tiempos por los ejércitos zaristas.

En 1951, la crisis de nacionalización de la Iran Petroleum Company (ver capítulo petróleo) tendría graves consecuencias geopolíticas. En efecto, Gran Bretaña organizó el boicot a las exportaciones de petróleo iraní. El primer ministro iraní Mosaddegh, que tiene el apoyo del partido de izquierdas Tudeh, se acerca a la URSS en un intento por destituir al joven sha. Los servicios secretos norteamericanos organizan entonces un golpe de Estado para apartar a Mosa-

degh. En 1954, sin volver a tocar el tema de la nacionalización del petróleo, el sha confía su explotación y comercialización a un consorcio formado por ocho grandes compañías de la época (cinco de ellas norteamericanas, dos británicas y una francesa). A partir de ese momento, y durante veinticinco años, las relaciones económicas y militares entre Estados Unidos e Irán, que se encuentra en plena expansión económica, serán muy estrechas.

Como Arabia Saudí, pese a su importancia petrolera, no es una fuerza militar, Irán y Turquía —los dos estados no árabes de Oriente Próximo, fronterizos ambos de la URSS— serán los que constituyan el punto fuerte de Estados Unidos en esta parte del mundo. Al carecer de petróleo, Turquía es económicamente menos interesante que Irán y Arabia Saudí, pero su ejército en sí mismo constituye una fuerza política importante desde que Mustafá Kemal, sobre las ruinas del Imperio otomano, sentó las bases de la república de Turquía. Con la proscripción del uso del alfabeto árabe y la imposición del alfabeto latino, símbolo de occidentalización y de “laicidad”, Kemal marca la ruptura de Turquía con los árabes, que, instigados por los ingleses, les habían traicionado atacando el Imperio otomano durante la Primera Guerra Mundial.

En el seno de la OTAN, los mandos del ejército turco mantienen estrechas relaciones con los del ejército norteamericano.

Estados Unidos y Egipto, principal país árabe

La imagen de Estados Unidos empieza a degradarse entre los países árabes cuando el Banco Mundial (donde los norteamericanos son todopoderosos) se niega a financiarle a Egipto la construcción de la gran presa de Asuán, que este país necesita para hacer frente a su crecimiento demográfico. El presidente egipcio Naser decide entonces pedir ayuda a la URSS y nacionalizar el canal de Suez, que controlaban los ingleses desde finales del siglo xix. Éstos querían recuperarlo a toda costa. Los franceses por su parte, que fueron los que abrieron el canal (en 1869 con

LAS FUENTES DEL ISLAMISMO

El islamismo, como ideología que pone la religión al servicio de la política, nació con el movimiento de los “Hermanos Musulmanes” (al-Ikhwan al-Muslimin), fundado en 1928 en Egipto por Hasan al-Banna (m. en 1949). Éste no era un ulema (teórico), sino un maestro pobre que vino a instalarse en El Cairo, como tantos otros egipcios que, huyendo de la miseria de las regiones rurales, acabaron hacinándose en los barrios insalubres de la periferia de la capital. Este detalle de su biografía es importante, por cuanto subraya la dimensión social y política de un movimiento con vocación revolucionaria que recluta a sus élites, no entre los teóricos, regidores del derecho y garantes del orden moral en las sociedades musulmanas tradicionalistas o fundamentalistas, sino entre la juventud estudiantil. Se trata muchas veces de una juventud poco familiarizada con el entorno urbano, pero iniciada en las universidades en ciertos aspectos de la modernidad a través de los estudios, especialmente de los científicos. En desacuerdo con los defensores del islam “ortodoxo” en lo relacionado con la modernización de la sociedad, y en abierta oposición también a esos ulemas guardianes vigilantes de la tradición y recelosos de todo lo que viniera de Occidente, los “Hermanos Musulmanes” preconizaban una “renovación” de la sociedad. Volviendo a un islam auténtico, dicha renovación debía erradicar la injusticia social y económica imputada al estado “secular” y a su “protector”, a saber: la Europa colonialista, al principio, y Estados Unidos, más tarde. ■

Ferdinand de Lesseps), tratan de provocar la caída de Naser, acusándole de armar la rebelión desencadenada en Argelia en 1954. Durante la crisis de Suez (que tiene lugar en otoño de 1956, al mismo tiempo que la insurrección antisoviética en Budapest), cuando los paracaidistas franceses y británicos, aprovechando una ofensiva israelí en el Sinaí, toman el control de Port-Said en la desembocadura del Canal, los norteamericanos, con la aprobación de los soviéticos, exigen el cese de esta intervención. La VI flota de la US Navy, que surca permanentemente las aguas del Mediterráneo, corta el paso a los convoyes anglo-franceses. Es el presidente norteamericano Dwight Eisenhower quien en 1956 salva a Naser y la causa del nacionalismo árabe.

Esta “victoria” de Naser contra los “occidentales”, al igual que el desarrollo de sus relaciones con la URSS y los países socialistas, le permite orquestar su idea del socialismo árabe y sus proyectos de unidad árabe. Siria sigue esta misma

LA ALTERNATIVA AL NACIONALISMO ÁRABE

La alternativa al retorno a la tradición es el nacionalismo árabe teñido de socialismo, encarnado hasta tal punto por Naser que el rais egipcio prestará su nombre a una ideología que hará historia, el naserismo. Deliberadamente modernista, esta ideología reivindica la identidad árabe, incluyendo en ella la herencia de antiguas civilizaciones que engrandecen el orgullo nacional —el Egipto de los faraones, como los asirios en Iraq—. Lo hace desde la laicidad, puesto que el islam universalista recusa el concepto de nación extendido entre la comunidad de los musulmanes (*umma*). De hecho, el naserismo, completamente antiimperialista, no tardará en chocar con una fuerte resistencia entre los elementos de la sociedad apegados a la tradición musulmana, que se sentirán ofendidos al ver la religión “privatizada”, es decir, relegada a la intimidad de las conciencias individuales. La coexistencia de estas dos concepciones antagónicas de la sociedad pronto se tornará imposible, y el movimiento de los Hermanos Musulmanes será disuelto una vez más, en 1954, por Naser, que, aprovechando los rumores de un complot para asesinarle procederá a violentas purgas, durante las cuales Sayyed Qutb, el nuevo ideólogo de los Hermanos Musulmanes será ejecutado en 1966 junto a otros miembros del movimiento. En el mundo árabe, se había consumado la ruptura entre un nacionalismo triunfante, que había adoptado a Naser como modelo y que estaba inspirado en el mundo socialista hasta en su dimensión totalitaria, y los defensores de la tradición musulmana y del islamismo político, el cual acumulaba frustraciones y parecía ir radicalizándose. ■

evolución; también Iraq, donde, en 1958, una revolución, nacionalizadora y comunista a la vez, derroca la monarquía instaurada en 1920 por los británicos. En contra de estos estados “socialistas”, defensores de la unidad árabe y aliados de la Unión Soviética, los norteamericanos, que siguen encontrando cada vez más petróleo en Arabia Saudí, buscan la manera de contrarrestar ideológicamente el proyecto unitario de Naser. En efecto, los dignatarios religiosos saudíes, los ultraconservadores wahabitas, que serían muy conocidos cuarenta años después, preconizan la unidad de todos los musulmanes y no sólo la de los árabes. En el plano militar, los servicios secretos norteamericanos se dan cuenta de que Israel se ha convertido en el mejor medio para controlar el empuje de los estados árabes prosoviéticos.

El estallido, en 1967, de la Guerra de los Seis Días es la ocasión que buscaba el ejército nortea-

mericano para aportar a Israel un apoyo militar masivo por vía aérea. En 1973, éste sería renovado del mismo modo, cuando Israel se vio sorprendido y seriamente amenazado por el ataque sirio-egipcio de la Guerra del Kipur. Desde entonces, Estados Unidos aporta a Israel una ayuda regular, tanto en el plano financiero como en el militar. Su interés radica en evitar que Arabia Saudí alcance el corazón de estos estados árabes, que denuncian a voz en grito la colusión “americano-sionista”. Gracias a la concesión de múltiples favores, así como a las importantes ventas de armas a los miembros de la dinastía saudí, Washington establece relaciones inmejorables con los saudíes, que financian así de manera cuasi oficial a los grupos palestinos marxistas más revolucionarios.

El ideal de la diplomacia norteamericana en esta parte del mundo es entonces el de que los estados árabes acepten la presencia de Israel en sus fronteras de 1948, una vez restituidos (pero ¿a quién?) los territorios conquistados por los israelíes en 1967, a saber: el Sinaí, la franja de Gaza y Cisjordania, que se empieza a llamar Palestina. Esta apuesta parecía a punto de ser ganada en 1979, cuando Anuar el Sadat, un militar como Naser, firmaba, bajo la égida de Jimmy Carter, presidente de Estados Unidos, el tratado de paz egipcio-israelí. Era el fin de siete años de evolución geopolítica: en 1972, Sadat agradeció su ayuda a los soviéticos y logró que se marcharan de Egipto (pues la presa de Asuán había sido terminada); en 1973, el ejército egipcio se cubrió de gloria (aunque no ganara la guerra) cuando atravesó el canal de Suez bajo el fuego de los israelíes.

Sadat había logrado un gran prestigio y la promesa de restitución del Sinaí. Contaba además con una importante ayuda norteamericana (sobre todo, en cereales). En este contexto, la firma de la paz con Israel le valió ser proscrito por la Liga Árabe. Finalmente, en 1981, moría asesinado en el Cairo a manos de unos islamistas, durante el transcurso de un desfile militar. Su sucesor, el general Hosni Mubarak, mantuvo la paz con Israel. Este primer atentado espectacular, perpetrado por los islamistas egipcios (cercaños a los Hermanos Musulmanes) marca el inicio del aumento de poder de éstos en el mundo árabe.

Estados Unidos es expulsado de Irán por la revolución islamista

La firma del tratado de paz entre Israel y Egipto suponía un éxito evidente para la diplomacia norteamericana. Pero, Estados Unidos iba a sufrir un gran fracaso geopolítico en Irán, que, tanto en el plano económico como en el militar, se había convertido en su punto fuerte en Oriente Próximo. Efectivamente, en 1979 se producía en Irán una serie de acontecimientos inesperados: el derrocamiento del régimen del sha y la revolución islámica del imán Jomeini. Éste denunció a Norteamérica como el “gran Satán”, y militantes islamistas radicales retuvieron como rehén durante varias semanas a todo el personal de la embajada norteamericana en Teherán. A diferencia de muchos países del Tercer Mundo, Irán estaba en pleno desarrollo económico y en un proceso de rápida modernización social. Es cierto que la fortuna del sha y la de sus allegados era considerable, gracias a los elevados ingresos que les proporcionaba el petróleo, pero la mayor parte de este maná se destinaba al equipamiento y a la industrialización del país, así como a su ejército. Con la intención de que los campesinos disfrutaran también de los logros económicos, el sha puso en marcha una reforma agraria: distribuyó sus propias tierras a las comunidades campesinas y animó a los otros grandes propietarios a hacer lo mismo. Sin embargo, muchos de éstos eran dignatarios del islam chií, cuya jerarquía es muy poderosa en Irán (el islam suní no tiene clérigos, en principio). Los campesinos no osaron tomar las tierras de los dignatarios religiosos, pero éstos se convirtieron en enemigos del sha, pues pretextaban que sus medidas de modernización escarnecían la religión. Se unieron a otros oponentes radicales al régimen del sha, en concreto a los revolucionarios marxistas-leninistas (prochinos). Por contra, los simpatizantes del gran partido laico Tudeh (más o menos legal y favorable a la URSS) consideraban positivos los avances de la industrialización decidida por el sha. Éste, siguiendo los consejos del presidente Carter, decidió implantar medidas de liberalización del régimen y reducir el poder de la policía

secreta, la terrible Savak. Esto acabaría abriendo una crisis política. Aparecieron líderes políticos y se perpetraron atentados mortales, que fueron imputados a los norteamericanos (o a la Savak). Todo ello dio pie a numerosas manifestaciones populares en las ciudades, encabezadas por religiosos chiíes e izquierdistas. El Partido Tudeh se unió a ellos para no quedar al margen. El sha (que estaba muy enfermo) no se atrevió a recurrir al ejército y, en unas semanas, su régimen se vino abajo. En nombre del islam, el imán Jomeini (procedente de Francia, donde vivía muy confortablemente) demonizó a América, galvanizó a las masas con sus discursos inflamados y proclamó la revolución islámica. La jerarquía chií, que se había atraído hábilmente a algunos intelectuales marxistas, tomó el poder. El ejército se unió a ellos y, en unos meses, los izquierdistas y los comunistas fueron eliminados (véase mapas, págs. 314-315).

Ésta fue, esquemáticamente, la sucesión de causas internas que provocaron en pocas semanas uno de los cambios geopolíticos más importantes de Oriente Próximo. Estados Unidos perdió allí su punto fuerte sin que la Unión Soviética sacara partido de ello. Muy al contrario: ésta ya no mantenía relaciones con el régimen del sha, y los islamistas que llegaron al poder denunciaron el ateísmo de los comunistas, fueran éstos soviéticos o iraníes.

Irán vivió pues la primera revolución islámica. Sus consecuencias han resultado considerables. En un primer momento, los especialistas consideraron que se trataba de un fenómeno específico iraní, puesto que la jerarquía religiosa chií que acababa de tomar el poder en Teherán no existía en el islam suní. Pero ahora sabemos que en Arabia Saudí, desde el inicio de la revolución islámica en Irán, el soberano renunció a varios proyectos de reforma, en especial a los relacionados con la situación de las mujeres, bajo la presión de los imanes wahabitas. Éstos estimaban que todas las reformas decididas por el sha de Irán fueron las que condujeron a la revolución. La dinastía saudí se vio particularmente en peligro cuando los revolucionarios chiíes no solo denunciaron el lujo y la corrupción en la que vivían sus miembros, sino que

además cuestionaron el control que esta ejercía sobre el peregrinaje a La Meca. Los revolucionarios iraníes no ocultaban su voluntad de extender su revolución antiimperialista islámica a todos los países musulmanes, fueran o no chiíes. La operación con helicópteros de los norteamericanos para liberar a los rehenes de su embajada en Teherán fracasó, pues no tuvieron en cuenta los vientos de arena: a ojos de las masas iraníes, era la prueba de que Dios apoyaba su lucha contra América.

El año 1979 terminaba con lo que parecía un nuevo revés geopolítico para Estados Unidos: la invasión de Afganistán por el ejército rojo (*ver capítulo Afganistán*). Los comentarios de la prensa afirmaban que la pérdida de Irán por los norteamericanos permitiría a los soviéticos invadir el país vecino y, desde ahí, alcanzar el océano Índico —para “llegar hasta los mares cálidos”, el viejo sueño del Imperio de los zares—. Pero, después de unas semanas, quedó claro que las tropas soviéticas no pretendían ir más allá de las fronteras de Afganistán para alcanzar las costas de Pakistán. A lo largo de los años ochenta, se iría evidenciando que el ejército rojo se había aventurado en un verdadero avispero. Sin embargo, en el momento de la invasión soviética de Afganistán, Estados Unidos estaba demasiado preocupado por la evolución de la situación en Irán para amenazar con responder a la Unión Soviética si ésta invadía Pakistán, país que sin embargo era aliado suyo.

La repercusión de la revolución iraní: la escalada de poder de Iraq

La repuesta a la revolución islámica iraní vendría, no de Estados Unidos sino de su vecino Iraq. En efecto, menos de un año después del derrumbamiento del régimen del sha, estalló la guerra entre Iraq e Irán. Para Saddam Husein, que había tomado el control en 1968 del Partido Baaz de Iraq (rival del Partido Baaz de Siria), diez años después de su victoria sobre la monarquía reinante en Bagdad, la revolución iraní constituía una oportunidad. Las relaciones entre los dos estados eran malas desde hacía

tiempo debido a cuestiones fronterizas. Pero el ejército iraquí era entonces mucho menos poderoso que el de Irán, que estaba armado por los norteamericanos. La situación cambió a comienzos de 1980: el ejército iraní, que había perdido a sus mandos, estaba desorganizado y el poder de los mulás aún no había sido asegurado.

Para Saddam Husein, se trataba de una magnífica ocasión de anexionarse una rica región petrolífera situada al este de Chatt al-Arab (en la frontera sur entre ambos países), con el pretexto de que estaba habitada por árabes y no por iraníes. Sin embargo, podía intentar el ataque, pues una parte considerable de la población iraquí era chií, y se da la circunstancia además de que es en Iraq donde se encuentran los lugares santos más importantes del chiísmo, en Nayaf y en Karbala. Pero el Partido Baaz es eminentemente laico, como lo era el propio Saddam Husein. Este partido defiende la unidad de los árabes, sean éstos musulmanes suníes o chiíes, o incluso cristianos, y además celebra en Bagdad la lucha histórica de los árabes contra el Imperio persa. Saddam se vio obligado a buscar apoyos exteriores. Los norteamericanos y los ingleses, desde la nacionalización de la Iraq Petroleum Company, no eran favorables al régimen iraquí, pero la revolución islamista en Irán les hizo modificar su postura. Desde 1958, Iraq estaba apoyado por la Unión Soviética y además mantenía estrechas relaciones con Francia. Todos deseaban una derrota rápida de la revolución islámica iraní, y más Arabia Saudí, que temía que su minoría chií, concentrada a orillas del Golfo, en la principal región petrolífera del reino, fuera atraída por la revolución chií de Irán. Por otra parte, el imán Jomeini exigía el fin del control saudí sobre el peregrinaje a La Meca.

Esta guerra entre Iraq e Irán, que se preveía breve y de la que se esperaba que provocara la caída del régimen de los ayatolás, tuvo como resultado por el contrario la consolidación de la revolución iraní. En efecto, los iraníes dieron muestras de una resistencia encarnizada, enardecidos tanto por el fervor chií como por su orgullo nacional. Supieron, por otro lado, utilizar el aparato militar norteamericano heredado del

ejército del sha (material discretamente renovado por los israelíes, que no podían permitir una victoria de Iraq, vecino demasiado próximo a su territorio). Para evitar una victoria iraní, cuyos efectos en Oriente Próximo habrían sido considerables, Saddam Husein obtuvo de Kuwait, de Ara-

bia Saudí y de los estados del Golfo una ayuda financiera muy elevada, que fue completada con importantes medios militares procedentes de los occidentales (Francia y Estados Unidos) y de la URSS —lo cual le permitiría constituir el ejército más poderoso del mundo árabe.

II. De la Guerra del Golfo a la Guerra de Iraq

La Guerra del Golfo de 1991

En agosto de 1990, dos años después del armisticio con Irán, Saddam Husein invadía por sorpresa Kuwait, país que contaba con unos medios militares limitados. Se anexionó inmediatamente el territorio, con el argumento de que este estado era una creación de los colonialistas británicos, que pretendían reducir al máximo la salida al Golfo de Iraq. Dirigido por la dinastía de los Sabat desde el siglo XVIII, el emirato pasó a ser un protectorado británico en 1899 hasta su independencia en 1961. El Consejo de Seguridad de la ONU, negándose a admitir la desaparición de un estado miembro de Naciones Unidas y para proteger a Arabia, que se hallaba amenazada al igual que Israel, decidió la formación de una fuerza internacional de intervención. Ésta reagrupaba contingentes ingleses, franceses, así como saudíes, egipcios y sirios, aunque Estados Unidos sería el país que aportase el grueso de los efectivos y el que asumiese el mando. Los norteamericanos pretendían mantener el statu quo en la región del Golfo y, sobre todo, proteger a Arabia Saudí, en aplicación del tratado firmado en 1945 entre el presidente Roosevelt y el rey Abd al-Aziz ibn Seud.

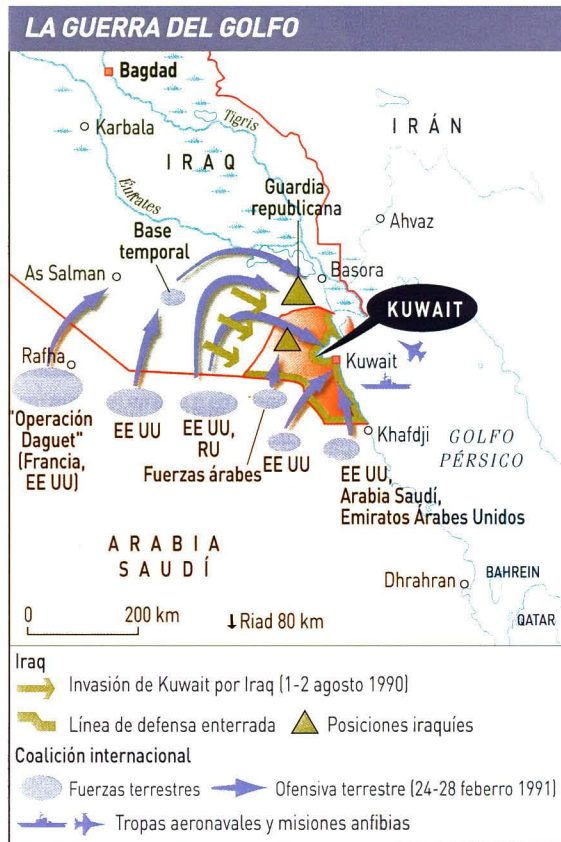
Iraq fue conminado a evacuar Kuwait en un plazo de varias semanas. Saddam Husein se negó a obedecer. Contaba sin duda hasta el último momento con un cambio de rumbo en la política de los soviéticos y con un veto de la URSS en el Consejo de Seguridad. Pero, en aquel comienzo de año de 1991, los dirigentes del Kremlin estaban demasiado ocupados en disputarse el poder y no quisieron arriesgarse a una prueba de fuerza con Washington.

Las fuerzas iraquíes en Kuwait fueron aplastadas en poco tiempo por la aviación norteamericana. Pero el presidente Bush (padre) tomó la decisión, de acuerdo con las resoluciones de la ONU, de detener el grueso de las fuerzas terrestres de la coalición en la frontera sur de Iraq y de no apoyar los movimientos hostiles a Saddam Husein, los chéies al sur y los kurdos al norte. Por lo tanto, el dirigente iraquí pudo mantenerse en el poder. Sin embargo, bajo el control de la ONU y de las aviaciones norteamericana y británica, fue obligado a eliminar sus armas de destrucción masiva, los misiles de alcance medio con los que había intentado alcanzar Israel. Además, Iraq fue sometido al control de sus exportaciones petroleras y de sus importaciones, y tuvo que indemnizar a Kuwait con considerables sumas de dinero. Estados Unidos apareció como uno de los grandes vencedores de esta Guerra del Golfo a pesar de su fracaso en Irán como potencia dominante en Oriente Próximo, fracaso que resultaría aún más evidente cuando, a finales de 1991, desapareciera la URSS. Pero esta fácil victoria tendría para Estados Unidos consecuencias insospechadas que, diez años más tarde, resultarían catastróficas. Lo mismo podría decirse más o menos de la Guerra de Afganistán.

Las repercusiones de la invasión soviética de Afganistán

Al invadir este país, a finales de 1979, para apoyar a un gobierno laico vasallo suyo, que trataba de hacer frente a una gran insurrección religiosa, los soviéticos se metieron en una verdadera

trampa, de la que tendrían que retirarse diez años después. En efecto, tuvieron que combatir con una población afgana que no sólo era muy religiosa, sino además tradicionalmente belicosa y, por si fuera poco, rebelde a cualquier “poder central” sin raíces históricas (*ver capítulo Afganistán*). Pero, en un fenómeno muy novedoso en Afganistán, los rebeldes fueron adoctrinados políticamente por islamistas árabes venidos del extranjero, en especial de Arabia Saudí.



➤ En agosto de 1990, Saddam Husein invade Kuwait y declara su intención de hacer de esta región la duodécima provincia de Irak. Con la aprobación del Consejo de Seguridad, Estados Unidos reúne en torno a sí una gran coalición, que incluye a numerosos estados árabes, como Marruecos o Arabia Saudí. Integrada por más de 500 000 hombres, principalmente norteamericanos, esta coalición lleva a cabo, a comienzo de 1991, una ofensiva en dos tiempos: una fase aérea, que pulveriza los medios de Irak, seguida de la intervención directa en tierra de las fuerzas de infantería. Desbordadas por sus flancos, las fuerzas iraquíes resultan finalmente aniquiladas por el movimiento de hoz de la coalición. La victoria militar, que resultó total, no fue seguida, sin embargo, de un arreglo político sostenible en la región. ■

Hasta entonces, los contactos de Afganistán con el mundo árabe habían sido muy escasos. La invasión de Afganistán fue objeto de numerosos actos de protesta mediáticos, entre los que destaca el boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú por parte de los norteamericanos. Todo ello llevó a algunos argelinos y sobre todo a muchos saudíes a comprometerse con la *yihad* (guerra santa) contra los ateos europeos que habían invadido una tierra del islam. A través de los saudíes y sobre todo de Pakistán, aliado de Estados Unidos, numerosos grupos armados fueron provistos de armas ligeras eficaces — los famosos misiles Stinger — contra los aviones y los helicópteros rusos. Estas armas, de origen norteamericano, eran compradas por los saudíes y revendidas por éstos a los diferentes grupos armados afganos a través de una red que transitaba por Pakistán. Este comercio de armas contribuyó en gran manera al desarrollo de un tráfico de opio en Afganistán, destinado a pagar estos equipamientos. El ejército rojo, que, debido a los ataques con Stinger, había perdido el control del aire y, por tanto, el de las comunicaciones, tuvo que retirarse en 1989. Los norteamericanos finalmente pudieron felicitarse por esta dura derrota que ellos les habían infligido indirectamente.

Pero mientras tanto, Afganistán se había convertido en un vasto territorio de maniobras para movimientos islamistas más o menos rivales. Numerosos saudíes (en especial un tal Osama Ben Laden) ensayaron en él las técnicas de una *yihad* de gran envergadura geopolítica. A esta situación había que sumar el hecho de que Pakistán, hasta entonces ajeno a los conflictos de Oriente Medio y de Oriente Próximo, se había convertido en parte interesada.

Una nueva amenaza de gran alcance: el terrorismo islamista

Para los norteamericanos, las consecuencias de la Guerra del Golfo se fueron tornando muy peligrosas. La mayoría de los árabes consideraba que Estados Unidos había agredido intencionadamente al mundo árabe, pues el Iraq baazista era el único país que todavía

quería conseguir la unidad de los árabes y también el único con una capacidad real para amenazar a Israel.

Una consecuencia mucho menos evidente, pero que diez años más tarde resultó ser la más peligrosa para los norteamericanos, fue la de que algunos saudíes, entre ellos la poderosa hermandad wahabita (movimiento político y religioso conservador), consideraron que la Guerra del Golfo había sido para los norteamericanos un pretexto y el medio para asentarse en Arabia, es decir, en el territorio sagrado del islam. Efectivamente, toda Arabia es considerada como *horm* —sagrada—, no sólo La Meca y Medina, ciudades prohibidas a los no musulmanes, por tanto a los cristianos y a los judíos. Osama Ben Laden, hombre muy prestigioso como “yihadista” y muy rico además (a consecuencia de sus vínculos con las redes financieras internacionales), exigió a la dinastía saudí la desmantelación de las bases norteamericanas implantadas en Arabia desde 1990. Al no verse satisfecho en su petición, decide emprender una lucha a largo plazo contra el “imperialismo judeocristiano”, con el fin de expulsar a los norteamericanos de Arabia y a los judíos de Jerusalén, el tercer lugar santo del islam. En una nueva fase de su acción, Ben Laden utiliza su fortuna y sus conocimientos sobre Afganistán para instalar allí su guarida y los campos de entrenamiento de al-Qaeda, con el apoyo de los talibanes, en el poder en Kabul desde 1996, y de los servicios secretos paquistaníes. Pero nada de esto era desconocido para la CIA.

Al-Qaeda (es decir, la “base”, la de las múltiples redes islamistas) ya había perpetrado graves atentados, como los de la embajada norteamericana en Kenia (1998) o el que llevó a cabo contra un buque de la US Navy en Adén (2000). El gobierno estadounidense reclamaba en vano al régimen de los talibanes, en el poder en Kabul, la expulsión del suelo afgano de Ben Laden. Pero eso no impedía que, hasta el verano de 2001, los norteamericanos (diplomáticos, agentes de la CIA, petroleros) estuvieran todavía en negociaciones con los talibanes y los servicios secretos paquistaníes para la construcción (financián-

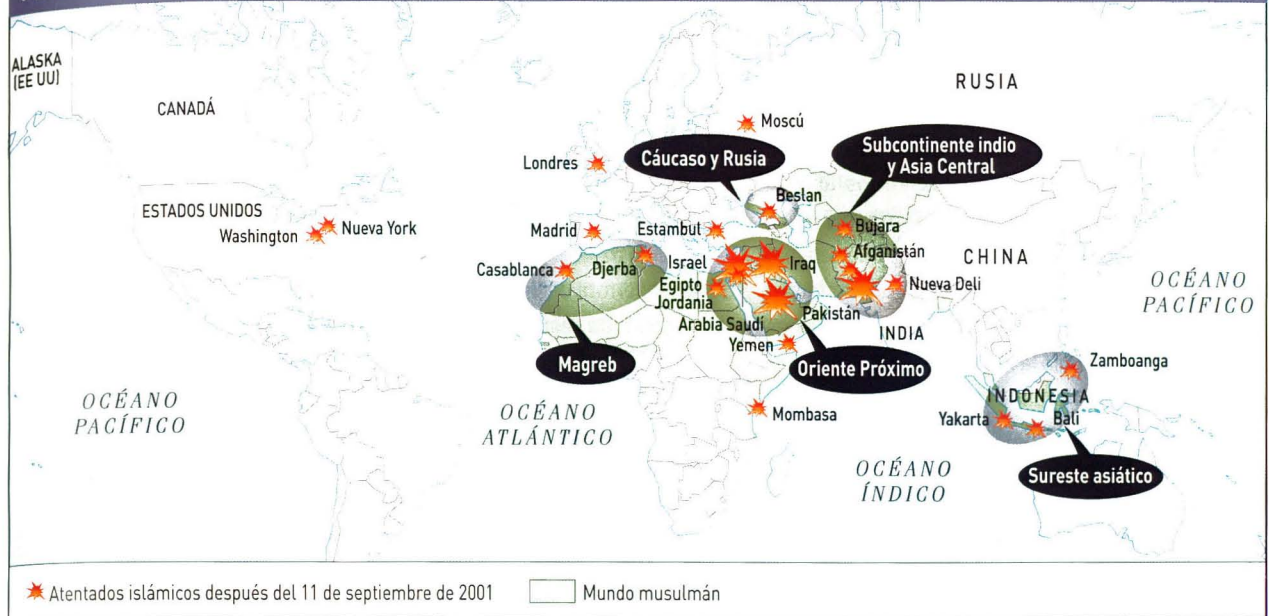
dola ellos) de un gasoducto a través de Afganistán que comunicara el gran yacimiento de gas de Turkmenistán (ex soviético) con la costa paquistaní del océano Índico.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington revelaron a los norteamericanos la terrible amenaza que constituía al-Qaeda, la eficacia de sus redes constituidas secretamente en Estados Unidos a través de numerosos países a 15 000 kilómetros de distancia de sus bases y la extraordinaria determinación de sus terroristas preparados para el suicidio (quince de los diecinueve kamikazes son saudíes). En octubre siguiente, comenzaron los bombardeos norteamericanos sobre Afganistán, fundamentalmente desde la base Diego García en el océano Índico y desde las bases norteamericanas implantadas inmediatamente, con el consentimiento de Vladimir Putin, en las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central.

Pero, para eliminar a al-Qaeda y a los talibanes, era preciso conseguir la adhesión de Pakistán, que los había apoyado en gran medida. Una gran parte del ejército paquistaní se había adherido a las tesis islamistas, concretamente durante la Guerra de Afganistán. Después de los primeros bombardeos norteamericanos en Afganistán, muchos partidos paquistaníes llamaron a los voluntarios de la *yihad* para ir a combatir al lado de los talibanes. El presidente paquistaní, el general Pervez Musharraf, que se había hecho con el poder en 1999 mediante un golpe de Estado, mantenía, como la mayoría de los mandos superiores del ejército, un contacto muy estrecho con el Pentágono. Se arriesgó por ello (tras aceptar una ayuda financiera masiva para su país), si no a aliarse abiertamente con Estados Unidos, al menos a cerrar la frontera con Afganistán para impedir el repliegue de los talibanes.

Si los militares islamistas se hacían oficialmente con el poder en Pakistán y si la situación en Afganistán volvía a agravarse, la India, sin duda, acabaría reaccionando, pues eran precisamente los militares paquistaníes de tendencia islamista los que alimentaban la confrontación con el ejército indio en Cachemira. Pero

ATENTADOS ISLAMISTAS EN EL MUNDO (2001-2005)



➤ El mapa de los atentados islamistas presenta varios tipos de situaciones: acciones contra el “enemigo principal”, Estados Unidos (en Nueva York, pero también en Iraq o en Afganistán), o contra sus fuerzas en el extranjero (Yemen, 2003); acciones contra sus aliados en Iraq (Madrid, 2004, y Londres, 2005); acciones contra los turistas occidentales (Indonesia, Egipto, Kenia), contra agentes económicos occidentales (en Yemen, técnicos franceses en Pakistán), contra comunidades judías (Marruecos, Túnez, Turquía); acciones contra gobiernos considerados vasallos de Washington (Iraq, Afganistán, Arabia Saudí, Filipinas) y acciones de alcance regional (Rusia y la cuestión chechena, la India y la cuestión de Cachemira).

ambos estados disponen de armas nucleares; Pakistán ha podido construir “bombas islamistas” y misiles gracias a discretas ayudas de China (país más o menos aliado desde mucho tiempo atrás de Pakistán) y de Corea del Norte, y gracias asimismo a la discreta financiación de Arabia Saudí y a la ceguera en este asunto de los dirigentes norteamericanos (ver capítulo *El mundo musulmán*).

Repercusiones de los atentados del 11 de septiembre de 2001

Las causas de la guerra —mucho más complicada que la Primera Guerra del Golfo— a la que

Estados Unidos se lanzó en Iraq en 2003 son múltiples, pero pueden ser consideradas como la repercusión de aquellos espectaculares atentados kamikazes islamistas perpetrados por vía aérea contra Nueva York y Washington. Los ataques contra las dos torres del World Trade Center, impactadas sucesivamente en pleno día, devoradas por el incendio y que acabaron derrumbándose una tras otra como castillos de naipes, fueron filmados en directo y difundidos por la televisión al mundo entero. Para los norteamericanos, este desastre fue, objetiva y subjetivamente, más traumático que el de Pearl Harbor: el ataque aéreo japonés del 7 de diciembre de 1941 no fue visto en directo, salvo por los testigos inmediatos, y causó oficialmente 2 388 muertos, la mayoría de ellos militares, esto es, menos que las 3 000 víctimas del World Trade Center.

En los razonamientos geopolíticos, hay que tener en cuenta, desde entonces, el hecho de que las reacciones de la nación norteamericana vendrán determinadas, en gran medida y sin duda durante años, por el trauma del World Trade Center y por la obsesión de que un ataque de este tipo vuelva a producirse en Estados Unidos. George W. Bush, que acababa de ser elegido pre-

sidente por un escaso margen, había presentado un programa electoral “aislacionista”. Durante la campaña electoral, acusó a su oponente demócrata, Al Gore, de pretender continuar con la política exterior demasiado intervencionista, según él, de Bill Clinton y de querer seguir embarcando inútilmente a Estados Unidos en los asuntos europeos (Bosnia) o de Oriente Próximo. El golpe que supusieron los atentados del 11 de septiembre transformó la figura de Bush, que estaba persuadido, por sus convicciones religiosas evangélicas, de que tenía la misión de lanzar una nueva “cruzada” (aun cuando recusara después el término) contra el terrorismo islamista. A esta opción le empujaron también las personalidades del Partido Republicano que lo rodeaban, neo-conservadores partidarios de esa “manera dura” de actuar que, según ellos, había provocado la caída del comunismo. Pero este argumento es inexacto: Ronald Reagan no replicó con una demostración de fuerza a la invasión de Afganistán, sino mediante estrategias indirectas, acelerando la carrera armamentística y suministrando, a través de Pakistán y de Arabia Saudí, misiles tierra-aire a los combatientes afganos. De esta manera, consiguió que los soviéticos perdieran el control del cielo.

En Europa y en el resto del mundo, muchas voces consideran que la guerra en Iraq se explica fundamentalmente por el deseo de las compañías norteamericanas de acceder a los yacimientos petrolíferos iraquíes. Sin embargo, esto no explica la guerra. En efecto, para tener petróleo, a los dirigentes norteamericanos les habría bastado con levantar el bloqueo al que Iraq estaba sometido desde 1991, pues Saddam Husein deseaba vender más hidrocarburos. Sin duda, habría llegado a aceptar acuerdos que permitirían a las compañías occidentales participar en prospecciones petrolíferas. Con ello, habría logrado que se levantara el boicot internacional que pesaba sobre su país desde 1990. Además, sin duda habría obtenido un gran provecho de todo ello, aunque eso hubiera puesto su vida en peligro.

El encadenamiento de los hechos y de las convicciones ideológicas empujó entonces a los

dirigentes norteamericanos a desviar su atención hacia otro enemigo: Saddam Husein, presidente de Iraq, acusado a la vez de oprimir a su pueblo y de amenazar la paz mundial; y lo que es peor aún, era sospechoso de mantener relaciones continuadas con Ben Laden, quien no pudo ser eliminado durante la operación en Afganistán. Hábilmente orquestados, los pretextos podían parecer plausibles. Saddam Husein, pese a su derrota de 1991, tenía en su poder todavía —con toda seguridad según algunos, probablemente según otros— armas de destrucción masiva. Tenía la posibilidad sin duda alguna (o tal vez) de conseguirlas en secreto en Corea del Norte o en Pakistán con cierto número de vectores de largo alcance; y era posible sin duda alguna (o tal vez) que se aliara súbitamente con al-Qaeda para vengarse de los norteamericanos y de la derrota que estos le infligieron en 1991. Por el contrario, las peligrosas consecuencias que esta guerra podía tener fueron extrañamente silenciadas en Estados Unidos, pese a las advertencias de la ONU y de los gobiernos de Francia y de Alemania, y pese también a las discretas reservas de algunos generales norteamericanos, a los que preocupaba meterse en este conflicto, en un país tan vasto y con un número relativamente bajo de efectivos. No sirvió de nada. La administración republicana de George W. Bush fue imperturbable, convencida de la superioridad militar de Estados Unidos y del apoyo popular que obtendría en Iraq, en cuanto Saddam Husein fuera expulsado del poder.

La proyección de poder norteamericano en Iraq abre una fase de graves tensiones geopolíticas en gran parte del mundo

Se sabe que, haciendo uso principalmente de su poder aéreo combinado con las técnicas de detección y de visión más sofisticadas, Estados Unidos consiguió una primera y rapidísima victoria en Iraq empleando un número de efectivos relativamente bajo (unos 130 000 hombres). A ojos de los estrategas del Pentágono, éstos parecían ser suficientes, en razón de las técnicas de

detección ultrasofisticadas de que disponía su aviación para destruir al adversario mejor disimulado. Pero, un año más tarde, sobre el terreno, las tropas norteamericanas, constituidas sobre todo por reservistas de la Guardia Nacional, se vieron inmersas en un verdadero avispero. El representante norteamericano en Bagdad hablaba, ya en mayo de 2004, de la eventualidad de un próximo repliegue de las tropas norteamericanas, a pesar de que la ONU no había encontrado la manera de gestionar la situación iraquí. Ésta se tornó pronto caótica, siendo cada vez más mortífera, incluso para los norteamericanos, con el consiguiente riesgo de guerra civil entre las diferentes fuerzas políticas y los componentes religiosos de la población iraquí. La “soberanía” iraquí fue entregada en junio de 2004 a un gobierno formado por personalidades más o menos dependientes de los norteamericanos: un año después, éste todavía no disponía de los medios que le permitieran restablecer el orden y dejar fuera de juego a los terroristas, que están matando a más iraquíes que extranjeros.

La retirada total de las fuerzas norteamericanas de Iraq para dar el relevo a la OTAN o a la ONU, tendrá, sin lugar a dudas, enormes consecuencias geopolíticas en Oriente Próximo, y por extensión en Europa y en todo el Mediterráneo. El fracaso occidental en Iraq (el de los norteamericanos, pero también el de los ingleses, italianos, españoles, polacos, etc.) constituiría en todo el mundo árabe una inmensa victoria para los islamistas. Éstos son ahora los organizadores del caos en Iraq, donde están avivando los conflictos entre suníes y chiíes. Sin embargo, en la mayoría de los países árabes y pese a las rivalidades pasadas, podrían llegar a conseguir la unión de los partidarios, en otro tiempo más o menos laicos, de la unidad del mundo árabe que el Baaz iraquí anhelaba.

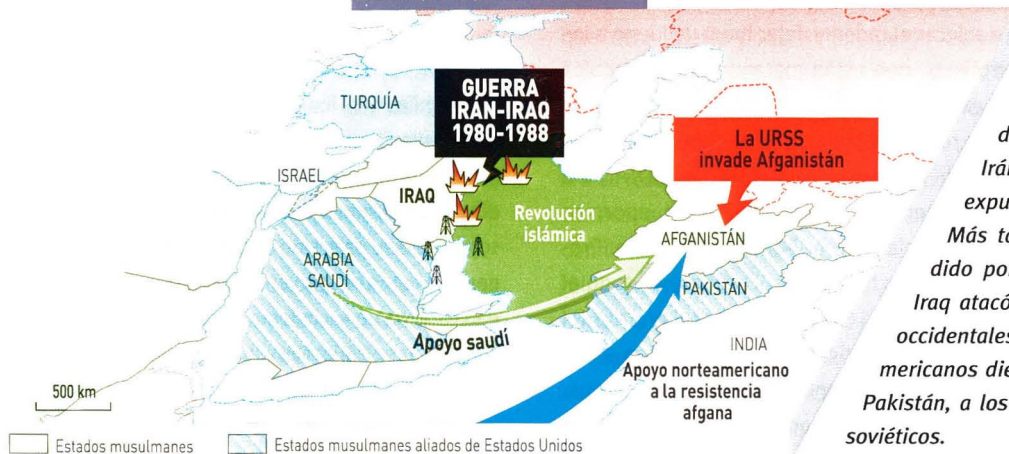
La guerra iniciada por los norteamericanos en Iraq en 2003 —cuyo conflicto éstos ya no logran

controlar— representa para los islamistas un gran triunfo en su lucha contra todos esos musulmanes que se niegan a considerar una *charia* medieval en sus elecciones políticas, culturales y familiares, y que rechazan renunciar en el ámbito de la cultura a lo positivo que las relaciones con Occidente les han aportado. Los acontecimientos iraquíes constituyen pues un capítulo más en esa gran lucha que desde hace años tiene lugar en la mayoría de los países musulmanes entre islamistas y musulmanes demócratas, lucha no exenta de contradicciones, pues, para mantenerse en el poder, los aparatos del Estado, como sucede en Argelia, aplican formas de represión tan violentas que éstas se han convertido en pretextos para los defensores de la *charia*.

En octubre de 2005, pese a la violencia de las tensiones, el gobierno iraquí logró que una amplia mayoría de sus ciudadanos (el 78% de los votantes) votara el texto de una constitución que contempla una organización federal del estado, lo cual concedería una gran autonomía a los kurdos, a los chiíes y a los suníes. Estos últimos, que representan un 20% de la población, se opusieron al texto masivamente, no sólo porque con él perdían la hegemonía que venían ejerciendo desde 1930 sobre su país, sino también porque las regiones que éstos ocupan en los alrededores de Bagdad carecen de yacimientos petrolíferos. En cambio, dichos yacimientos son muy numerosos en el sur y en el norte, lo cual asegura elevados ingresos a los poderes autónomos kurdos y chiíes. La situación en Iraq sigue siendo inestable: si bien uno de los dos líderes kurdos ha sido elegido presidente de la República, la formación del gobierno ha resultado muy delicada pese a que, sin embargo, éste apenas tenga poder real. Las fuerzas norteamericanas agrupadas en Bagdad a duras penas consiguen garantizar su propia seguridad. En Estados Unidos, la mayoría de los ciudadanos anhela su regreso, aun cuando éstas dejen a Iraq sumido en el caos y le entreguen a Irán una gran victoria (*ver capítulo Iraq e Irán*).

TREINTA AÑOS DE RIVALIDADES DE PODER EN ORIENTE PRÓXIMO Y SUS REPERCUSIONES PARA ESTADOS UNIDOS

➤ Desde el comienzo de la guerra fría, las dos superpotencias se observaron. Los misiles de sus submarinos se apuntaban por encima del Polo Norte.

**2. IRÁN, IRAQ, AFGANISTÁN**

➤ En 1979 tuvieron lugar dos sucesos inesperados al sur de la Unión Soviética. En Irán, la revolución islámica expulsó a los norteamericanos. Más tarde, Afganistán fue invadido por los soviéticos. En 1980, Iraq atacó Irán con el apoyo de los occidentales. Los saudíes y los norteamericanos dieron su apoyo, a través de Pakistán, a los afganos en contra de los soviéticos.

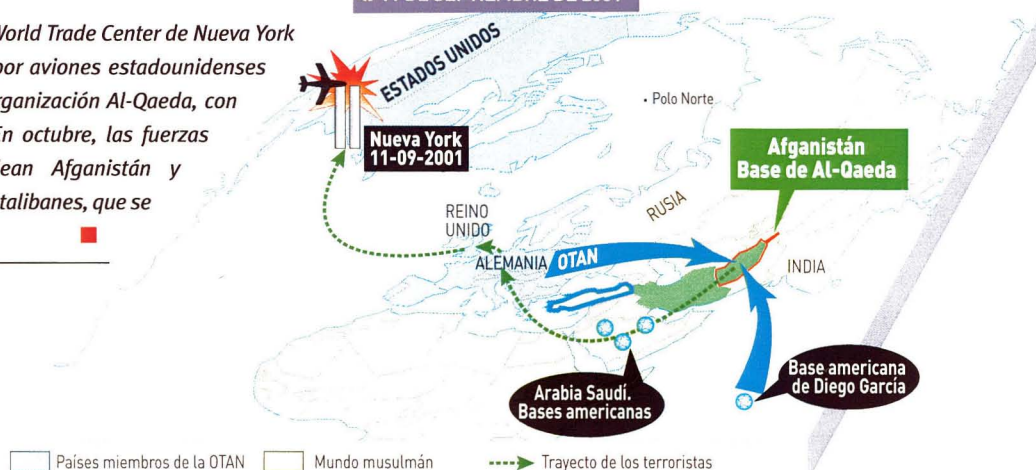
3. 1990. LA GUERRA DEL GOLFO

➤ Al no poder vencer a Irán, Iraq, con Saddam Husein al mando, invade Kuwait. Para rechazar a los iraquíes, los norteamericanos se instalan en el norte de Arabia Saudí. Pero los saudíes, al igual que Osama Ben Laden, lo consideran una violación del sagrado suelo del Islam y se alían en Afganistán con los talibanes, que se han hecho con el poder tras la retirada de los soviéticos.



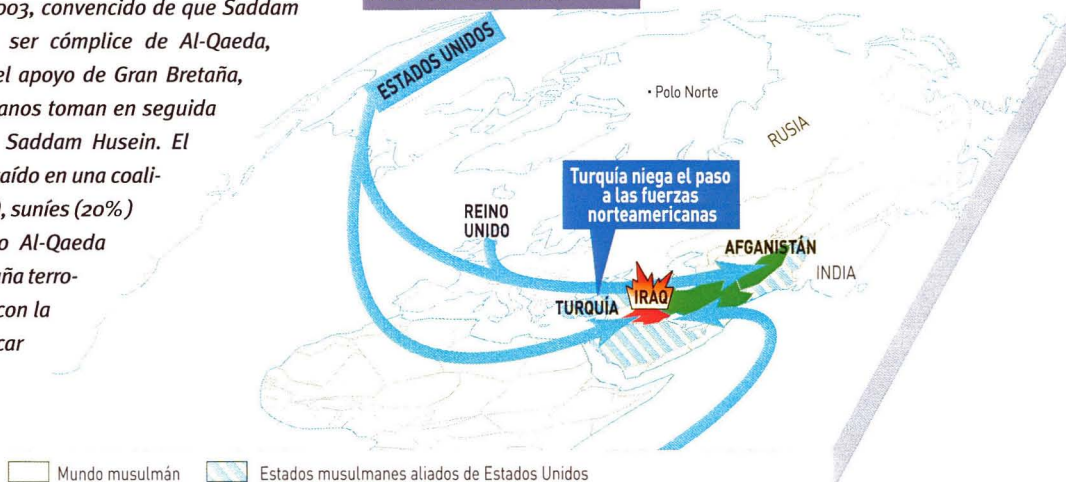
4. 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Las torres del World Trade Center de Nueva York son atacadas por aviones estadounidenses secuestrados por la organización Al-Qaeda, con base en Afganistán. En octubre, las fuerzas americanas bombardean Afganistán y expulsan del país a los talibanes, que se refugian en Pakistán.



5. LA GUERRA DE IRAQ

En marzo de 2003, convencido de que Saddam Husein podría ser cómplice de Al-Qaeda, Estados Unidos, con el apoyo de Gran Bretaña, ataca Iraq. Los americanos toman en seguida Bagdad y capturan a Saddam Husein. El poder podría haber recaído en una coalición entre chiíes (60%), suníes (20%) y kurdos (20%), pero Al-Qaeda (suní) inició una campaña terrorista contra los chiíes con la intención de provocar una guerra civil.



6. 2006 - 2007

Los norteamericanos enredados en la guerra civil en Iraq no pueden hacer gran cosa contra Irán, país que se está armando con misiles de largo alcance. Estos podrían alcanzar Israel e incluso en Mediterráneo occidental. Irán apoyó a Hezbolá en su guerra contra Israel durante el verano de 2006. Mientras tanto, los talibanes han vuelto a Afganistán desde Pakistán.

